

colección alandar 



Mi hermano Étienne

Óscar Esquivias



Lectulandia

En diciembre de 1793, cuando la Revolución Francesa se halla en su momento de mayor radicalismo, el hijo pequeño de los Galeron, Roch, recibe una carta secreta de su hermano Étienne, de quien no tiene noticias desde hace meses. En ella, de forma muy misteriosa, le comunica que su vida depende de la ayuda de Roch.

A partir de entonces se pondrá a prueba el ingenio y la valentía del hermano pequeño, que deberá descifrar la enigmática carta y afrontar un montón de peligros desconocidos.

Lectulandia

Óscar Esquivias

Mi hermano Étienne

El signo de los valientes - 1

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2019

Óscar Esquivias, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTOS

Amaia Arizaleta y Luis González Fernández me alojaron en La Savarite; con ellos paseé por Montbrun-Bocage, su castillo y su bosque. Héctor López, Javier Viana y José Miguel Corbí fueron generosos con su tiempo y me ayudaron a desentrañar varios secretos, entre otros los de las campanas de Montbrun, cuya inscripción real he modificado por otra más conveniente. Sandra Bruna leyó el texto original y sus comentarios me fueron de gran ayuda. Todos los citados tienen hijos o nietos: a ellos y a Adrián Olmedo están dedicadas estas páginas.

UNA CARTA PARA EL CIUDADANO GALERON

El señor Adoue, maestro de primeras letras en la villa de Montbrun desde hace más de diez años, ha publicado un informe sobre nuestra comarca en el que habla con detalle de la geografía, los cultivos, la artesanía, la administración y mil cosas más que considera dignas de conocerse en la capital del departamento. Al referirse a la historia del pueblo y a sus gentes, se ha atrevido a escribir estas palabras:

Nous n'avons pas d'hommes célèbres à signaler. Notre commune a eu pourtant de nobles défenseurs, qui ont fidèlement servi la patrie. Le signe des braves brillait sur leur poitrine, lis ont disparu de la scène du monde.

O sea:

Carecemos de hombres célebres que destacar. Sin embargo, nuestro municipio tuvo gallardos defensores que sirvieron fielmente a la patria. El signo de los valientes brillaba sobre su pecho. Han desaparecido ya de la faz de la tierra.

¡Qué pronto ha olvidado Montbrun (o, al menos, el señor Adoue) el nombre de sus valientes! Pobres muchachos. Yo fui uno de ellos y ahora, aunque esté próximo a retirarme *de la scène du monde* (soy, con mucho, el hombre más viejo de la zona), quiero escribir su historia. No la de todos los que luchamos por la libertad y la gloria de nuestra nación, no; sólo relataré la aventura de uno: la de mi hermano. Quiero que nunca se pierda su memoria y que todos sepan que el más generoso de los hijos de Francia nació en La Savarite, cerca de la villa de Montbrun. Cuando el señor Adoue o cualquier otro escriban otra vez sobre estos valles deberán proclamar el nombre de un valiente: Étienne Galerón.



—¿Valiente? ¡Un sinvergüenza! ¡Un felón! ¡Eso es lo que es! ¡Que nadie vuelva a pronunciar el nombre de Étienne en esta casa! Para mí, es como si hubiera muerto.

—¡Padre, seréne, por favor! —suplicó mi madre, que temía los arrebatos de ira de su suegro y sus efectos destructores sobre el mobiliario de la casa.

—¡Ni padre, ni porras! Voy a arrancar sus retratos de la pared del salón, los mearé y les prenderé fuego después.

—¡Qué disparate! ¡Es su nieto mayor!

—No sólo eso. También es el mayor insolente de Francia, un grandísimo pelafustán^[1], ¡la vergüenza de la familia!

—¡Padre! No se sofoque, piense en su corazón.

—Mi corazón se lo ha comido crudo Étienne con su ingratitud y su descaro. Por su culpa me han entrado las furias en el cuerpo. ¡Qué vergüenza, ah, qué vergüenza!

—Dios mío, las furias.

—¡Las furias, sí, las furias! —rugía el abuelo, desatentado.

A la vez, daba saltos para poder quitar los cuadros de la pared (era muy bajito) y los pisoteaba, aunque no llegó a cumplir su amenaza de orinar encima de ellos.

Cuando el abuelo se refería a «las furias» significaba que su enfado no podía ser mayor y que se encontraba poseído por la ira. He de añadir, para explicar estos arrebatos, que el patriarca de nuestra familia amaba el teatro como ninguna otra cosa en la vida, que su verdadera vocación —nunca confesada ni cumplida— era la de actor dramático: le entusiasmaban las viejas tragedias de Racine y Corneille, tan llenas de héroes y de máximas elevadas. Padecía una especie de enfermedad —todavía no definida como tal en los libros de Medicina— que se podría llamar «histrionismo» y que consistía en comportarse como si uno estuviera siempre actuando sobre un escenario, ante cientos de personas. Por eso, cuando el abuelo se sulfuraba, se conducía como un Júpiter tonante y gritaba mil despropósitos. Pero nunca soltó tantos como aquella tarde de frimario^[2] del año II (o, para que se me entienda, de diciembre de 1793), cuando recibió una carta de manos de un correo militar de la guarnición de Foix.

Yo tenía doce años. Recuerdo que estábamos sentados a la mesa todos los que en aquel momento formábamos la familia: mi abuelo, mi madre, mis dos hermanas y yo; la abuela había muerto dos años antes. El maestro de música, el señor Ribalet, que siempre comía con nosotros, aquel día se retrasaba, por lo que el abuelo, harto de esperar, decidió empezar el benedictine^[3] sin él. Precisamente fue entonces cuando entró el citado señor Ribalet y le comunicó que había guiado hasta la casa a un soldado que preguntaba por el ciudadano Galerón.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá pasado ahora? —se alarmó el abuelo.



Aquellos días vivíamos sobresaltados por el curso de la guerra contra España, cuyas tropas habían ocupado buena parte del Rosellón y —según se rumoreaba— tenían la intención de avanzar hasta Toulouse. Además del peligro de invasión española —demasiado alejado todavía—, temíamos a los grupos de bandidos que se dedicaban a incendiar pueblos y granjas. Al parecer, los aristócratas emigrados a Inglaterra, rabiosos porque la revolución les había arrebatado sus bienes, se vengaban de los campesinos pagando a sicarios para que llevaran la destrucción, el miedo y el hambre a Francia. Periódicamente corría la noticia de que se acercaba una partida de asesinos y entonces los hombres velaban armados en las entradas del pueblo y organizaban rondas noche y día, temerosos de un ataque. Más de un inocente —sobre todo mendigos, cómicos y vendedores ambulantes— había perdido así la vida. En el cementerio de Montbrun habíamos reservado un espacio para estos desdichados anónimos, presidido por una estatua del dios Hermes, que protege los caminos, a los ladrones y a los comerciantes y que, en este caso, no parecía defender a nadie, pues el hambre o la codicia hacían que hasta estas tumbas acabaran asaltadas por gentes que buscaban los anillos de oro, las cadenas o los pendientes con los que se enterraba a estos pobres hombres.

Así de revueltos estaban los tiempos en los años finales del siglo xviii, en concreto en 1793, que es cuando comienza nuestra historia.



Una carta de la autoridad militar de Foix sólo podía significar dos cosas: la advertencia de que algún grupo violento estaba por la zona o quizá —y esto era peor aún—, el anuncio de una nueva leva entre los mozos del pueblo que les obligara a ir a luchar contra los españoles. Casi no había familia en el valle que no tuviera algún hijo movilizado en el Rosellón, aunque ninguna había padecido nuestra mala suerte: en la defensa de la fortaleza de Bellegarde, Adrien, mi hermano mayor, había muerto, destrozado por la artillería enemiga. Un cipo^[4] le recordaba en Montbrun junto al árbol de la libertad y no había día en que, al verlo, no lloráramos su ausencia. En realidad, nadie que haya conocido a Adrien ha podido olvidarle y sólo pronunciar su nombre, tantos años después, todavía me estremece.



Aquella tarde a la que me refiero, todos salimos ansiosos tras el abuelo cuando supimos que había una carta para él y vimos cómo el jinete le entregaba un papel sellado.

—¡Es la letra de Étienne! —exclamó al punto—. ¡Nos escribe desde Foix!

—¡Desde Foix! ¿Cómo es posible?

Étienne era el cuarto de mis hermanos y el segundo de los varones, justo el anterior a mí, que soy el menor. Llevábamos más de cinco meses sin saber nada de él, pues vivía con su tutor, el canónigo Máxime Galerón, en el otro extremo de Francia, en Borgoña, donde Étienne —como era costumbre con los segundones— se preparaba para seguir la carrera eclesiástica. Las noticias que llegaban desde su ciudad, Sens, eran terribles: el seminario se había convenido en domicilio del comité revolucionario local, las turbas dominaban las calles, habían destrozado las imágenes de la catedral, se producían matanzas de sacerdotes y el propio arzobispo, el poderoso Loménie de Brienne, había sido encarcelado y, según algunos rumores, le habían guillotinado en la plaza y habían jugado a la pelota con su cabeza. En aquellos días convulsos cualquier atrocidad podía ser cierta, así que vivíamos con el corazón encogido y atendíamos a las mayores exageraciones como si fueran cosa corriente y verosímil. Aunque no lo reconocíamos en casa, temíamos que Étienne hubiera corrido la misma suerte que Adrien y a veces hablábamos de él en pasado, como si ya no viviera. Si el abuelo nos pillaba en este descuido, nos regañaba: él era el único que —pese a la ausencia de noticias— confiaba plenamente en la salud de Étienne, en buena medida porque de eso dependían sus planes para asegurar la prosperidad de la familia.

Aquel correo le daba la razón. ¡Étienne estaba vivo y muy cerca de Montbrun!

—¿Y qué es lo que cuenta? ¿Viene hacia aquí? —preguntó, ansiosa, mi madre.

—Vamos a ver... ¡Qué letra más espantosa, este chico es incorregible! Cuando yo estudié en los frailes, daban más importancia a la caligrafía que a la Teología, pero veo que las cosas han cambiado.

—Lea, lea —insistía mi madre.

Estábamos tan impacientes que el abuelo no esperó a entrar en casa y empezó la lectura en voz alta en la propia puerta, pese a que hacía frío y a que el viento amenazaba arrancarle la hoja de las manos.

*Mi querida familia, amada madre, queridos hermanos,
venerable abuelo:*

—¡Siempre me cita el último! ¡Tantos años en el seminario y sigue siendo un maleducado! Cuando yo estudié en... —¡No se detenga, por favor!

—Bueno, bueno, ¡qué ansia! —gruñó, y continuó:

Recibí vuestra tristísima carta y sentí un enorme dolor al conocer la muerte de mi hermano Adrien. No os puedo describir mi angustia ni las lágrimas que derramé esos días. Mi desesperación aumentó cuando las autoridades de Sens me negaron el certificado cívico y los salvoconductos necesarios para abandonar la ciudad y atravesar el país. Debido a un malentendido, me he visto retenido e incomunicado durante algún tiempo y, por ello y por falta de recursos para mandar un correo, no he podido escribir antes. Supongo que habéis estado preocupados por mí. Sabed que todo se ha resuelto y me encuentro por fin libre y dueño de mis derechos.

—¡Seguro que lo encerraron en la cárcel! —exclamó mi madre—. Si le negaron el certificado cívico es porque tenían alguna sospecha sobre él. ¡Pobre Étienne! ¡Cuánto habrá sufrido!

—Bobadas, la revolución no encarcela a los niños... salvo que seas el hijo del rey de Francia —matizó, pues se preciaba de hablar con absoluta precisión—. Si ha tenido problemas, habrá sido por su mala cabeza. En el seminario de los dominicos, donde yo estudié, solían...

—Siga, tenga la bondad —le interrumpió de nuevo. Volvió a leer, no sin antes refunfuñar. Según iba pronunciando las siguientes líneas, la voz del abuelo se volvía más temblona por la ira y su rostro iba enrojeciendo:

Me llevé una gran sorpresa al saber que habíais concertado mi matrimonio con la prometida del difunto Adrien, la ciudadana Lescoteaux, persona que no dudo posea las mejores y más convenientes prendas, pero que carece de lugar en mi corazón. Os ruego que deshagáis el compromiso con discreción y sin herir a la familia Lescoteaux. Además de mi rotunda oposición a este casamiento, hay un grave obstáculo para que pueda tomar estado y es mi voluntad de servir a la nación. Tras obtener la autorización de mi tío y tutor, me presenté voluntario en un escuadrón de húsares que se formó en París con gentes del sur. Todos pertenecemos al partido de Robespierre, conocemos el terreno y entendemos el idioma del enemigo, por lo que podemos ser de gran utilidad en el Ejército de los Pirineos Orientales. Estamos sirviendo de escolta del ciudadano Labty, delegado del Comité de Salvación Pública, que viaja hacia el cuartel general para controlar a los jefes militares, corregir sus defectos en la dirección de la guerra y velar por los valores de la revolución, que tan decaídos están —según dicen— en estas tierras. Quiero ocupar el lugar que ha dejado mi hermano y luchar por nuestra República en el mismo frente donde él cavó.

Hoy mi escuadrón pernocta en Foix. Aunque no me han dado licencia para acercarme a Montbrun, como habría sido mi deseo, sí me han permitido enviaros un expreso con mis noticias. Espero veros pronto.

Salud y respeto. Os recuerda siempre,

Étienne

—¡Étienne, voluntario en la guerra! ¡Qué valiente! —exclamé.

Y en este momento, el abuelo empezó a gritar con una voz que retumbó en todo el valle:

—¿Valiente? ¡Un sinvergüenza! ¡Un felón!

Etcétera.

El resto lo conocéis: entró en la casa y empezó a disparatar y a dar manotazos a los retratos de mi hermano.

—¡Qué desaire! ¡Insultar así a la señorita Lescoteaux! «Carece de lugar en mi corazón», dice el indigno. ¡Como si el corazón fuera una posada! ¡Ni que hiciera falta estar enamorado para casarse!

—¡Étienne todavía es tan joven, tan inocente! ¡Ha pasado tantos años en el seminario! No se sentirá preparado... —intercedió mi madre.

Ella, pese a haber sido una promotora entusiasta del acuerdo con la familia Lescoteaux, ahora parecía sentir escrúpulo por haberlo negociado a espaldas de su hijo.

—¿Y sí lo está para ir a la guerra? Seguro que se ha alistado sólo para huir de sus obligaciones. Pero esto lo arreglo yo ahora mismo. Étienne todavía es un niño, no tiene ni quince años, no puede servir en las tropas ni como húsar, ni como voluntario, ni como mozo de cuadras, ni como nada. Ha debido de mentir al alistarse, seguro que lo ha hecho, sólo faltaba que Francia mandara a los párvulos a la guerra. ¡Gaspard, Gaspard! ¿Dónde estás, hijo del Averno?

—Aquí, amo —respondió el criado.

—Engancha el caballo al calesín, nos vamos a Foix. Allí veré a ese descastado. ¡Oh, altos dioses, qué afrenta!

—¿Puedo ir con usted, abuelo? —le supliqué.

—¡Nequáquam^[5]! —exclamó al punto.

Cuando el abuelo pronunciaba esta palabra, «nequáquam», sabíamos que por mucho que uno insistiera, jamás iba a cambiar de idea. Y añadió:

—¿Cómo quieres que me presente ante el delegado del Comité de Salvación Pública con un niño al lado? ¡Ni que fuera a pedir limosna! Étienne y tú todavía estáis en edad de que os limpien los mocos, no de andar enredados en cosas de mayores. No me demoro más, parto, ¡pañó! —repitió, al modo de los actores cuando abandonan el escenario—. ¡*Madame Déficit!* ¿Dónde estás?

—Aquí, mi señor.

«*Madame Déficit*» era mi madre que, en aquel momento, se encontraba justo a las espaldas del abuelo, recogiendo con la criada los retratos caídos.

—Tendré que hacer noche en Foix, pero, con un poco de suerte, mañana llegaré a la hora de la comida y espero traer conmigo a la bestia parda de tu hijo. Guarda la casa, no compres nada a ningún mercachifle en mi ausencia y cuida de que tus hijos tomen sus lecciones esta tarde. ¡Adèle! ¡Mi peluca, el tricornio, la escarapela! Vamos, vamos, esto no admite dilación... La casaca, el capote, mi bastón...

Cuando ya estaba preparado para salir, el abuelo se giró y miró el único retrato que quedaba en su lugar. Era una silueta de la cabeza de Étienne en tinta negra. La señaló con el dedo y se dirigió a ella, como si mi hermano le pudiera escuchar:

—Te voy a casar con la señorita Lescoteaux aunque sea lo último que haga en este mundo. En cuanto acabe el luto por Adrien y cumplas dieciséis años, te caso, ya lo creo.

En aquel momento, el cuadro se descolgó solo y cayó sobre la tarima con gran estrépito. Daba la impresión de que se negaba a escuchar los planes del abuelo, que continuó gritando a las paredes, con furor redoblado.

¡Pobre abuelo! Él no tenía mal carácter; al contrario, era una persona afable y más bien débil y cobardona, pero cuando se enfadaba y comenzaba a actuar, se convertía en alguien exagerado e insoportable. Tenía especial habilidad para pronunciar aquello que más te podía doler o humillar. A mí me desagradaba verle así y aquel día, harto de tanta función, salí a la calle.

Para mi sorpresa, el soldado seguía ante la casa. Su caballo piafaba y movía la cabeza, impaciente por marchar. El militar hizo un gesto para que me acercara.

—¿Tú eres Roch?

Asentí, sorprendido de que conociera mi nombre.

—También tengo una carta para ti. Tu hermano me ha pedido que te la entregue en mano y sin testigos. Aquí la tienes.

—Gracias.

Me guardé el papel bajo la camisa. Estaba frío y húmedo y sentí un escalofrío cuando me tocó la piel. En aquel momento salió el abuelo, casi al tiempo de que el criado colocara el coche ante la casa.

—Soldado, ¿todavía está aquí? ¿Vuelve usted a Foix? ¡Maravilloso! Así nos servirá de escolta. Los caminos ahora son inseguros.

—Lo siento, ciudadano, he de regresar al galope.

Y diciendo esto, volvió grupas, picó las espuelas y se marchó por el camino contrario al de Foix.

—¡Qué impertinencia! ¿Dónde irá? ¡Seguro que tiene una enamorada en alguna granja! A ese muchacho se le va a caer el pelo cuando informe a sus superiores. Pero, Gaspard, ¿por qué has puesto en el tiro a la pareja de mulas?

—*Ganimedes* sigue con fiebre, así que he tenido que enganchar a *Artemisa* y a *Cibeles*.

—¡Hasta los caballos se han propuesto mortificarme! No sé cómo no me da un colapso —gruñó el abuelo—. ¡Mañana nos vemos! ¡Salud!

Gaspard se agachó, unió sus manos para que el abuelo pudiera hacer pie en ellas y auparse al calesín y después subió él mismo. Chascó el látigo y el coche se puso en marcha. Yo fui corriendo al sobrado y allí, a salvo de cualquier mirada indiscreta, desplegué la carta. Decía así:

Jilguero:

Destruye este papel una vez que lo hayas leído. Mi vida depende de que sigas mis instrucciones. Hoy, no te puedo decir de qué modo, alguien te dará un objeto. En cuanto lo veas, sabrás lo que debes hacer con él. Por tu seguridad, no te doy más detalles.

Actúa por la noche.

No sabes cuánto te echo de menos.

Te quiero mucho,

Étienne

Ay, Étienne, Étienne. ¿En qué lío se habría metido? ¿Y en qué enredo me iba a implicar a mí?

QUIZÁ VENGA EL PADRE NEIF

Cuando escuché dar las cuatro en el reloj de la iglesia, tuve una iluminación: la única persona que me podía entregar ese objeto del que hablaba mi hermano Étienne era el padre Nief.

Sí, no podía tratarse de otra persona.

El párroco venía casi todas las tardes a casa. A nadie le extrañaría que, con cualquier excusa, habláramos un momento a solas: entonces me explicaría qué era lo que ocurría. Sólo él podía hacerlo con naturalidad porque cualquier otro levantaría sospechas: un niño no recibe visitas.

A partir de ese momento, cada dos por tres me asomaba a la ventana para ver si el párroco aparecía por el camino. Me devoraba la impaciencia. Tenía que ser muy importante lo que Étienne esperaba de mí, cuando había mandado esa carta en secreto, con un texto tan misterioso.

¿Cuándo llegaría? ¿Por qué aquel día se retrasaba tanto? En invierno, las tardes pasan despacio y los relojes parecen caminar con desgana. Cuando vivíamos en la granja de La Savarite, nos guiábamos por la posición del sol; en la nueva casa de Montbrun, no había cuarto que no dispusiera de varios relojes que, en perfecta sincronía, anunciaban con sus campanillas las horas. Para el abuelo, el reloj era el símbolo de la prosperidad y también del poder de la razón: aquel ingenioso aparato medía perfectamente los segundos, perseguía al sol en su recorrido por el cielo y ningún nubarrón podía hacerlo parar ni equivocarse: si los relojes señalaban las siete, significaba que era exactamente esa hora, y esto alcanzaba la categoría de verdad universal e incontrovertible.

Desde luego, aquella tarde de frimario era imposible saber la posición del sol. Un denso y gris océano de nubes ocultaba su esfera e impedía que la luz llegara hasta el valle. Este ambiente de penumbra permaneció durante toda la mañana; por la tarde, se levantó un viento furioso que anunciaba tormenta: el cielo dejó de ser uniforme para tomar un aspecto crespo y tiznado, como si las

nubes fueran ahora una manada de lobos gigantes dispuesta a lanzarse sobre Montbrun.

Los campesinos que no poseían un reloj podían guiarse por las campanadas de la iglesia, en las que se había instalado recientemente un mecanismo automático que las hacía sonar con tantos toques como horas. Este reloj atrasaba un poco y el abuelo, cuando escuchaba sus campanazos a destiempo, siempre exclamaba:

—¡Muy propio de la Iglesia! ¡Siempre unos pasos por detrás de la sociedad civil! Tendré que advertírselo al padre Nief, tan orgulloso como está de su novedad.

El padre Nief era un hombre enérgico, muy instruido, con quien mi abuelo discutía con frecuencia, lo cual era signo de su aprecio.

—En Montbrun sólo hay brutos —solía proclamar el abuelo—. Para poder mantener una conversación inteligente hay que ir a Montesquieu. Las únicas excepciones son el padre Nief y el doctor Lescoteaux. A los demás, si no llevaran pantalones, uno los tomaría por pollinos.

Yo admiraba al padre Nief y, cada vez que le veía, pensaba: «De mayor, quiero ser como él». Tenía una presencia imponente y un ímpetu al hablar muy diferente al de mi abuelo que, por exagerado, provocaba que todo lo que contaba sonara a mentira o a disparate. El párroco era más sobrio y persuasivo, y sus opiniones influían de tal manera en mí que, desde el día que afirmó que el jilguero era el más hermoso de los pájaros de Francia, yo defendí lo mismo y contradecía a cualquiera que sostuviera otra cosa. A partir de entonces comenzaron a llamarme en el pueblo «Jilguero», y con tal mote sigo. Cada vez que veo uno de estos pajaritos en el campo pienso: «Es un amigo, es mi hermano». A mi abuelo, sin embargo, sólo le interesaban los jilgueros para comerlos, cosa que hacía con verdadero gusto.

«¡Todo lo que vuela, a la cazuela!», solía repetir, mientras miraba goloso a los mirlos o los gorriones que cometían la imprudencia de acercarse a su ventana. El padre Nief, sin embargo, decía que después de haber leído a San Francisco, sólo se alimentaba de vegetales, cosa que mi abuelo consideraba un enorme disparate.

—Ese Francisco es un santo poco serio, a mí que no me digan.

El abuelo, pese a haber estado a punto de profesar en los dominicos de Toulouse en su juventud, era un poco anticlerical, presumía de leer a los filósofos y defendía la creación de una Iglesia nacional francesa, independiente de Roma, que depurara el Cristianismo de supersticiones y abusos. En esto coincidía con el padre Nief, que también era un republicano

convencido y que, en su momento, había acatado la Constitución Civil del Clero^[6]. Cuando el papa Pío VI, meses después, condenó tal ley y suspendió a los sacerdotes que la habían jurado, el párroco tuvo un fuerte conflicto interno. Desde entonces, a rachas, perdía su ánimo y su buen humor, entraba en unos períodos melancólicos que llenaban su semblante de tristeza y se le enrojecían los ojos. Pese a todo, nunca abandonó la parroquia y mantuvo su juramento a la Constitución Civil, aunque perdió el entusiasmo que exhibía en los primeros tiempos de la revolución o, al menos, eso decían los mayores. Yo sentía la mayor admiración por él y, sin que pensara que el resto de los habitantes de Montbrun fueran unos brutos, sí notaba cómo el padre Nief tenía un espíritu más refinado y superior al de todos ellos, incluido el doctor Lescoteaux.

Aquella tarde, quizá por la amenaza de tormenta, el párroco no aparecía. Yo estaba extraordinariamente inquieto.

—¿Por qué no viene el padre Nief?

—Quizá sepa que el abuelo ha salido —aventuró mi madre.

—¿Y no nos puede visitar aunque no esté el abuelo?

—Puede, pero a los hombres les gusta hablar entre ellos. No creo que el párroco quiera dar conversación a mujeres y niños.

—¿Por qué?

—Porque el mundo es así, Roch. Cuando seas mayor, te comportarás igual.

De todos modos, tenía la esperanza de que llegara de un momento a otro. No hacía más que pensar qué objeto me entregaría. ¿Qué podría ser? Y ¿cómo estaría tan seguro mi hermano de que yo iba a saber qué hacer con lo que me diera? ¿Por qué debía «actuar de noche»?

No hallaba ninguna respuesta convincente. Sólo podía esperar y ver cómo se acercaba la tormenta. Se empezaron a oír truenos lejanos que sonaron a derrumbes; el aire cobró más vigor y azotaba los cristales. Mi madre buscó por los cajones el cabo de una de las velas que habían iluminado el monumento de Semana Santa.

—Es lo que se debe hacer en días así —susurró.

Lo colocó junto a una ventana y se persignó. Después miró hacia fuera, con gesto preocupado.

—Ya apenas hay luz. Espero que tu abuelo llegue sin problemas a Foix. ¡Pobre Étienne!

Aunque era temprano, parecía noche cerrada. No tenía que ser muy agradable encontrarse en tales condiciones en mitad de un camino, ni siquiera

protegido por la capota del calesín. Mi madre y yo permanecimos en silencio junto a la vela y su tímida llama, insignificante frente al huracán que se nos venía encima. El abuelo nos habría reñido por prenderla: para él, ésta no era más que una de tantas costumbres supersticiosas que impedían que Francia prosperara.

—El día que dejemos de creer que un tomado se aplaca con una mecha o que los gatos negros son almas de brujas, nuestra nación dominará el mundo. Hasta entonces, seguiremos siendo esclavos de las sombras —afirmaba con mucha seriedad, con ese tono suyo tan dramático.

Estaba de acuerdo con el abuelo en que encender una candela no podía servir para apaciguar la fuerza del viento, pero me gustaba ver la llamita en la ventana, enfrentada a las nubes. Era una especie de símbolo, de voluntad de lucha. Quizá el tejado no volaba sólo porque sabía que debía proteger a aquella pequeña lumbre.

De repente, se oyeron unos golpes terribles en la puerta.

—¡El padre Nief! —exclamé.

—Adèle, vaya a ver quién es. El párroco nunca toca con esa violencia.

La criada fue hacia el recibidor persignándose.

—¡Ay, Dios mío, la casa está sin hombres! —murmuraba—. ¡Virgen santa, ampáranos!

El estruendo de la aldaba volvió a sonar como una detonación. Mi madre cogió la escopeta y fue tras Adèle.

—Tú quédate aquí —me ordenó.

Pero no pude menos que seguirla.

Adèle había preguntado varias veces «¿Quién es?», la última a gritos, pero la ventolera del exterior impedía que se entendiera lo que decían al otro lado del portón.

—Abra, Adèle —ordenó mi madre.

La vieja criada descorrió la llave. Un golpe de viento hizo que la puerta se abriera de golpe y casi nos derriba a los tres. Un aire frío y húmedo entró en el recibidor. En el umbral, un hombre alto, de largos cabellos, esperaba entre los remolinos del viento. No era el padre Nief ni nadie que conociera.

¿Sería aquel hombre el que me enviaba Étienne?

—¿Puedo pasar? —preguntó al fin.

—Adelante, adelante. Pero ¿qué hace usted aquí? ¿No tiene miedo de la tormenta?

—He de ganarme la vida. Mi cuerpo no deja de comer porque haga frío.

—¿Se ha cruzado usted con un calesín?

—No, no he visto a nadie por el camino.

—¿Viene usted de Foix?

—No, de Montesquieu. Lo último que se me ocurriría en una tarde como ésta es dirigirme a Foix: la tormenta está allí y el camino habrá quedado impracticable. Además, he oído que hay bandidos en la zona. Nadie en sus cabales se internaría en esa dirección.

Adèle volvió a persignarse y masculló:

—Santa Bárbara bendita, protégelos.

—Yo venía, señora Galerón, a ofrecerle género nuevo, recién llegado a Perpiñán. Muy buenas cosas de Montpellier y de Marsella, toda clase de tejidos, gorros, túnicas al estilo clásico, pelucas. También dispongo de productos de ultramar que no han pasado por la aduana: café, azúcar y tabaco. Sé que el señor Galerón aprecia los buenos cigarros. Los vendo a muy buen precio. Y, por supuesto, le ofrezco productos de segunda mano por una cantidad ridícula.

—Lo siento, Vidal. Mi suegro está fuera y ya sabe que no puedo hacer ningún gasto sin su consentimiento.

¡Vidal! Así que aquél era el famoso Vidal, el vendedor ambulante de Perpiñán que, desde hacía unos años, había incluido Montbrun en su ruta. Nunca le había tenido tan próximo y no le había reconocido. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de largas melenas que empezaban ya a encanecer. No había objeto con el que no comerciara, lo más inútil le servía para venderlo en otro lugar, hacía préstamos y se mostraba implacable con los plazos. En casa se le citaba a menudo porque mi madre le compró en cierta ocasión un espejito de plata. Mi abuelo se enfadó terriblemente.

—¡Qué gasto tan absurdo! ¡Buenos están los tiempos!

A partir de entonces, le adjudicó a mi madre el sobrenombre de «*Madame Déficit*» que, al parecer, era como llamaban a la reina María Antonieta sus ministros de Hacienda.

¿Sería este hombre el enviado de mi hermano?

El corazón empezó a palpitarme ante tal posibilidad. ¿Cómo podría hablar con él a solas? Vidal tenía una expresión nerviosa y me miraba con frecuencia, de reojo, e incluso llegó a acariciarme la cabeza, como si fuera un gato.

—¿Y no tendrá algo de lo que quiera desprenderse y que yo pueda aprovechar? —preguntó a mi madre.

—No, lo siento mucho. Buenas noches.

Le empujó hacia el exterior e hizo ademán de cerrar la puerta, pero el mercader lo impidió con un gesto.

—Aguarde, señora Galerón, ¿puedo suplicarle un favor?

—Dígame.

—Generalmente duermo en mi carro, ¿sabe usted?, pero me temo que esta noche la tempestad va a ser terrible. ¿No tendría usted un lugar en su granero, en la cochera, en la misma cuadra, donde pueda pasar la noche a resguardo? No solicito una cama, sólo algún rincón techado. Se lo pido por favor.

Mi madre estuvo unos segundos en silencio, meditando. Por fin, respondió:

—Vidal, le prestaría una alcoba con gusto. Pero no es posible. Mi suegro jamás lo permitiría.

—Pero su suegro está fuera, no tiene por qué enterarse.

—Claro, pero entonces no sólo me pide lecho, sino también que mienta o, al menos, que le oculte su estancia. Lo siento, no puedo. Pida asilo en la posada del pueblo.

—Usted sabe que allí no admiten a judíos.

—Eso era antes. Ahora, con la República, todos somos ciudadanos con los mismos derechos. No le pueden negar la entrada.

—Ya, la República. La República aquí no ha cambiado casi nada, señora Galerón, salvo en su casa, permítame que le diga. Ustedes antes vivían en una granja de La Savarite, ¿verdad?

—Así es, ¿qué hay de malo en ello?

—Oh, nada, nada. Me congratulo de que su fortuna haya crecido tanto en pocos años. En fin, perdone mi atrevimiento al suponer que se compadecería de mí.

—Vidal, usted sabe que ha solicitado algo que no está en mi mano concederle. Lo siento.

—Sí, sí, discúlpeme otra vez.

El judío se dio media vuelta. Antes de que se marchara, di un paso adelante, le agarré por una manga para llamar su atención y le dije:

—Yo soy Roch.

Me clavó los ojos. Luego me dio la mano, como si fuera un adulto.

—Encantado de conocerte, Roch. Te pareces mucho a tu hermano Adrien. No podía dejar de pensarlo cuando te miraba. Lamenté mucho su muerte: no había un muchacho mejor en estos valles.

En aquel instante, sentí que mi madre me agarraba por el hombro.

—Roch, ¿quieres entrar ya? Vidal tiene que irse. Además, nadie te ha dado permiso para hablar con los mayores.

Pero no podía permitir que el vendedor se fuera, al menos hasta que no supiera si traía algo para mí.

—Y... ¿conoce a mi otro hermano, a Étienne? —le pregunté.

El vendedor negó con la cabeza.

—No tengo ese gusto. ¿Vive aquí?

Nos mirábamos a los ojos. En los de Vidal no había ninguna expresión salvo, quizá, la de cansancio. Era evidente que decía la verdad y, por tanto, no podía ser el hombre que yo esperaba. Sentí una gran decepción.

—Entra en tu casa, pequeño. Va a empezar a llover.

—Adiós, Vidal.

—Salud, Roch.

Cuando cerró la puerta, Adèle suspiró aliviada.

—Este hombre no me gusta nada. Deberían expulsar a todos los judíos de Francia.

Mi madre parecía muy abatida. Me pasó la mano por el cabello.

—No des confianzas a esa gente, Roch, no te conviene. Ahora entra en el salón azul. Ya sabes que el señor Ribalet se enfada si no estás preparado cuando llega la hora de tu clase.

—Todavía no ha terminado con Euphémie.

En aquel momento se oía cómo mi hermana intentaba cantar, a trompicones, un aria italiana.

—Ve, no seas perezoso.

Mi madre, que era una mujer de suyo melancólica, se entristecía aún más cuando había tormenta. Tenía sus razones: mi padre —a quien el abuelo bautizó con el olímpico nombre de Hermès— murió en una tarde de temporal. El cielo se encapotó de repente, empezó a tronar y mi padre salió corriendo de la granja para recoger el ganado que estaba en los prados, antes de que se espantara y las vacas se extraviaran o despeñaran. Le fulminó un rayo. Tenía 27 años. Dejó a mi madre viuda, con cuatro hijos y un quinto, yo, que nadie esperaba todavía. Sólo un mes después mi madre supo que su marido había depositado en sus entrañas este último recuerdo. Un recuerdo que era también un grave inconveniente: eran tiempos de escasez y yo iba a ser una boca más en una casa en la que, aun sin pasar necesidad, tampoco sobraba el pan.

Desde entonces, cada vez que había tormenta y pese a las protestas del abuelo, mi madre encendía un cabo de vela y se quedaba ante la ventana,

mirando cómo los rayos acuchillaban la noche, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mano en cada hombro. Es fácil imaginar en quién pensaba en aquellos momentos.

—Madre, ¿me avisará cuando llegue el padre Nief?

—Pero ¿qué interés tienes tú hoy con el párroco? ¿Has hecho algo malo que quieras confesarle?

—No, claro que no.

—No me mientas. Tiene que haber sido algo terrible para que estés tan inquieto.

—De verdad que no.

Mi madre sonrió.

—Anda, ve con el señor Ribalet. Te mandaré llamar si aparece por aquí.

EL SEÑOR RIBALET SABE ALGO

Justo en aquel momento, tras varios truenos terribles y una ventolera que se coló por todos los resquicios de la casa e hizo temblar las luces, empezó a llover. El agua cayó en tromba, como si las nubes la hubieran estado embalsando para arrojarla sobre nuestro tejado. El estruendo era tal que no se podía mantener una conversación. Por gestos, mi madre indicó a la criada que cogiera unos recipientes y la acompañara a las habitaciones de arriba, donde era fácil que se abrieran goteras. A mí me señaló con el candil la puerta que daba al salón azul, donde el señor Ribalet impartía sus clases. Como viera que me resistía a entrar, la abrió ella misma y me empujó dentro.

Una de las cosas más fastidiosas de nuestro traslado desde La Savarite a Montbrun fue, precisamente, tener que recibir las lecciones del señor Ribalet. Nuestra nueva casa era enorme y muy antigua, con fachadas de cantería y numerosos escudos nobiliarios. En tiempos había pertenecido a los condes de Foix, que la donaron a los franciscanos y, tras muchos azares, había acabado en manos de mi abuelo, que siempre había soñado vivir en un edificio así, aunque su ilusión última era amasar el suficiente dinero como para instalarse en Toulouse o, ¿por qué no?, en el propio París.

De esta casa, situada en las afueras de Montbrun, un poco alejada de su caserío, ya no restan ni las ruinas, pero sí se conserva algún grabado antiguo en el que se ve su fachada y el inconfundible frontis que la coronaba, donde destacaba un lábaro^[7] de piedra en mitad de un haz de luz, recuerdo de su pertenencia a los frailes en el siglo XV o XVI. Mi abuelo quiso cambiar este símbolo por otro más acorde con los nuevos tiempos que corrían en Francia, y por ello mandó al cantero del pueblo sustituirlo por el relieve de un gallo que se alzara orgulloso sobre la palabra «Libertad». Éste era el encargo, pero el picapedrero se dio tan mala maña y lo esculpió de una forma tan ridícula que, a partir de entonces, los del pueblo llamaron al edificio «El Palacio de la Gallina» y se reían a carcajadas cuando pasaban por delante y veían al

ridículo bicho de su remate. Salvo por este detalle chusco, su aspecto exterior era imponente y tenía un aire noble de gran palacio medieval. Pero no os engañéis: allí era imposible vivir con comodidad. Salvo tres o cuatro habitaciones, el resto del interior estaba hecho un desastre y, más que una casa, parecía un laberinto.

Lo peor del Palacio de la Gallina era el señor Ribalet. Nunca había tratado con nadie igual. ¿Cómo lo podría describir? Era un hombre viejo que vestía a la moda cortesana antigua, con su gran peluca llena de rizos, y presumía de modales refinados. Era antipático, soberbio e irritable. Él, al igual que los criados Gaspard y Adèle, había pertenecido al servicio de Jean de Courdurier, señor del palacio de Montbrun. Al parecer, Ribalet se encargaba de dirigir la capilla de música durante las estancias estivales del señor y también tenía a su cargo la educación musical de sus hijas durante ese tiempo. La revolución le había librado de sus obligaciones feudales pero, al tiempo, le había dejado en la miseria. El abuelo le proporcionó una habitación en nuestro nuevo hogar y le alimentaba a cambio de que vertiera su ciencia en nosotros.

—Algún día abriremos casa en Toulouse y vosotros, nietos míos, debéis estar preparados para la vida social propia de vuestra clase —afirmaba el abuelo, quien soñaba con sesiones en el teatro y la ópera.

Por otra parte, no consentía que continuáramos en la escuela parroquial.

—Eso sólo es para los pobres —razonaba el abuelo.

Nosotros, que nos habíamos criado en el campo y que no teníamos más instrucción que la que nos había proporcionado el padre Nief, de repente pasamos a estudiar arpa y canto, Historia, Latín, Matemáticas o Astronomía. El señor Ribalet no tenía ninguna compasión con nuestra torpeza ante la dificultad para aprender cosas que hasta ahora habían sido totalmente ajenas a nosotros.

—No, no, no, señorita Euphémie. No arrastre los dedazos, pulse las cuerdas con firmeza pero sin brusquedad. Dando golpes nunca conseguirá hacer música, al menos no con un arpa. Lástima que su abuelo insista en que le enseñe a tocar este instrumento y no el pandero, que se adapta infinitamente mejor a sus condiciones naturales.

Estas ironías eran frecuentes. Aquella tarde, cuando entré en el salón azul, habían interrumpido la clase y tanto el señor Ribalet como mis hermanas miraban el techo. Era tal el estruendo de la lluvia que parecía que el piso superior se iba a desplomar sobre nosotros. Aunque las lámparas estaban encendidas, dominaban las sombras. Étienne, desde los mil retratos que

ocupaban buena parte de una pared (y que Adèle había colocado en su lugar después de la furia iconoclasta del abuelo), parecía espiarnos divertido.

—Todavía no he terminado la clase con su hermana, señorito Roch. Haga el favor de repasar sus lecciones en esa mesa.

Costaba escucharle porque los truenos sonaban como cañonazos y el agua azotaba con furia. El señor Ribalet me señaló una mesita en la que se apilaban los libros de Latín y con un gesto me indicó que los abriera y estudiara.

Parecía difícil que el padre Nief se atreviera a salir con tal tempestad. ¿Qué debía hacer yo? ¿Ir a buscarle? Mi madre no iba a permitirme abandonar la casa en tales condiciones. ¿Qué excusa podría encontrar? Mi hermano me había ordenado discreción, no podía revelar el contenido de su carta. Me asaltaban mil dudas. ¿Habría llegado el abuelo a Foix? Esta ciudad estaba a unas catorce leguas^[8] de Montbrun, pero el mercader había asegurado que los caminos habían quedado impracticables. ¿Le habrían permitido visitar a mi hermano, entrevistarse con el delegado del Comité de Salvación Pública? ¿Sería capaz de conseguir que abandonara el ejército? ¿Le obligaría a casarse con la señorita Lescoteaux? Estas preguntas bullían en mi cabeza. Étienne, a diferencia de mi madre o de mí, era una persona discutidora, con mucho carácter. ¿Conseguiría imponer su voluntad al abuelo? ¿Hasta qué punto necesitaba mi ayuda para lograr sus propósitos?

Al cabo de un rato, la furia del agua se aplacó. Seguía lloviendo, pero ya sin ese furor de catarata. Los rayos también se espaciaban más. El señor Ribalet pudo reanudar su lección.

—Señorita Euphémie, no crea que las fuerzas desatadas de la naturaleza van a impedir que terminemos la clase de hoy. Continúe, por favor.

Aquella espera se me hacía muy aburrida, así que, disimuladamente, saqué un trozo de madera y comencé a tallarlo con la navaja que me regaló Adrien antes de irse a la guerra. Aquel entretenimiento consiguió calmar mi inquietud, hasta que un inesperado grito me devolvió a la realidad.

—¡Basta! ¡Suficiente! ¡Deténgase! Señorita Galerón, las aldeanas ordeñan con la misma elegancia con la que usted toca el arpa. Vamos a terminar la sesión, si no tiene usted inconveniente, y que Santa Cecilia nos perdone por todo lo que ha sucedido aquí.

Se pusieron ambos en pie y mi hermana hizo una venia para despedirse.

—Muchas gracias, señor Ribalet.

—De nada, hija, de nada. Señorito Roch, ha llegado su turno. Guarde esos juguetes y prepare su libro de Latín. ¿Ésa ha sido su forma de repasar?

Se sentó junto a mí en la amplia mesa situada junto a la ventana. Mientras disponía el libro y los papeles, encontré el ánimo suficiente para solicitarle en voz baja:

—Señor Ribalet, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Usted ha dado esta mañana clase a la señorita Lescoteaux, ¿verdad?

—Desde luego, y con gran placer. Ella sí posee una mente abierta y un espíritu sensible, no como otras.

—¿Qué opina la señorita Lescoteaux de su matrimonio con Étienne?

Parecía sorprendido. En su rostro surgió una sonrisa malévola.

—Como usted comprenderá, no son asuntos que ella comparta conmigo. Pero, ya que se interesa por mi parecer, yo diría que todavía recuerda a su hermano Adrien y que conserva intacto su afecto por él.

—Entonces, no quiere a Étienne.

—Eso no lo sé ni es cuestión que nos atañe a ninguno de los dos. Le ruego que abra su libro de gramática latina por la página veinte.

—¿Usted cree que ella ha dado su consentimiento a este matrimonio? Porque quizá resulte que ninguno de los dos se quiere casar.

—Le repito que eso no nos interesa ni a usted ni a mí. Allá ellos, que son los que tienen que ponerse de acuerdo.

—Pero ellos no han tenido ocasión de hablar sobre esto. Es más, creo que nunca han cruzado una sola palabra.

—Quizá desaparezca su inquietud si le digo que la señorita Lescoteaux ha tenido ocasión hoy mismo de saber la opinión de su hermano. Sí, no ponga esa cara de pasmo. Esta mañana ella ha recibido también una carta.

—¿Una carta?

—Eso creo haber dicho.

—¿De Étienne? ¿Está usted seguro?

Al señor Ribalet debió de ofenderle esta pregunta porque respondió con voz amoscada:

—Jovencito, no sea insolente y no ponga en duda la palabra de quien sabe más que usted. El mismo correo que ha venido aquí, antes, ha entregado una misiva en casa de los señores Lescoteaux. Yo estaba impartiendo mi clase de música y la he interrumpido para que la señorita recibiera a solas al militar. Luego, como se había hecho tarde, yo mismo he acompañado al soldado hasta aquí.

—¿Y qué le contaba Étienne en esa carta?

—Gramática latina, página veinte.

—Por favor, señor Ribalet, confíemelo.

—Señorito Roch, no insista. No sé nada, los señores Lescoteaux y yo aguardábamos fuera de la habitación, que es lo propio de las personas discretas en estos casos. De todos modos, ya que su hermano y la señorita Lescoteaux están prometidos, es lógico que se escriban, que es lo que recomiendan la cortesía y la buena crianza, aunque sea mucho suponer el atribuir ambas virtudes a su señor hermano. Pero quizá haya sentado la cabeza, no sé; desde que en Francia hemos empezado a decapitar reyes ya nada me causa asombro, cualquier cosa es posible en esta desdichada nación. Y ya está bien de charla.

—¿Estaba triste la señorita Lescoteaux después de leer la carta?

—Gramática latina, página veinte, señorito Roch.

—¿Parecía contenta? ¿Lloraba?

—Usted sí que va a llorar como siga preguntando.

Y, ¡zas!, me arreó en las manos con su vara de fresno. Después añadió con frialdad:

—Página veinte, es la última vez que se lo repito.

Busqué el capítulo, malhumorado. Era incapaz de concentrarme en los estudios. ¿Qué le contaría en esa carta a la señorita Lescoteaux? ¿Habría roto él mismo el compromiso de matrimonio? No parecía probable, ya que le había pedido al abuelo que lo hiciera por su cuenta y con discreción. ¿Sería ella la que poseía el objeto que debía entregarme? Sí, tenía que tratarse de eso. No había otra explicación. Porque de lo que estaba completamente seguro era de que Étienne no había iniciado ningún tipo de correspondencia amistosa con la señorita Lescoteaux.

Él la odiaba con todas sus fuerzas.

No sé explicar la razón, pero esto fue así desde el momento que supo que era la novia de Adrien.

Desde el primer día.

Desde el primer instante.

Desde antes de verla en persona.

ADRIEN, ÉTIENNE Y LA SEÑORITA LESCOTEAUX

Todo sucedió así, lo recuerdo muy bien. La primera vez que Étienne oyó hablar de la señorita Lescoteaux fue en el verano de 1791, el mismo día que llegó de Sens. Yo acababa de abrazarle y le había preguntado por el viaje:

—Ha sido muy descansado —me respondió—. Este año el rector del seminario nos ha enseñado el truco de los apóstoles para cabalgar a la velocidad del rayo. San Pablo, cada vez que se subía a una bestia, le decía al oído: «Corre, Felisa, que tengo prisa», y al instante, en dos zancadas, ya habían llegado a su destino. ¿Qué os parece?

El abuelo tomó del brazo a mi hermano y le llevó hacia la mesa del comedor.

—Deja de embromar a Roch y siéntate a la mesa. Tenemos novedades muy importantes que contarte.

Hacía pocas semanas del compromiso de Adrien y el abuelo quería anunciarlo con toda pompa durante la comida.

—Has de saber, Étienne, que con el consentimiento de ambas familias, tu hermano acaba de iniciar relaciones con la señorita Agathe Lescoteaux y dentro de un par de años, si Dios quiere, tendrá lugar la boda. Los señores Lescoteaux y yo estamos negociando las capitulaciones^[9] y fijando la fecha.

—¿Los Lescoteaux? ¿Quiénes son éstos? —preguntó Étienne mirando a los ojos a Adrien.

El abuelo no dejó que éste contestara y continuó, entusiasmado:

—¿No los conoces? Los señores Lescoteaux se instalaron en Montbrun hace ya cinco años. El padre de la señorita Agathe es médico, una verdadera eminencia que, si quisiera, podría tener cátedra en París. El doctor y yo, desde que fuimos presentados, nos dispensamos mutua simpatía. Lo dejó todo para instalarse aquí porque su mujer está averiada de los pulmones y le conviene

los aires del campo. Él ha publicado media docena de libros sobre los más variados asuntos: la cirugía moderna, los humores del cuerpo, las enfermedades de la visión, los parásitos intestinales... Hasta tiene un tratado sobre obras hidráulicas, no te digo más. El doctor Lescoteaux es un verdadero sabio, una de las mayores lumbreras del reino, y has de saber que trató al ministro Necker de sus jaquecas, que eran terribles, según dicen. La hija pequeña del doctor Lescoteaux, Agathe, ah, Agathe, es una belleza olímpica, una Afrodita, una náyade, un espíritu puro que ha bajado a la Tierra para dignificarla con su presencia, su gracia infinita y su estupendo olor.

Étienne apostilló con voz traviesa:

—Sí, me imagino a la ninfa. Seguro que parece una mona de feria.

—Que parece ¿qué?

La abuela, que entonces estaba ya muy enferma y hasta aquel momento asistía adormilada a la conversación, pareció despertar de repente y, con un vigor que nadie le habría supuesto, arreó un gran bofetón a Étienne.

—Aquí el único animal de feria eres tú, descastado —le recriminó en español.

La abuela había nacido al otro lado de los Pirineos, en Jaca, y en casa no empleaba otro idioma. «Animal», «descastado», «llorón» o «burro» fueron algunas de las primeras palabras que aprendimos de niños y también las órdenes «callarse», «estarsius quietos» e «irsen todos de aquí», que repetía con frecuencia. El carácter de mi abuela tenía más pinchos que una aulaga.

A Étienne se le quedaron marcados los dedos en la mejilla.

—Lo siento. No quería insultar a la señorita Lescoteaux —se disculpó—. He hablado a la ligera, sin medir mis palabras.

—Vas a ser sacerdote, Étienne —le recordó la abuela—. No puedes comportarte así.

—Tiene razón, no volverá a pasar. Perdóname, Adrien.

Éste asintió. El abuelo, sin dar importancia al incidente, continuó con el elogio de la familia Lescoteaux. Aquel noviazgo —afirmaba— era un signo de los nuevos tiempos que corrían en Francia. Unos años atrás habría sido de todo punto imposible que «un simple campesino» emparentara con la familia más ilustre del valle. Aquí se puso en pie y, como si se dirigiera a una gran concurrencia, nos arengó con voz vibrante y exaltada:

—Pero ahora somos ciudadanos, ¡ciudadanos!, y no súbditos, todos libres e iguales, con los mismos derechos y obligaciones. El propio monarca se ve sometido a la voluntad popular. Ya no hay cunas altas y bajas, se acabó el desdén por el pobre o por quien carece de título de nobleza. Ésta es una

convención que nada significa. Ya sólo valen la honradez, la dignidad, la elevación de espíritu, el talento bien empleado, el trabajo honesto, la recta intención, la piedad honda y verdadera. Los señores Lescoteaux han sabido reconocer todas esas prendas en mi nieto Adrien, que las posee con excelencia. Brindo por ello y por la prosperidad de nuestra casa y de Francia. Salud, viva la revolución y viva nuestro buen rey, señores.

Le aplaudimos y el abuelo nos dedicó unas reverencias, emocionado. He de decir que, pese a sus palabras, siempre se preciaba de *no ser* «un simple campesino» como los demás. Él poseía estudios y relaciones, mantenía correspondencia con hombres ilustres, se preocupaba por leer las novedades y por aplicar en sus tierras las técnicas agrícolas más modernas y convenientes. Una vez por semana se reunía en Montesquieu con otros propietarios que, como él, se distinguían del resto de patanes de la comarca por su «elevación de espíritu» y comentaban los sucesos políticos de la nación. Eran admiradores del general Lafayette y aplaudían invariablemente sus acciones y palabras y le tenían por el mejor hombre del reino. Estos notables de la comarca se hacían llamar los Hijos del Garona, lucían su uniforme de la Guardia Nacional y se convirtieron, cada uno en su aldea, en las personas más influyentes del lugar y en las nuevas autoridades que hacían y deshacían a su antojo, interpretando y aplicando las leyes según su conveniencia. El doctor Lescoteaux había asistido a algunas de estas reuniones, pero pronto había dejado de acudir ya que, al parecer, no se distinguía por su fervor revolucionario y un día se atrevió a insinuar que Lafayette era, para su gusto, un poco afeminado, lo cual causó escándalo y fue tenido por una gran inconveniencia, pese a que era el único de los presentes que había tratado en persona al general cuando residió en París.

Aunque en 1791 todavía vivíamos en La Savarite, nuestra situación económica había mejorado espectacularmente. El abuelo había comprado muchas fincas de las que se había enajenado a la Iglesia y a los nobles y había comerciado ventajosamente con las reservas de grano. La escasez y la inflación de los precios favorecieron a los patriotas Hijos del Garona y pronto todos ellos multiplicaron su fortuna. Adrien, por ser el mayor de los hermanos, era quien debía heredar todo lo que el abuelo, con énfasis, llamaba «el patrimonio familiar»: fincas, granjas, ganado, viñas, pastos, las rentas de los arriendos y todo lo demás. Esta era la costumbre de entonces, como también que el segundo hijo ingresara en la Iglesia, tuviera o no vocación. A mis hermanas tratarían de casarlas con algún labrador rico de Montesquieu o de Daumazan. En cuanto a mí, aún no habían dispuesto nada por ser todavía

muy pequeño. Quizá merezca la pena que en este momento hable con cierto detalle de mis hermanos. Étienne abandonó nuestra casa para marchar a Sens en 1786, cuando apenas tenía siete años. Allí había ganado una plaza de canónigo Máxime Galerón, un primo carnal de mi abuelo, que además de chantre en la catedral era rector del internado de doctrinos^[10]. Este hombre, apiadado de nuestra orfandad, apadrinó a mi hermano y se convirtió en su tutor legal. En Sens, Étienne se adaptó bien al colegio y demostró pronto aptitudes para el estudio y el canto; en la capilla de música catedralicia cantaba como solista y cuando al nuevo arzobispo Loménie de Brienne se le impuso la mitra, en 1788, mi hermano entonó el *Gloria* en la misa.

—Mi nieto será obispo, primado, cardenal y... ¿quién sabe? Quizá el futuro de mi nieto esté en Roma... —fantaseaba a veces mi abuelo, que en estas ocasiones olvidaba sus ideas galicanas^[11].

Desde que Étienne se instaló en Sens, sólo volví a verle durante los meses de verano de los años sucesivos. Su condición de niño y de futuro sacerdote no impedía que durante ese tiempo, como los demás de la casa, trabajara de sol a sol en el campo, ya que era la época de la cosecha y se requerían todos los brazos. La situación de turbulencia política y de violencia en el país le imposibilitó viajar en los veranos de 1792 y 1793, así que en diciembre de éste último hacía ya dos años y medio que no le veía, aunque habíamos estado recibiendo cartas en las que nos contaba cómo era su vida una vez que se hubo suprimido el colegio de doctrinos de Sens. Su tutor fue apresado (se había negado a jurar la Constitución Civil del Clero) y él tuvo que dedicarse a mil oficios para poder mantenerse y socorrer al desdichado canónigo. Comenzó a frecuentar a artistas, en especial pintores y actores, y también a intervenir en los clubs políticos radicales. En junio de 1793 cesaron las cartas.

El verano de 1791, el último en el que Étienne vino a casa, fue el del compromiso de Adrien con la señorita Lescoteaux. Recuerdo que encontré a Étienne muy cambiado. Su cuerpo parecía estirado, más flaco y esbelto que de costumbre, lleno de huesos y pelos que antes no tenía. El cuello se le había alargado y tenía la nuez más prominente que antes; por fin, una sombra de bozo^[12] y una voz más profunda y ronca (que a veces se le rompía en un gallito) completaban las transformaciones.

—Étienne se nos está haciendo un hombre —proclamó el abuelo al recibirle.

Y, en efecto, ese verano, pese a tener sólo doce años, ya le pusieron a segar con la hoz, el trabajo de mayor esfuerzo. Yo seguía estando en el grupo de los niños.

Étienne era simpático, alegre, muy cantarín y, como el abuelo, siempre estaba dispuesto a fingir y a actuar. Me sorprendía imaginar que, en el futuro, fuera a ser sacerdote, porque no se parecía en nada al serio y comedido padre Nief, por ejemplo. En pocas palabras, Étienne era muy fantasioso. Bueno, fantasioso no es lo más exacto. Lo que quiero decir es que a Étienne le encantaba decir mentiras. De hecho, nunca he encontrado a un mentiroso mayor.

En eso y en casi todo se diferenciaba de mi otro hermano. Adrien era de natural silencioso y reservado y estoy seguro de que murió sin haber pronunciado nunca una sola mentirijilla, ni siquiera la más inocente. No tan alto como Étienne (en mi familia tendemos a ser más bien bajitos), Adrien poseía una forma sigilosa de moverse y unas maneras elegantes que recordaban a las de los animales del bosque. Dicen que su rostro se parecía al de mi padre, y de mí, según iba creciendo, afirmaban lo mismo: supongo que compartíamos los mismos grandes ojos negros, cabellos crespos y la nariz larga y recta. Adrien a menudo, incluso cuando conversaba con otra persona, daba la impresión de estar atento a otra cosa, a una voz interior, a sus pensamientos. Era hombre de pocas palabras y no se puede decir que tuviera ningún amigo, lo que no impedía que fuera muy querido en toda la comarca porque era bueno y generoso. Le gustaba la soledad, estar en el campo con los animales, salir de caza y burlar la vigilancia de los guardias del coto. Él fue quien me enseñó a labrar la madera, a hacer figuritas con tocones y quien me regaló mi navaja. Tenía señalados los árboles en el bosque de Montbrun y por eso nunca se perdía, aunque lo recorriera de noche. A veces se le iluminaban los ojos cuando veía a una persona y eso en él era la mayor prueba de cariño. A diferencia de Étienne (que lo hacía de continuo), casi nunca me besó ni me abrazó. Adrien no era cariñoso, ni siquiera con los animales: siempre estaba rodeado de perros, pero nunca le vi jugar con ninguno. A pesar de esto y de su gran afición a la caza, amaba la naturaleza y odiaba la crueldad con ella.

Sólo recuerdo haberle visto llorar en una ocasión: fue cuando un osezo apareció en los alrededores de La Savarite. Estaba exhausto y herido de bala. Huía de una batida de los guardias del castillo, que habían salido a cazar lobos, pero que dispararon contra todo animal que surgió a su paso, incluida la madre del pobre oso. Pese a las curas de Adrien, el cachorro murió a las pocas horas. Mi hermano lloró de forma desconsolada, con unas lágrimas y unos sollozos que partían el alma.

Yo quería mucho a Adrien y creo que no he vuelto a apreciar a ninguna persona tanto como a él. A su lado se tenía la sensación de que nada malo

podía pasar. Quizá por eso nunca eché en falta a mi padre.

A Adrien jamás le había visto cerca de una chica. Cuando comunicó en casa que pensaba pedir relaciones a la señorita Lescoteaux, todos nos asombramos; no sólo por tratarse de la hija del doctor, sino por el mismo hecho de que hubiera fijado su atención en alguien del otro sexo. Nunca vi al abuelo más feliz que el día que el médico dio su consentimiento.

Antes de ese momento, nunca me imaginé que Adrien pensara en casarse, pero si alguien me hubiera preguntado: «Roch, ¿a quién elegirías como mujer de tu hermano Adrien?», no habría tenido ni la menor duda sobre qué nombre decir: Agathe Lescoteaux.

En el fondo, creo que también yo estaba un poco enamorado de la señorita Lescoteaux.

LA COSECHA Y LA SEÑORITA LESCOTEAUX

Aquella tarde tormentosa de frimario, mientras trataba de escribir la traducción del pasaje de *La guerra de las Galias* que figuraba en la gramática latina, los engranajes de mi cabeza funcionaban con independencia de mi voluntad y una y otra vez llevaban mi pensamiento a lugares muy diferentes de aquel texto del que pronto tendría que rendir cuentas al desabrido señor Ribalet.

Sus palabras me habían aportado nueva luz. Si hasta hacía unos minutos estaba convencido de que era el padre Nief quién poseía el objeto que Étienne citaba en su carta, ahora tenía la certeza de que no era él, sino la señorita Lescoteaux, quien debía entregármelo.

Pero esto complicaba más las cosas. El padre Nief entraba y salía de nuestra casa con absoluta naturalidad, pero éste no era el caso de la señorita Lescoteaux, que nunca la había pisado y no me imaginaba con qué excusa iba a poder hacerlo en mitad de un temporal como aquél. En los dos años que duró su noviazgo con Adrien, siempre fue él quien recorrió la legua que separaba La Savarite de Montbrun para verla al caer la tarde. Cuando ocupamos el Palacio de la Gallina, los señores Lescoteaux hicieron la debida visita de cortesía, pero no vinieron acompañados por su hija pequeña.

Había, sin embargo, algo que me intrigaba profundamente, y era la relación que pudiera haber en aquel momento entre mi hermano Étienne y la hija del doctor. Antes he afirmado que la odiaba. Quizá pueda parecer exagerado, pero no es así. Diría que me quedo corto.

Para ilustrarlo, voy a contar algo que sucedió en el verano de 1791.

La Savarite está rodeada de bosques y pastos y, salvo algunas huertas, apenas hay cultivos, y menos de cereal. Para llegar a los trigales hay que recorrer varias leguas hasta las zonas más llanas y menos pobladas del valle. El abuelo contrataba braceros para la cosecha, a veces venidos de muy lejos, hasta de España. Los organizaba en cuadrillas y al frente de cada una de ellas

colocaba a un capataz de su confianza. Como dije antes, Étienne, pese a tener sólo doce años, se estrenó aquel año en sus labores de mayoral. Los otros niños que merodeábamos por allí —los hijos de los segadores y yo— nos encargábamos de llevarles la comida o el vino, o agua, o de hacer lo que nos quisieran mandar los adultos. Generalmente, me pasaba el día de un sitio para otro, llevando recados del campo de Adrien al de Étienne y de éste al del abuelo o al de alguno de los otros capataces. Durante la cosecha todo el mundo ayudaba y sólo los enfermos o los incapaces permanecían en sus casas. Se comenzaba segando la cebada, hacia el día de San Juan, y se acababa en agosto con el trigo; el cura recitaba en la misa la oración *Ad repellendcis tempestates*; durante estos meses, se dormía en el campo y se trabajaba de sol a sol. Así fue también en 1791, pese a que no fue un buen año para los cultivos y a que la situación política mantenía a los hombres en vilo, siempre deseosos de que llegaran noticias de Toulouse para informarse de lo que estaba ocurriendo en el país. El ingreso en prisión de Luis XVI, tras intentar huir de Francia, y la matanza del Campo de Marte^[13] alteraron mucho los ánimos y provocaron encendidas discusiones.

En Montbrun no hubo aquel año ningún episodio de violencia y el único signo de los nuevos aires que sacudían Francia fue que algunos segadores hicieron grabar en la hoja de sus hoces la palabra «república» o alguna consigna. El propio Étienne, siempre amigo de las novedades, mandó inscribir un lema que convenía muy bien a su carácter: *Plutôt mourir qu'obéir*^[14]. Al abuelo esto le espantaba porque, según decía, le recordaba al lema del demonio, el *Non serviam*^[15], y le parecía muy poco apropiado para quien algún día llevaría un báculo y una mitra.

Un día, al caer el sol, yo estaba precisamente con la cuadrilla de Étienne cuando acabaron sus trabajos y la despidió. Nos quedamos mi hermano y yo descansando bajo un nogal, junto al prado del señor Lougarre. Cerca había una colina con grandes castaños en donde un grupo de señoritas había merendado aquella tarde. Reconocí a una de ellas y se la señalé a mi hermano.

—Mira, aquélla es la prometida de Adrien.

—¿Quién? ¿La que está leyendo?

—Sí, ¿verdad que es guapa?

—¿Guapa? ¡Pero si parece una tarasca^[16]! ¡Es mucho peor de lo que imaginaba! ¡Qué repugnancia! Las gárgolas de la catedral de Sens son más agradables que ella.

—¿Cómo puedes decir eso?

Étienne se apartó un poco y comenzó a orinarse en las manos mientras, de espaldas, continuaba conversando conmigo.

—Porque es la verdad. Adrien ha escogido a la chica más fea de Francia, te lo aseguro yo, que vengo de la otra punta del reino y la puedo comparar con las demás. La mendiga más sucia y contrahecha de Borgoña es la diosa Venus comparada con la señorita *Lascacas*. Siento náuseas cada vez que la miro, puag.

Era imposible discutir con Étienne, sobre todo cuando empezaba a exagerar, así que decidí cambiar de asunto. A mí me llamaba mucho la atención esa costumbre de ciertos braceros de orinarse en las manos antes de coger la hoz o justo después de dejar el trabajo.

—¿Y por qué te meas en las manos?

—Es para evitar las ampollas. Así se curte la piel.

—¡Qué asco!

—Pero funciona, ya lo comprobarás cuando seas mayor. Si no fuera por esto, sería imposible trabajar tantos días seguidos.

—¡Nunca me lo habría imaginado!

—Pues ya lo has visto, todos los hombres lo hacen. Me lo enseñó Adrien. Aunque él, como no ha estudiado en el seminario, no sabe qué otros usos se pueden dar a los orines... —añadió, con voz misteriosa.

—¿Otros usos? ¿Sirven para algo más?

—¡Ya lo creo que sí! Pero es un secreto.

—Por favor, dímelo.

—No sé si debo...

—¡Por favor, Étienne!

—Es que es una cosa de adultos que no pueden escuchar los niños.

—¡Tú también eres un niño! —protesté.

Mi edad era uno de los argumentos favoritos de mi hermano cuando quería ocultarme algo.

—Bueno, te trataré como si fueras mayor, pero prométeme que no se lo vas a revelar a nadie.

—Lo prometo.

—Absolutamente a nadie, ¿eh?

—Que no, Étienne, confía en mí.

Me acercó los labios a la oreja y me susurró en tono confidencial:

—Pues mira, el secreto es que... Igual te parece un poco extraño, pero... El caso es que... Bueno, te lo voy a confesar sin rodeos: si te bebes tus orines, te vuelves invisible durante un rato. Eso es.

—¡Qué asco!

—Pues es verdad. Es algo que sólo saben los curas. Cristo se lo dijo a San Pedro, éste a San Pablo y así ha ido corriendo la bola.

—No te creo, me estás engañando.

—¿Engañando? ¿Cómo puedes dudar de mi palabra?

—Nunca he oído eso.

—¡Estamos buenos! ¡Pues claro que no! Justo por eso es un secreto... Te sorprenderías de la cantidad de cosas que tienen una apariencia normal y encierran algún gran poder oculto. Continuamente suceden prodigios de los que tú no eres consciente. Incluso ahora mismo, mientras hablamos tú y yo.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

—Pues, por ejemplo..., por ejemplo, los árboles.

Se había levantado un poco de viento y los chopos que estaban junto al arroyo habían empezado a zumbar.

—Fíjate en los álamos, cómo rozan sus ramas. Pues has de saber que a través de ellas circulan importantes mensajes. El abad de Pontigny se comunicaba con el obispo de Auxerre gracias al rumor de los chopos y se intercambiaban así recetas de cocina y trucos de magia, a los que ambos eran muy aficionados. Tú sólo oyes un frufú de hojas, pero ellos, colocándose las mitras mágicas y abrazándose cada uno a sendos árboles que tienen en sus claustros, son capaces de descifrar las palabras del otro con sólo aplicar el oído al tronco, aunque les separen muchas leguas de distancia. Este prodigio sólo está al alcance de los obispos y abades que tienen un árbol en el claustro y mitra mágica, y dicen que sólo hay siete en el mundo, la octava la perdió San Blas cuando le degollaron en Armenia.

Aquella historia de los árboles y mitras me sonaba a cuento chino.

—Ya, ¿y qué más?

—Pues... las campanas.

En la lejanía se oía cómo el reloj de Montbrun daba, con retraso, la hora.

—¿Qué pasa con las campanas?

—Pues lo mismo. Las campanas son capaces de hacer prodigios. ¿Por qué crees que todas las iglesias tienen una? ¿Sólo para tocar a misa? ¿Para dar la hora? Oh, no, eso sería simple utilitarismo contrario al espíritu religioso. Las campanas representan la voz de Dios. Los apóstoles, cuando tenían necesidad de comunicar algún mensaje, ataban al badajo una pulsera con forma de salamandra que se mordía la cola que les había regalado Santa María Cleofás, que era muy mañosa con los trabajos de orfebrería. Luego repicaban las campanas y, de torre en torre, se iba transmitiendo el mensaje hasta que

llegaba a oídos del destinatario, quien milagrosamente lo entendía todo. Casi nadie sabe, por ejemplo, que San Pablo no escribió una sola línea en su vida: sus epístolas las dictó a campanazos y San Lucas o San Bernabé, desde Corinto o desde Perpiñán o donde estuvieran, eran quienes las transcribían, a veces incluso con faltas de ortografía. El Papa dirigió la batalla de Lepanto desde Roma, también a campanazos. Un mensaje puede atravesar Europa en pocos minutos. Quizá ahora creamos que dan las ocho y resulta que es un mensaje del obispo del Alto Garona que manda la absolución a un amigo moribundo. Así se han salvado muchas almas, Roch. Estas cosas prestan un gran servicio a la Iglesia, y lo mismo se puede decir de los orines.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué le sirven a la Iglesia los orines?

Étienne pareció dudar, pero por fin me confió en voz muy baja:

—Calcula las ventajas de la invisibilidad. Por ejemplo, ayuda a comprobar que la gente dice la verdad cuando se confiesa. ¿Nunca has notado que el padre Nief sabe las cosas malas que has hecho sin que nadie se lo haya contado? Lo que más les gusta a los curas es meterse debajo de la cama o dentro de un baúl y espiar a la gente y ver si pecan o no. Yo alguna vez he oído toser por la noche al padre Nief y le he obligado a salir de nuestra alcoba, porque cada dos por tres se cuele en el armario. Si alguna vez echas en falta algún moquero o algún calzón, seguramente lo tendrá el padre Nief en la casa rectoral, porque a menudo se le enredan las prendas en la sotana.

Aquello era un disparate. Yo había hecho la primera comunión aquel año y en ninguna de las confesiones había tenido esa sensación que describía Étienne. Estaba seguro de que el padre Nief no se arrastraba por debajo de ninguna cama para espiar a los parroquianos.

—Me estás engañando, no me creo nada.

—¡Es verdad! Pregúntaselo a Adrien.

—¿Adrien también lo sabe?

—Por supuesto.

—¡Mentiroso! ¡Te pillé! Étienne, antes me has dicho que no, que los meados tenían propiedades que Adrien desconocía.

Étienne enrojó.

—Bueno, lo reconozco, antes no te he dicho la verdad. Pero era para no delatar a nuestro hermano. Adrien, gracias a este secreto, entra y sale cuando quiere de la casa de los Lescoteaux y así visita al espantapájaros de su novia. A menudo va en plena noche, cuando los demás duermen.

Eso era verdad. En La Savarite, Adrien y yo compartíamos la alcoba y a veces, si me despertaba a deshoras por alguna pesadilla, veía la cama de mi

hermano vacía. Suponía que salía a cazar al bosque porque, al día siguiente, siempre había alguna liebre o ciervo para comer. Lo último que me imaginaba era que pudiera ir al pueblo para colarse en la casa de su novia.

—¿Prometes que no me estás contando una patraña?

—Roch, parece mentira que tengas ya diez años y no distingas cuando alguien te habla en serio. Lo que pasa es que no te atreves a probarlo. Estás muerto de asco.

—No te creo.

—Anda, vete junto a esos matorrales con este cuenco, mea y luego te lo bebes. No pierdes nada por probar. Si lo que te he contado es mentira, me trago un cubo de orines de vaca, te lo prometo.

Aquella conversación me estaba revolviendo el estómago pero, por una mezcla de curiosidad y por el orgullo herido, hice lo que me pedía: me aparté de Étienne, me dirigí a un lugar discreto y allí, llené el cuenco con mis orines.

—Vamos, pruébalo —insistía Étienne.

—¿Es necesario beberlo todo?

—Por lo menos, la mitad; si no, no sirve.

Así lo hice. Aquel líquido caliente me repugnó. Una arcada me subió por el pecho y estuve a punto de expulsarlo. Arrojé el cuenco lejos, a la hierba, porque no soportaba tenerlo entre las manos.

—Esas convulsiones son normales, eso es que te está haciendo efecto. Hay que esperar un poco. Oh, ya has desaparecido. ¡Roch! ¡Roch! ¿Estás ahí, Roch? Contéstame.

Étienne me buscaba con la mirada, pasaba los ojos por donde estaba yo sin que aparentemente me viera.

—¿Seguro que no me ves?

—¡Claro que no! ¿Te das cuenta de cómo funciona? Anda, muévete y acércate a mí, a ver si te siento llegar.

Permanecí en el mismo sitio, pero Étienne comenzó a girarse. Husmeaba en el aire, como si así pudiera descubrirme.

—¡Pero yo sí me veo! —exclamé al fin.

Se giró de inmediato hacia donde procedía mi voz, aunque sus ojos miraban hacia algún lugar que estaba un poco más alto y a la derecha que yo.

—¡Natural! ¡Sólo eres invisible para los demás!

—Bébelo tú también —le propuse.

—Oh, no puedo, acabo de mear, y sólo sirve con el pis propio; si bebes el de otra persona se te hincha horriblemente el culo y te empiezan a salir orugas por la nariz. ¿Dónde estás ahora, Roch?

—Aquí, no me he movido. ¿Voy a ser invisible siempre? ¿Cuándo se pasan los efectos?

—Cuando vuelvas a mear. Mira, si quieres cerciorarte de que eres transparente, ve al castaño donde está la señorita Lascacas. De paso, comprobarás que tampoco pesas, ¡el elixir que has tomado es poderosísimo, Roch! Podrías montarte sobre sus hombros y ella no sentiría nada. Sería como si se le hubiera posado un mosquito. Imagínate, entrar así en su casa, en su alcoba... Es lo que hace Adrien. Vamos, corre, pruébalo, está a punto de levantarse. Corre, corre.

No sé qué capacidad tenía Étienne de convencerme de cualquier disparate o qué ingenuidad tan grande poseía yo de niño. El caso es que cogí impulso y me dirigí como una flecha hacia el lugar donde estaba la señorita Lescoteaux. Se había quedado bajo el castaño, jugueteando con su perro de aguas sobre las rodillas, mientras las criadas ya habían iniciado el regreso hacia el pueblo, seguramente apresuradas por la proximidad de la hora de la cena. Yo me acercaba por sus espaldas a tal velocidad que, cuando vi que hacía ademán de levantarse, no lo dudé y salté sobre sus hombros como una cabra montesa. Sorprendida por el peso inesperado que se le venía encima, la señorita Lescoteaux trastabilló y empezó a dar tumbos cuesta abajo, conmigo aferrado a su cuello como una garrapata. El chucho, *Fifí*, empezó a ladrar frenético y a dar saltos, como pretendiendo morderme. Así descendimos unos metros, hasta que la hija del doctor se dio de bruces contra un chotillo que pastaba en aquella loma. El pobre animal se asustó y al punto sentimos cómo se acercaba la madre, una gran vaca cuya esquila sonaba como la campana de una catedral. La señorita Lescoteaux empezó a gritar, presa del pánico, sin que fuera capaz de ponerse en pie. Intenté tirar de ella para alejarla de la vaca furiosa que se nos venía encima y lo único que conseguí fue que termináramos de rodar por lo que quedaba de pendiente, la señorita con las faldas por encima de la cabeza, hasta que nos hundimos en un barrizal.

Esto que se tarda tanto en escribir, sucedió en unos segundos y a una velocidad de vértigo. Los gritos de la señorita Lescoteaux alarmaron a los segadores que quedaban en los campos próximos, que acudieron corriendo para ver qué ocurría. Yo eché a correr, alcancé el monte y volví veloz a casa.

Iba llorando de rabia. Lo que más me dolía era comprobar que Étienne me había engañado y se había aprovechado de mí para humillar a la señorita Lescoteaux.

UN MALENTENDIDO CON LA SEÑORITA LESCOTEAUX

—*Viri in uxores sicuti in liberos vitae necisque habent potes... potesta... potestatatem*^[17]...

—Señorito Roch, una cosa es que el latín sea una lengua muerta y otra que usted tenga que asesinarla cada vez que la pronuncia. Esmérese un poco, por favor.

La clase de aquella tarde estaba resultando un tormento. Tras haber recibido un réspice^[18] del señor Ribalet por haber traducido «disparatadamente» cierto pasaje de Julio César, la lectura del siguiente me estaba costando sudores de sangre, entre otras cosas, porque el severo tutor me atizaba con la vara cada vez que pronunciaba alguna palabra aguda o me equivocaba en el sonido de las consonantes.

El ambiente tormentoso de la tarde no ayudaba a mantener la atención. Tras media hora de calma, el agua volvía a caer en tromba y, de vez en cuando, la casa temblaba ante la terrible detonación de un trueno. Cada fagonazo nos dejaba suspensos.

—Déjelo, señorito Roch, déjelo, envaine el puñal y no siga acuchillando a César. Se nota que tiene usted la cabeza en otra cosa. Espero que mañana recupere el control de sus ideas. Puede irse.

—Gracias, señor Ribalet.

—De nada. Señorita Irene, es su turno, siéntese en el clavicordio y que Dios se apiade de nosotros.

Mi madre había entrado en el salón azul y comenzó a bordar, junto a mi hermana Euphémie y la criada Adèle, mientras Irene recibía su clase. Cada cierto tiempo, se asomaba a la ventana.

—Estoy muy preocupada por el abuelo. Espero que haya encontrado un lugar donde refugiarse porque con este tiempo es imposible llegar a Foix.

¡Qué hombre, qué arrebatos!

Mientras las mujeres cosían y el señor Ribalet torturaba a mi hermana Irene, saqué de nuevo mi pedazo de madera y comencé a tallar. La navaja que me regaló Adrien me volvió a recordar aquella tarde de verano en la que me lancé sobre la señorita Lescoteaux. Yo había huido por el bosque, sin mirar atrás, y llegué a La Savarite. No me atrevía a entrar en la granja y me quedé merodeando por los alrededores, lleno de miedo. Étienne me encontró allí. Cuando le vi, sentí ganas de pegarle, pero lo único que pude hacer fue echarme a llorar. Estaba demasiado rabioso y, al principio, ni siquiera era capaz de articular las palabras.

—Te aseguro —insistía Étienne, tratando de consolarme— que eras invisible y que no te han reconocido. Nadie podrá acusarte de nada.

—Mentira, mentira, todo es mentira. Uno de los segadores ha gritado: «¡Por allí corre!», y me han perseguido por el monte.

—Porque veían una mancha de barro que se movía, si no hubieras caído en el fango no te habrían visto. Pero estabas muy lejos, nadie podrá decir si era un niño o un viejo y, desde luego, nadie ha podido distinguir tu cara, te lo juro.

—Adrien me va a molar a palos cuando se entere.

—No llores, Roch. Adrien no te va a pegar. Te repito que nadie sabe que has sido tú el que se ha abalanzado como un buitre sobre la señorita Lascacas. ¡Vaya bríos! ¡A quién se le ocurre, coger carrerilla!

—¿Y por qué puedes verme tú ahora?

—Seguro que te has meado encima del miedo y por eso has recuperado tu apariencia normal.

—Eso no es verdad.

—Entonces no me lo explico. Quizá tu pis es de mala calidad, ¿no habrás comido berros?

—No.

—¿Seguro?

—¡Claro que no!

—Porque si uno come berros, no tiene efecto. ¿Y leche? ¿Has bebido hoy leche? No afecta a la invisibilidad, pero sí a que uno conserve o no su peso. Debería haberte advertido... —aseguró pensativo.

—No he comido berros y no me he meado encima. Me has engañado, Étienne.

—Entra y cámbiate de ropa, anda, pronto llegarán todos.

En la casa sólo se encontraban mi madre y mi abuela; mi madre se ocupaba en preparar la cena y apenas reparó en mis vestidos sucios de barro. Al fin y al cabo, durante la cosecha las ropas se manchan y a nadie le sorprende que uno ande con lamparones. Me lavé, me cambié de ropa y me senté a la mesa. Justo en aquel momento llegaron juntos Adrien y el abuelo, éste último con su traje de la Guardia Nacional. Jamás olvidaré la expresión de mi hermano. Yo me imaginaba que estaría enfurecido, rabioso. Pero, al contrario, parecía completamente abatido. Venía pálido, con un gesto de infinita tristeza, los ojos húmedos.

—¿Qué te pasa, hijo mío? —le preguntó mi madre, alarmada.

—Alguien ha atacado a la señorita Lescoteaux y ha tratado de abusar de ella —informó el abuelo que, como de costumbre, nunca permitía que nadie se le adelantara en el uso de la palabra.

—¡Dios mío!

—La han agarrado y arrastrado por el suelo hasta llevarla a una zona de juncos y fango. La cosa no ha llegado a mayores gracias a que un grupo de braceros ha oído sus gritos y ha podido socorrerla.

—¿Y qué hacía sola la señorita en medio del campo? —preguntó, con voz sorprendida, Étienne; después, añadió mirando a Adrien—: Quizá tenía una cita con otro chico.

En ocasiones como ésta, consideraba a Étienne un monstruo de maldad y me asombraba su capacidad de aparentar inocencia.

—Nada de eso. Había ido con unas criadas de la casa para merendar, cerca del prado.

—¿Y se sabe quién ha sido? —preguntó mi madre.

Hubo un segundo de silencio. Luego, intervino el abuelo.

—Sí. Ya lo creo que se sabe.

En aquel momento pensé que se me paraba el corazón. Étienne también estaba expectante. El silencio se hizo insoportable.

—Bueno, pues dímelo, hijo mío, ¿quién es?

Como de costumbre, quien respondió fue mi abuelo:

—Esta canallada es propia de un degenerado o de un revolucionario extremista. En el pueblo sólo hay una persona que cumpla ambos requisitos: Marcel Séchard, el hijo del barbero. Ese vago redomado en cierta ocasión proclamó en la taberna que a los Lescoteaux había que pasarles por la cuchilla. Sospechamos que ha sido él, aunque niega haberse acercado siquiera a «la Rómula», que es como el rufián se empeña en llamar a la hija del doctor.

Lo del mote pareció exasperar del todo a Adrien.

—No me explico cómo alguien se puede comportar con tanta maldad —murmuró.

Era la primera frase que salía de su boca y se me heló la sangre al oírle.

La cena fue silenciosa. Adrien apenas probó bocado y yo tampoco podía. Sólo el abuelo soltaba alguna de sus frases de vez en cuando, a ver si alguien pegaba la hebra.

—La revolución nos ha hecho más libres, pero algunos piensan que ahora cualquier exceso o venganza son posibles.

—¿Qué tiene que ver esto con la revolución? —se extrañó mi madre.

—Todo. ¿Por qué crees que Séchard odia a los Lescoteaux? Hay personas que les acusan de tener correspondencia con los señores de Montbrun y de conocer a otros nobles huidos a Inglaterra. Lo cierto es que el doctor Lescoteaux no siempre ha mostrado el debido entusiasmo por las novedades legislativas del país. Algunos hasta le acusan de esconder a gente armada en su casa, ya sabéis, conspiradores absolutistas.

—¡Eso es mentira! —exclamó Adrien.

Lo dijo con tal convicción que todos nos quedamos en suspenso.

—¿Ves? Él entra por las noches en esa casa, a escondidas, lo sé —me confió al oído Étienne.

No le respondí nada. Seguía enfadado con él, no toleraba su presencia cerca de mí, su actitud me inspiraba desprecio. Ahora, además, tenía un nuevo peso en el corazón: el que se hubiera acusado en falso a Marcel Séchard.



Todo el mundo en Montbrun y su comarca dio por seguro que Marcel Séchard había agredido a la señorita Lescoteaux, aunque los propios segadores que la auxiliaron reconocieron que no habían visto la cara del fugitivo y que les había dado la impresión de que era mucho más bajo y menos fornido que el hijo del barbero. La casa donde vivían padre e hijo fue apedreada y no quedó un cristal intacto. Los árboles frutales de su huerta fueron talados por unos desconocidos, que también se dedicaron a destrozar lo que allí crecía. De cuánto tenían plantado, los Séchard no pudieron aprovechar aquel año ni una cabeza de ajos. Estoy seguro de que el doctor Lescoteaux no ordenó ninguno de esos abusos y que fueron otros quienes saldaron sus venganzas particulares, pero lo cierto es que Marcel no pudo salir durante varios días a la calle sin que volara una piedra hacia su cabeza. Por fin, el barbero fue a casa del doctor Lescoteaux para congraciarse con él y manifestarle que estaba

abochornado con la conducta de su hijo, a quien había castigado muy severamente; Marcel, aun con las costillas molidas a palos, porfiaba en que él no había maltratado a la señorita Lescoteaux. Pero el médico no se daba a partido:

—Lo que intentó hacer su hijo no tiene perdón de Dios, señor Séchard.

El pobre viejo lloraba mientras arrugaba su gorro con las manos.

—Lo sé, lo sé, doctor Lescoteaux, pero le pido clemencia. El muchacho me ha salido un poco torcido, pero no es malo, le aseguro que no es malo. Ha crecido sin madre, ya sabe usted, entre la barbería y la calle, y ha aprendido las malas mañas de la gente, pero su natural es bueno, créame. Tenga compasión de él, se lo pido de rodillas.

Y, tal y como decía, se echó de hinojos y comenzó a besarle los zapatos.

—Usted no tiene por qué humillarse, señor Séchard, ea, levántese. Nada le reprocho a usted ni necesito sus excusas. Pero rece para que su hijo no coja ninguna enfermedad cuya cura dependa de mí, porque me negaré siquiera a tomarle el pulso —aseguró el doctor Lescoteaux antes de cerrar la puerta con violencia.

La verdad es que a Marcel, el hijo del barbero, no costaba demasiado imaginarlo haciendo cualquier maldad, porque era un muchacho soberbio, esquinado, de muy mal temple, que ya había dado numerosos disgustos a su padre, y prácticamente no había muchacho de su edad (tenía la de Adrien) con quien no se hubiera peleado. Mi propio hermano tenía una cicatriz en la cabeza debida a una pedrada que le arreó Marcel hacía unos años. Los Séchard vivían con modestia en una casa no muy alejada de la del médico, junto a una tía anciana que estaba impedida y medio loca y se pasaba el día gritando y dando vivas a Luis XVI y al delfín, aunque dado su trastorno, nadie se lo tenía en cuenta y más bien despertaba la lástima de quienes la escuchaban.

El sentimiento de culpa me torturaba. No podía evitar sentirme responsable de la tristeza de Adrien o de los moratones que advertí en el cuello y el rostro de Séchard cuando coincidimos en la misa dominical de Montbrun.

—Tenemos que contar la verdad, Étienne.

—No podemos, te recuerdo que juraste no revelar a nadie lo de la invisibilidad.

Étienne seguía hablándome como si su broma fuera algo real.

—No hace falta citarlo. Basta con decir que yo fui el que saltó encima de la señorita Lescoteaux.

—Deja las cosas como están, Roch. Nadie te va a creer a estas alturas y no vas a arreglar nada. A Marcel ya le han castigado, pronto todo el mundo lo olvidará y volverá a hacer vida normal en el pueblo. Piensa además en el disgusto que darías a Adrien.

No hacer más daño a Adrien era la única razón por la que no lo confesaba todo. Bueno, eso, y mi cobardía, el miedo a que mi hermano mayor me despreciara. Porque antes de que la señorita Lescoteaux y yo hubiéramos rodado por el prado del señor Lougarre hasta terminar en la charca, había sucedido otra cosa que debo consignar aquí y que tiene que ver, de nuevo, con Étienne y mi exceso de ingenuidad.

Algunas tardes, el abuelo nos encomendaba a Étienne y a mí que recogiéramos las vacas que pastaban por los prados. Lo hacíamos justo cuando se ponía el sol, aprovechando la última luz. Las llevábamos hasta el corral, donde las ordeñaba Adrien. Una tarde, de vuelta a La Savarite, Étienne se detuvo de repente y señaló hacia un lado del camino.

—Mira, la señorita Lascacas —susurró.

En el lugar que Étienne me mostraba, había un perro tumbado que, al percatarse de nuestra presencia, se levantó, tensó las patas y comenzó a gruñir. Era un pastor alemán flacucho que, a pesar de su carlanca^[19], parecía no tener dueño. Seguramente había pertenecido a los guardias del coto que trabajaban para el señor del castillo y que, tras la revolución, habían emigrado, abandonando a los perros a su suerte.

—No, ése no es el de la señorita Lescoteaux —informé a mi hermano—. *Fifí* es mucho más pequeño y...

Étienne me interrumpió:

—No he dicho que sea el perro de la señorita Lascacas, sino que *es* la propia y apestosa señorita Lascacas.

—¿Por qué dices eso? No tiene gracia la broma.

—¡Pero si no estoy bromeando! ¡Es ella! ¿No la has reconocido? ¡Viene para encontrarse con Adrien en el bosque! Tienen citas a escondidas.

—No entiendo nada, Étienne. ¿Cómo va a ser la señorita Lescoteaux un chucho?

Étienne aparentaba estar muy sorprendido:

—Pero ¿no sabes la historia? Roeh, ¿no te lo ha contado nadie?

—Contar, ¿qué?

—Por qué llaman a la señorita Lascacas «la Rómula».

En el pueblo era raro el que no tenía mote. Los había simpáticos, graciosos, ridículos, despectivos, de todas clases. Algunos heredaban el de sus

padres o abuelos, otros iban cambiando con el tiempo. Había personas, incluso, que respondían a varios: en su casa les llamaban de determinada manera y fuera, de otra. A mí, por ejemplo, como era el más pequeño de los hermanos (y, además, al igual que el abuelo, tenía muy poca estatura) me llamaban «Grano de sal», «Garduña», «Comino», «Piojo» y, sobre todo, «Jilguero», por lo que ya he contado y porque me gustaba cantar y a veces, sin darme cuenta, silbaba mientras caminaba. Pero hay mote de los que uno no se avergüenza (a mí no me molesta que me llamen «Jilguero») y otros que son crueles y que sólo se pronuncian ante la persona a la que aluden cuando se la quiere injuriar. Ése era el caso con la señorita Lescoteaux, estaba seguro, y jamás se me había ocurrido preguntar en casa (donde se la idolatraba) qué significaba tal sobrenombre. Lo que era admirable es cómo Étienne, que hasta ese verano no sabía nada de su existencia, se había impuesto en pocos días de todos los chismes que corrían sobre ella por la comarca.

—No sé por qué la llaman así ni qué tiene que ver eso con el chuchó — reconocí.

—¡Todo! ¡La señorita Lescoteaux es un monstruo!

—¿Un monstruo?

—Sí, fíjate bien, mira los ojos de esa bestia asquerosa, ¿no te recuerda su mirada a la Rómula?, ¡es idéntica! Y esa expresión en los hocicos... No sé cómo puedes tener dudas.

—¡Pero si tú nunca has visto a la señorita Lescoteaux! No me enredes con tus embustes, Étienne, y vámonos. Nos esperan en La Savarite.

—Aguarda, aguarda a que te explique lo del mote, Roch. ¿O no quieres saberlo?

—Sí, claro.

—Esto es un secreto, ¿eh? Luego no le chismorreos a nadie que te lo he cantado yo, ¿lo prometes?

—Lo prometo.

Étienne amenazó con la vara al perro, que escapó monte arriba. Luego bajó mucho la voz.

—Cuando la señorita Lascacas era un bebé, una perra saltó a su cuna, la agarró por el cogote, se la llevó a un rincón y allí la amamantó. Las tardes como hoy, en las que la luna y el sol coinciden en el cielo, quien ha bebido leche de perra puede convertirse en uno de ellos. Cuando sea de noche, volverá a tener su repulsivo cuerpo humano.

—No cuentas más que patrañas.

—Pregúntale a Adrien.

Étienne todo lo resolvía de esa manera, porque sabía que tenía una confianza ciega en la palabra de mi hermano mayor.

Cuando metimos las vacas en el corral, Adrien comenzó a ordeñarlas. Yo tomé una colodra^[20] y me coloqué al otro costado del animal para ayudar a mi hermano. Reuní todo mi valor y, mientras manipulábamos las ubres, le pregunté:

—Adrien, ¿es verdad lo que cuentan en el pueblo de la señorita Lescoteaux?

—Depende, ¿qué es lo que cuentan?

—Que... de niña, una perra se la llevó de la cuna y...

—¿Y?

—Y la amamantó con su leche y...

—¿Y?

—Y todo eso...

Estaba rojo como la grana. Conversar con Adrien era difícil, porque daba la impresión de tener tasadas las palabras. Además, había dejado de ordeñar y me miraba fijamente por debajo del vientre del animal, muy serio. Por fin, respondió:

—Pues sí, es verdad.

—¿Todo?

—Todo.

—¿También lo de la leche y que...?

—También. Pero es algo a lo que no debes dar importancia. ¿Conoces lo peor de la historia? Eso seguro que no te lo han relatado. Tú sabes que la señora Lescoteaux enfermó de los pulmones precisamente cuando estaba embarazada de Agathe. Al nacer, como consideraban que el ambiente de París era muy insalubre, se retiraron a una finca cercana a la capital donde la madre pudiera reponerse y la hija crecer con los cuidados de una nodriza. Estando las dos mujeres solas en la casa, la señora Lescoteaux tuvo un ataque terrible y la fiebre la dejó inconsciente. El ama de cría salió a buscar ayuda porque temía que se muriera si no llegaba pronto el socorro de un médico. No sé cuánto tiempo pasó hasta que pudo regresar: una hora, quizá dos, puede que más. El caso es que el bebé, cuando llegó el momento de su toma, debió de despertarse y empezar a llorar. ¿Has oído alguna vez el llanto de un niño con hambre? Es algo que rompe el corazón. La perra de la casa, que también estaba criando, se apiadó de ella, la bajó de la cuna y la amamantó. ¿Sabes cómo agradecieron su buen instinto? Mataron al animal y a toda su camada. ¿Qué te parece?

Creo que nunca había oído a Adrien un relato tan largo. Me seguía clavando sus ojos, esperando ahora mi respuesta.

—Hicieron mal, no se lo merecía —respondí.

—Fue una crueldad intolerable. Esto sí es vergonzoso, lo demás no tiene ninguna importancia.

—Claro.

—Te tengo que pedir un favor, Roch. Nunca preguntes nada de esto a Agathe. Para ella es una historia incómoda. ¿De acuerdo? ¿Me lo prometes?

Asentí con la cabeza.

—Adrien...

—¿Qué?

—¿Es verdad que a veces os veis la señorita Lescoteaux y tú en el bosque?

Ahora Adrien puso expresión de gran sorpresa, casi de alarma.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Bueno, me lo he imaginado...

—También es verdad. Pero eso sí es un secreto. No se lo debes decir a nadie.

Cuando salí de la cuadra, me encontré con Étienne, que se había quedado al acecho.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has atrevido a preguntárselo?

—Sí.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Ayúdame a llevar la colodra, anda.

—Cuenta, cuenta. Estoy en ascuas.

—Me ha confesado que es verdad que la señorita Lescoteaux fue amamantada por un perro.

—¿Has visto?

Étienne tenía una gran expresión de triunfo.

—Pero también me ha pedido que no le dé importancia.

—Claro, qué te va a decir. Pero nosotros debemos impedir ese matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque no puede casarse con un monstruo. Además, ¿tú ves que Adrien esté enamorado? En absoluto, lo que quiere es sacrificarse por la familia, cumplir los sueños del abuelo y conseguir tierras y fortuna. Pues nosotros lo vamos a frustrar.



Un par de días más tarde, el abuelo me mandó a mí solo a recoger el ganado. Aquel verano fue muy cálido, tanto que muchos árboles se secaron. También el pasto escaseaba y por eso había que repartir las reses y llevarlas a prados cada vez más lejanos. Étienne se dirigió hacia el este y yo al oeste. Antes de separarnos, señaló el cielo: en un extremo, pese a que quedaran varias horas de sol, se había asomado la luna menguante.

—Ahora la señorita Lascacas estará a cuatro patas por el bosque, llena de pelo, meneando el rabito, guau, guau.

—Si la ves, déjala en paz, por favor —le supliqué, porque le creía muy capaz de apalearla.

El prado al que me dirigía estaba más cercano que el de Étienne. Durante el trayecto, oí un gemido. Procedía de algún lugar del bosque, próximo a su linde con el camino. Me adentré y allí descubrí un bulto negro entre los helechos. Con asombro comprobé que se trataba del perro que había visto el otro día. Tenía la pata enganchada al cepo de un cazador y, por la posición en la que se encontraba, deduje que la tenía rota y que le debía causar un dolor terrible.

—¡Señorita Lescoteaux! ¿Está usted bien?

Intenté liberarla, pero empezó a gruñirme y a enseñarme los dientes, amenazadora.

—Soy Roch, el hermano de Adrien. No tenga miedo, lo sé todo. Sé que la amamantó una perra y que por eso, cuando hay luna, usted se convierte en perrita. No voy a hacerle ningún mal.

Pero cada vez que intentaba acercarme al cepo, soltaba una dentellada y trataba de alcanzarme. De nada servían mis explicaciones.

—No se inquiete. Voy a pedir ayuda.

Fui corriendo hasta La Savarite. Por suerte, Adrien había llegado del campo.

—¡Adrien! ¡Ven conmigo! ¡Corre!

—¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Étienne? ¿Ha habido un accidente?

—No, es la señorita Lescoteaux.

—¿Agathe? ¿Qué ocurre?

—Está en el bosque. La he encontrado cuando iba al prado de Argain. Creo... creo que venía a verte, sola... Está herida...

—¿Herida?

—Sí..., oí cómo lloraba y... Ha pisado un cepo y se ha roto una pata... Tiene miedo, le he dicho que soy tu hermano, pero no me dejaba que la ayudara. Está muy asustada y casi me muerde.

Adrien salió corriendo. Me tiraba del brazo.

—Llévame, ¿dónde la has dejado?

Mi hermano estaba ansioso y me llevaba a toda velocidad. Varias veces estuvimos a punto de caer.

—Ahí está.

—¿Dónde?

—Entre los heléchos.

Cuando Adrien vio el perro se quedó paralizado. Luego me miró. Le temblaban los músculos del cuello y los labios. Estaba enrojecido por el esfuerzo y todo su cuerpo rezumaba sudor.

—¿Qué broma es ésta, Roch?

—Yo sé el secreto. La señorita se convierte en perro y te visita por las tardes y...

—¿Que se convierte en perro? Pero ¿quién te ha contado eso?

—Tú.

—¿Yo?

A estas alturas, ya me estaba empezando a dar cuenta de que allí había un formidable malentendido.

—Sí..., cuando te pregunté que si era verdad lo que se decía en el pueblo... Me dijiste que sí, que *todo* era cierto, y pensé que... Cuando uno se enamora de una perra... Entonces...

—¿Quién dice en el pueblo que uno se convierte en perro por eso? ¡No lo he oído jamás! Eso se lo ha tenido que inventar alguien. ¿Ha sido Étienne?

Negué con la cabeza.

—¡Seguro que ha sido él! Mírame a los ojos, dime quién te ha contado esa patraña.

—No me acuerdo... Uno, cualquiera...

—O sea, que uno, cualquiera, te dice el mayor de los disparates, y tú te lo crees a pies juntillas.

—Te pregunté a ti. Yo creía que...

—¡Creías que la señorita Lescoteaux era un perro! Pero Roch, criatura, ¿cómo es posible? ¿Cuántos años tienes?

—Diez.

—¿Y con diez años sigues creyendo esas historias? ¿Con diez años alguien te convence de que una persona se puede convertir en un perro? Roch,

Roch, criatura.

En aquel momento, no sé por qué, empecé a llorar. Me sentía estúpido, quizá por el gran disgusto que se había llevado Adrien, por rabia, porque en ese instante odiaba a Étienne y su nombre me quemaba en la punta de la lengua para delatarle y no sé por qué no lo hice.

—Roch, no llores. Anda, vamos a liberar a este perro. Hemos hecho bien en venir, porque moriría si lo dejáramos aquí. Mira, ha perdido mucha sangre. Yo lo sujeto mientras tú abres el cepo, ¿sabes cómo hacerlo?

—Sí.

Adrien se tiró encima del animal, con las manos cerró sus fauces y con el resto del cuerpo lo inmovilizó.

—Ayúdame a entablillarlo.

Una vez liberado, el perro se tranquilizó, aunque parecía sin fuerzas para levantarse. Permaneció tumbado de medio lado, con un gemidito, como suplicando ayuda. Adrien sacó su navaja, descortezó unas ramas y las ató. Después se lo cargó sobre los hombros y así volvimos a casa.



Aquella noche Adrien y Étienne discutieron. Ocupábamos la misma alcoba y ellos compartían la cama grande, mientras que yo me acostaba en otra más pequeña. Oía sus palabras acaloradas, pese a que las pronunciaban entre susurros, suponiéndome dormido. Adrien, que ante el abuelo sólo explicó que se había encontrado un perro herido, sin citar nada más, acusaba a Étienne de engañarme y éste se defendía. Aunque reñían con cuchicheos, de vez en cuando levantaban la voz lo suficiente como para que les entendiera.

—Son imaginaciones de Roch, se lo ha inventado todo. Es un niño muy fantasioso —argüía Étienne.

—No, tú no me engañas. Eres un mentiroso. Deja a Roch en paz, él nunca miente.

—Pues si nunca miente, créele cuando dice que yo no he sido quien se ha inventado eso. Adrien, no me des la espalda. Todo se lo ha imaginado Roch o se lo habrá escuchado a otro, en el pueblo corren mil historias. ¡Ni siquiera conozco a tu prometida! Ahora que me acuerdo, vi hablando a Roch con Marcel Séchard, el hijo del barbero. Seguro que fue él quien le metió esos cuentos. Pero te juro que yo no.

—No jures en falso, Étienne. Me avergüenza estar a tu lado.

Adrien se levantó y, pese a la estrechez de mi cama, se acostó conmigo. Se abrazó a mi cuerpo y me besó en la nuca.

LLEGA LA GENTE AL PALACIO DE LA GALLINA

Aquellos luminosos meses de 1791 fueron, pese a todo, el último verano feliz de mi infancia. Étienne, además de un fabuloso trapacero a quien a veces deseaba estrangular por sus mentiras, era también el mejor compañero de juegos, la persona más simpática y alegre del mundo. No había canción que no supiera ni travesura que considerara irrealizable. Ni siquiera la muerte de la abuela a finales de agosto empañó por completo la alegría de aquellos días.

Además, teníamos la sensación de vivir tiempos extraordinarios: aquel verano nos sentíamos orgullosos de ser franceses, de los cambios que habían convertido a nuestra patria en la nación más justa y más libre de Europa. Eso proclamaba mi abuelo en las ceremonias que presidía ante el árbol de la libertad de Montbrun, un tilo que se había plantado como símbolo de los ideales de la revolución y que, en las solemnidades, se decoraba con grandes cintas y coronas de flores azules, blancas y rojas. Cada vez que veía la bandera nueva que se había popularizado con la revolución y que simbolizaba el renacimiento de nuestra patria, sentía que el pecho se me ensanchaba y que realmente el mundo, tal y como aseguraba el patriarca de nuestra familia, nos miraba con admiración. Mi abuelo lucía en estas ocasiones su uniforme de la Guardia Nacional y sus discursos eran tan elocuentes que la gente lloraba al escucharlos (años más tarde descubrí que sólo repetía las palabras del general Lafayette o del arzobispo Talleyrand que leía en las gacetas). Era tal su persuasión que convenció a los ciudadanos de Montbrun de que vivían en una época de héroes y maravillosas hazañas, un tiempo comparable en grandeza al mundo de los griegos y los romanos. Lafayette, en opinión del abuelo, era tan grande como Ulises o como Perseo y quizá superior a ambos; Luis XVI se asemejaba a Príamo, bondadoso pero torpe en el gobierno; la reina María Antonieta era una especie de Fedra necia y derrochona y, en fin, así iba

motejando a los hombres ilustres del momento, midiendo sus méritos con los de los grandes personajes de la Antigüedad. Los acontecimientos más tristes y vergonzosos que sucedían en París, como el intento de huida del rey o la matanza del Campo de Marte, quedaron olvidados ante el júbilo por la nueva Constitución que, siempre según mi abuelo, era una ley parangonable con las normas que dictó el sabio Solón para Atenas. Francia iluminaba al mundo e iba a acabar con la superstición y la tiranía en todos los lugares de la Tierra.

Aquel entusiasmo colectivo me producía una exaltación y una felicidad que luego ya no he vuelto a sentir nunca más, ni siquiera cuando me correspondió servir como soldado durante el Imperio y conocí a Napoleón y toda su gloria. Pero ésa es otra historia que contaré en otro momento. Ahora quiero recordar mi ya lejana infancia.

Los veranos posteriores al de 1791 no fueron tan alegres. Aunque por mi edad seguía siendo un niño, no los viví como tal, sino como un adulto prematuro. Debido a las convulsiones políticas, Étienne ya no pudo viajar durante los dos años siguientes. Se acabó el tiempo de los juegos y las bromas. El miedo empezó a adueñarse de la nación. Se proclamó la República y se guillotiné al rey. La guerra nos amenazaba desde todas las fronteras y en el propio corazón de la patria. Se movilizó a los jóvenes para engrosar el Ejército, Adrien vistió el uniforme de artillero y pasó a formar parte de la guarnición de Bellegarde. La bandera que antes tanto me emocionaba cuando ondeaba, fue la misma que (supongo) sirvió de sudario del cuerpo destrozado de mi hermano. Ya no podía ver los símbolos de la revolución con los mismos ojos. Junto al árbol de la libertad estaba el cipo dedicado a Adrien y cualquier ceremonia que allí se hiciera me traía el recuerdo de mi hermano muerto.

Por su parte, los Hijos del Garona continuaban dominando la comarca, pero cada vez estaban más disgustados con el radicalismo de la República y de los nuevos dirigentes que controlaban la Asamblea Legislativa.

—En París nos gobiernan carniceros sedientos de sangre, no legisladores prudentes. Van a destrozar Francia y se van a despedazar entre ellos. Menos mal que nosotros, en este lugar remoto, podemos aplicar las leyes según nuestro criterio. El representante del pueblo que vino desde Toulouse para controlarnos volvió admirado del patriotismo y de la buena organización de este valle. Pobrecillo, todo fue una farsa, si supieran en París o en Toulouse lo que pensamos realmente... Pese a que me costaría la cabeza, a veces me entran ganas de vocear en la plaza que Robespierre es un petimetre despiadado; Marat, un guarro que nunca se lava y Danton, la cosa más fea que ha parido madre.

Así peroraba el abuelo en casa, a pesar de que sólo conocía a estos personajes por las estampas y por lo que contaban las gacetas. Pero daba por bueno cualquier rumor que circulara sobre ellos y, si lo consideraba insuficientemente despectivo, lo engordaba con invenciones de su caletre^[21].

Lo cierto es que cuánto peor era la situación económica en Francia, mejor parecían ir los negocios del abuelo. La sequía, la guerra, los incendios y los desórdenes hacían que sus reservas de grano y de otros alimentos (muchos traídos de contrabando desde España) se vendieran a precios exorbitantes. Nunca aceptaba los asignados republicanos, sino los viejos luises de oro, que seguían circulando con el perfil empelucado del monarca.



En el invierno de 1793 (cuando recibí el mensaje de Etienne y el abuelo partió hacia Foix para sacar a mi hermano del ejército), pocas cosas alegraban mis días. La riqueza de la familia, nuestro ostentoso Palacio de la Gallina de Montbrun, la abundancia de alimentos, la ausencia de los duros trabajos físicos a los que antes estaba acostumbrado, nada de esto me compensaba de la ausencia de mis hermanos. Habría renunciado gustoso a estas cosas por volver a La Savarite, a los veranos que pasaba allí con Adrien y con un Étienne cada vez más gamberro, pero siempre jovial.

Sin embargo, las cosas rara vez vienen tal y como las queremos. Mientras la tormenta continuaba descargando agua sobre el valle, yo tallaba mis figuras y pensaba en la cara que debió de poner Étienne cuando recibió la carta en la que le comunicaban que debía casarse con la señorita Lescoteaux. Estoy seguro de que echó sapos y culebras por la boca. ¿Qué sucedería si el abuelo llegaba a Foix? ¿Conseguiría traerle de vuelta a casa?

—Adèle, ya es hora de que vayamos preparando la cena —anunció mi madre a la criada—. Con su permiso, señor Ribalet.

—Por supuesto, señora, atiende sus obligaciones. Continuaré con la lección de Iréne hasta que sea la hora de ir a la mesa.

Cuando mi madre cosía en el salón, el malvado tutor reprimía sus comentarios mordaces, pero en cuanto se veía libre de testigos adultos, no esperaba ni un segundo para ironizar cruelmente.

—Señorita Galerón, sus aptitudes para permanecer inmune a los encantos del arte son en verdad asombrosas, permítame que la felicite.

—Muchas gracias, señor Ribalet. ¿Lo he hecho bien?

—Admirable. Su descenso a los abismos de la disonancia son insuperables, no se puede ir más allá. El timbalero de Atila era Gluck en comparación con usted.

—¿Gluck? ¿Quién es ése?

—Fue un gran compositor que nunca escribió una sola nota fea, aunque eso es algo que usted no está en condiciones de apreciar. Nos tratamos en París, donde le dispensé amistad y protección. Asistí al estreno de su ópera *Orfeo y Eurídice* e incluso escribí varias de sus arias, pues el genio de Gluck atravesaba por un periodo de sequía en aquel momento, lo cual dio ocasión a un desagradable equívoco que a veces me reprochan mis rivales.

Según Étienne, aquel «desagradable equívoco» consistió en que el señor Ribalet publicó con su nombre unas arias que había plagiado al propio Gluck, lo cual causó un gran escándalo cuando se estrenó la ópera en París y fue el motivo de que Ribalet tuviera que abandonar la capital para marchar a Toulouse, donde entró al servicio del señor del palacio de Montbrun, Jean de Courdurier. Se le condenó a pagar una elevada cantidad a Gluck, pero éste murió sin que Ribalet le hubiera entregado una sola moneda de las muchas que ganó plagiándole.

El maestro de música continuó con su perorata, cada vez más irritado.

—Y ya ve usted, las vueltas que dan las cosas de los hombres, yo que he conocido la corte y he sido merecedor de los más altos honores, ahora estoy aquí, en este muladar de los confines de Francia, reducido a la miseria, rodeado por la incomprensión general, viendo cómo usted mueve los codos al tocar el clavicordio como si fuera una gallina a punto de poner un huevo.

Mi hermana Irene le miró a los ojos fijamente y se puso en pie.

—Bueno, ya está bien. Es usted un maleducado y no estoy dispuesta a seguir aguantando sus impertinencias.

El señor Ribalet no esperaba tal reacción, porque palideció y tartamudeó:

—Jo... jovencita, ¿có... cómo dice?

—Que estoy harta de que me considere tonta. Quizá no tenga mucha habilidad para la música, pero usted es un pésimo profesor que me trata sin ningún respeto. No tengo ningún interés en continuar las clases y así se lo diré a mi abuelo cuando regrese. Por mí, puede usted volver a la corte, con Gluck, con su abuela o con quien le dé la gana.

Yo estaba admirado. Nunca habría supuesto tanto valor a Irene como para enfrentarse al tutor.

—Pero... No hay que tomarse las cosas a la tremenda... Recapacite... Al señor Galerón no le va a gustar que...

No pudo acabar la frase. Unos golpes potentes sonaron en la puerta de la casa. El señor Ribalet se persignó y exclamó:

—¡Santo Cielo! ¡Los bandidos! ¡Estamos perdidos!

HAY QUE DEFENDER LA CASA

Mi madre entró en el salón azul, con una escopeta entre las manos.

—Señor Ribalet, por favor, ¿le importaría salir al recibidor con nosotras? Están llamando y no sabemos quién puede ser.

—Oh, sí, desde luego, señora...

—Es sólo por precaución —explicó mi madre, mientras le entregaba el arma al aterrorizado profesor de música.

—Vosotros esperad aquí.

Pese a esta orden materna, mis hermanas y yo corrimos al vestíbulo justo a tiempo para ver cómo abría a un hombre envuelto en una capa tan empapada y chorreante que al punto formó un gran charco de agua. ¿Sería esta persona la que me traía el mensaje de Étienne? ¿Quién podría ser?

En cuanto se despojó de la capa, lo descubrimos.

—¡Padre Nief! Pero ¿cómo se le ocurre salir con esta tormenta?

—Debía venir. He recorrido todas las casas del pueblo y la suya era ya la última. ¿Están ustedes solos? ¿Y los hombres? Necesito hablar con el señor Galerón.

—Ha salido esta tarde hacia Foix y me temo que no volverá hasta mañana.

—Oh, qué contratiempo. Había venido a alertarlos. Parece que hay un grupo de hombres armados que están saqueando las granjas de los alrededores. Las noticias son muy confusas, pero se les ha visto merodear en torno a las propiedades de los Hijos del Garona. Puede ser gente peligrosa.

—¡Jesús, María y José!

—Si quieren, vengán esta noche todos a la casa rectoral. Allí estarán más seguros.

En aquel momento, un nuevo trueno partió el cielo.

Mi madre negó con la cabeza.

—No. No podemos salir con semejante temporal. Además, mi suegro nunca consentiría que abandonáramos la propiedad. Nadie sabe que la casa está sin hombres y la propia tormenta nos protege, no creo que los bandidos se aventuren en una noche así. Adèle, el señor Ribalet y yo nos turnaremos para vigilar que nadie se acerque. Si ven luz toda la noche y gente en vela, nadie cometerá la imprudencia de entrar.

—Pero...

—Ya está decidido, padre Nief. Le agradezco mucho su ofrecimiento. Ahora, si quiere sentarse a la mesa con nosotros, nos hará un honor. Estábamos a punto de cenar.

—Muchas gracias, señora Galerón. Acepto con gusto, pero permita que pase aquí la noche. El señor Ribalet y yo nos bastaremos para guardar la casa. ¿Tienen más armas de luego?

—Sí, está la escopeta de caza de Adrien.

—Muy bien, así en caso de necesidad, tanto el señor Ribalet como yo podremos disparar.

—Le agradezco mucho su gesto, padre Nief. Lo que debe hacer ahora es mudarse esas ropas, si no, va a coger una pulmonía. ¡Adèle! Traiga unas toallas. Puede subir a la alcoba de Roch, allí guardamos ropa de Adrien que le servirá. Hijo, acompaña al padre Nief.

Ninguna orden me habría hecho más feliz. ¡Allí estaba el sacerdote, cuya presencia tanto había anhelado! Y podría ir con él a mi propia habitación. No iba a haber ningún obstáculo, por tanto, para que me entregara el objeto anunciado por Étienne, ni para que pudiéramos hablar sin que nadie escuchara nuestras palabras.

Tomé un candil y le guie por las escaleras y los pasillos.

—¡Vaya laberinto! Si me dejaras solo, creo que no sabría volver al salón.

El párroco parecía muy sorprendido por las dimensiones interiores de la casa. Pese a ser un asiduo, se conoce que no había ido más allá del salón azul y que nunca había reparado en que las fachadas laterales eran casi tan largas como la principal.

—¡Cuántas puertas! ¿Todas estas habitaciones están en uso?

—No, muy pocas, pero el abuelo sueña con presentarse a diputado y recibir aquí a los políticos y hacer grandes fiestas, y para eso necesita mucho espacio y que mis hermanas aprendan a cantar y a tocar el arpa y el clavicordio. También quiere que yo componga poemas patrióticos.

—Tu abuelo es todo un personaje, Roeh.

—Ya hemos llegado, esta es mi alcoba.

El padre Nief se rio.

—Sí, ya me imagino, aquí veo tu nombre. ¿Sabes qué significa este acrónimo? —me preguntó, señalando una tabla colgada en la puerta donde se veían grabadas las letras «vsr».

—Claro, lo puse yo ahí, lo traje de La Savarite. Cuando me lo regaló, Étienne me dijo que me protegería de las brujas y de los malos espíritus.

—Las brujas no existen y el único mal espíritu que conozco es precisamente el de Étienne.

Aquél era un comentario muy propio del padre Nief «VSR» significa: «Viva San Roque». Algunos dinteles de las casas viejas estaban decorados con las mismas letras, y también se leía en numerosas cuerdas, junto a la estampa del santo de mi nombre. En Montbrun la gente era muy supersticiosa y creía a pies juntillas que este vitor alejaba las enfermedades del ganado y de las personas, en especial la peste, contra la que se invocaba. También daban por ciertas mil historias de hechicerías, diablos, males de ojo, animales de mal agüero, sucesos que traían buena y mala suerte. El sacerdote trataba por todos los medios de desterrar estas creencias y había llegado a proclamar desde el púlpito que la Virgen y los santos tenían prohibido aparecerse en su parroquia, así que si alguien veía a alguno de estos personajes debía pensar que se trataba de una máscara o un impostor. Esto fue a raíz de que un zagal asegurara haber asistido a una aparición de San Antonio, quien surgió entre unas matas y le pidió un trago de la bota.

—Es que en el Cielo el vino es un asco, no sé de dónde lo traen —le explicó San Antonio al atónito pastor.

Por cómo se reía Étienne durante aquel sermón, conteniendo a duras penas las carcajadas, deduje que era otra de sus travesuras y que había más crédulos, además de mí, a los que se complacía en engañar.

El «vsr» era común en Montbrun y uno lo podía encontrar por todas partes. De hecho, San Roque era el patrono del pueblo y muchos llevábamos su nombre, incluso los nacidos en tiempos de la revolución, cuando —para complacencia de mi abuelo— se pusieron de moda los nombres griegos y latinos. Cuando las madres llamaban a voces a sus hijos, Montbrun parecía El Píreo: ¡Aspasia! ¡Parménides! ¡Agamenón! ¡Orestes! ¡Fidias!

Étienne me regaló aquella tablilla el día de mi cumpleaños, que coincidía con la fiesta del santo, a mediados de agosto. En ella, además del «vsr», había grabado una imagen de San Roque, con su bastón de peregrino y un perro a sus pies que le lamía las llagas. Era un pastor alemán, como aquél al que Adrien había salvado del cepo. Me lo entregó después de la misa, en el propio

pueblo (en La Savarite no hay capilla y por ello teníamos que trasladarnos hasta Montbrun los domingos y demás fiestas de precepto). Aquél era día de feria y de baile y había llegado gente de toda la comarca, por lo que las calles estaban muy concurridas. Unos gitanos mostraban sus animales: una oveja con dos cabezas, un oso que bailaba fandangos, una mona que fumaba y formaba aros de humo en el aire. Étienne me apartó de la muchedumbre, me condujo de nuevo hacia la iglesia y, para mi sorpresa, me hizo subir por una escalera hasta el tejado. Allí, tras la espadaña, me entregó la tabla tallada.

—Es mi regalo por tus días, Roch. San Roque amaba a los perros y, cuando enfermó de la peste, fueron los únicos que le acompañaron: cada día uno robaba un pan de la mesa de su señor y se lo entregaba al santo, y así pudo llegar hasta Montpellier, que era su ciudad natal, donde murió.

—Sí, ya lo sabía. El padre Nief me contó su vida.

Étienne torció el gesto. Parecía molesto con que aquel relato no fuera una novedad para mí.

—Lo que seguramente no te habrá contado el padre Nuez, porque él te trata como a un niño y no como a un adulto, es que los que lleváis el nombre de este santo podéis convertirlos en animales a voluntad, sólo con invocarlo. Es un don que el Espíritu Santo os confiere con el bautismo justo cuando el sacerdote os vierte el agua sobre la cabeza.

—También conozco esa historia.

—¿Ah, sí?

—Es como la de la señorita Lescoteaux, ¿no?

Mi hermano enrojeció. Daba la impresión de haber olvidado la mentira que me coló unas semanas atrás y que le costó un enfado con Adrien.

—No, no. Ella había tomado la leche de una perra y... Tú puedes transformarte en el animal que elijas: un perro, un mono, un oso, lo que sea, sólo tienes que decir tres veces seguidas «¡Viva San Roque!», es así de sencillo.

—Muy bien: que me convierta en gato. Viva San Roque, viva San Roque, viva San Roque —repetí con desgana—. ¿Ves? Sigo siendo un niño.

—¡Claro! —repuso al instante—. Tiene que ser cuando haya luna y todavía no...

—... se haya puesto el sol, me lo sé, Étienne, no te esfuerces. ¿Era esto lo que me querías contar?

Mi hermano suspiró y se dio por vencido.

—Da igual que no me creas, Jilguero. Coloca esta tablilla en un lugar visible de tu habitación y siempre te protegerá de la presencia de las brujas y

de las enfermedades. Te aseguro que funciona.

—Gracias, Étienne. Es muy bonito.

—Te he subido aquí por otra cosa. Mira las campanas, ¿sabías que cada una tiene un nombre? Lee aquí, ¿entiendes el latín?

En aquel tiempo feliz, cuando todavía vivíamos en La Savarite, ni siquiera podía imaginar que algún día tendría al señor Ribalet como profesor de tal lengua.

—¡Claro que no!

—Deberías aprenderlo, Roch. Las cosas más sabias se han escrito en latín. ¿Ves esta inscripción?

Señaló unas grandes letras versales.

—Dice: *Ego vox clamantis in deserto. Ave Roche sanetissime. 1679*, y significa: «Soy la voz que clama en el desierto. Ave, santísimo Roque». Mil seiscientos setenta y nueve es la fecha en la que se fundió la campana. ¿Ves? Ésta tiene tu nombre. Nosotros vamos a grabar aquí otra frase en tu honor.

Sacó su navaja, que también tenía en su hoja el *Plutôt mourir qu'obéir!*, y rayó el bronce. Escribió unas palabras y dibujó la cabeza de un perrito.

—¿Qué has puesto?

—Mira, ahora dice *Stephani vox clamantis in deserto. Ave Roche carissime. 1791*. O sea: «Es la voz de Étienne que clama en el desierto. Hola, queridísimo Roch». Cada vez que suene esta campana, te estaré saludando. ¿Te acordarás de mí cuando la oigas?

—Claro.

Étienne parecía muy emocionado.

—Dentro de un par de semanas tendré que volver a Sens. Quiero que nunca olvides que aunque alguna vez te haya metido en un lío o te haya dicho alguna cosa que, ejem, no fuera del todo cierta, siempre lo he hecho sin mala intención y que te quiero mucho, Roch.

Sabía que era su forma de pedir perdón por las trapacerías en que me había enredado. Le di un abrazo y le besé.

—Ya lo sé, Étienne. Cada vez que oiga la campana, pensaré que me estás saludando.

—Gracias, Roch.



Entramos el padre Nief y yo en la habitación.

—¿Esta es tu alcoba? ¿Y esa piel de oso?

—Es un recuerdo de Adrien.

Sobre mi cama conservaba la piel desollada y la cabeza de aquel cachorro por el que mi hermano mayor tanto había llorado cuando no pudo impedir que muriera en sus brazos. Era mi tesoro máspreciado.

—Sabía que era un buen cazador, pero no que disparara a las crías.

—Él no lo mató —respondí con sequedad.

No me había gustado nada el tono de reproche del padre Nief. Después, saqué de un arca las ropas que habían pertenecido a Adrien y las extendí encima de la cama. Mientras, el párroco se secaba.

—Vaya, estos paños los conozco yo. Son de la fábrica de hilados que fundó el arzobispo Loménie de Brienne en Toulouse. Allí estuve de capellán, con las hijas de la caridad, antes de ganar esta parroquia, hace ya algunos años. ¡Qué recuerdos!

Le miraba en silencio mientras se vestía. Adrien era más bajo que el padre Nief y las ropas le quedaban estrechas. No entendía cómo podía vestirse con tal cachaza, sin hacer ninguna referencia al asunto que le había traído hasta casa, esto es, explicarme el mensaje de Étienne y darme ese misterioso objeto con el que yo debía hacer algo aquella misma noche. En vez de calmar mi ansiedad, se dedicaba a examinar la piel del osezo y a recordar a las monjas de Toulouse, ¿estaría jugando conmigo?

Empecé a sospechar que el padre Nief tampoco era la persona en la que había confiado mi hermano, cuando me preguntó:

—¿Y qué ha ido a hacer tu abuelo a Foix?

—Quería ver a Étienne.

—¿Étienne? ¿Qué Étienne? ¿Tu hermano? ¿Está allí? ¡Qué buena noticia! ¿Viene camino de casa?

—No. Se ha enrolado en el ejército. Va a luchar contra los españoles.

—¡Pero si no tiene la edad militar!

—Se ha presentado voluntario.

—Ay, Étienne, Étienne, ¿qué es lo que no acabaré haciendo ese muchacho? Lo que estaba claro es que no servía para la vida religiosa. Aunque no hubieran suprimido el seminario de Sens, él habría terminado por abandonarlo, no conozco a nadie con menos inquietudes espirituales. Bueno, ya estoy listo. Podemos bajar a cenar.

El desdén con el que el padre Nief juzgaba siempre a mi hermano me desagradaba profundamente. En pocos minutos, había realizado dos comentarios despectivos sobre su persona. Cuando en 1791, tras la aprobación de la Constitución Civil del Clero, se reorganizaron los obispados

de Francia, monseñor Loménie de Brienne aceptó seguir a la cabeza del de Sens (aunque ahora con el título de obispo del departamento del Yonne) e invitó al padre Nief, con quién tenía amistad y correspondencia desde los tiempos de su obispado en Toulouse, a la ceremonia de consagración en la catedral, que tuvo lugar después del verano. Como tal solemnidad coincidía con el inicio del curso en el seminario, Étienne y el padre Nief viajaron juntos hasta Borgoña. El tiempo de convivencia durante el trayecto y las informaciones que pudo recoger en la propia ciudad de Sens parece que terminaron de conformar una imagen muy negativa sobre mi hermano. Todavía recuerdo la conversación que, de vuelta en Montbrun, sostuvo el padre Nief con mi abuelo en La Savarite.

—Su nieto Étienne posee algunas virtudes notables, pero, sobre todo, muchos defectos. Creo que no sirve para la carrera eclesiástica —afirmó de forma categórica.

—Bobadas, cualquiera sirve —le defendió mi abuelo—. ¡Anda que no hay curas tontos!

—No me entienda mal, no es una cuestión de inteligencia, que a Étienne le sobra. Ni siquiera de virtud, porque todos somos pecadores, los sacerdotes los primeros, y Dios nos quiere también con nuestras flaquezas. Lo que le sucede a Étienne es que carece absolutamente de vocación.

—Ya le entrará —aventuró el abuelo—. San Pablo tampoco la tenía y ya ve usted dónde llegó. A San Andrés, el propio Cristo le tuvo que llamar no una, ni dos, sino tres veces, tres, porque no quería dejar su oficio de pescador. ¿Y qué me dice usted de San Agustín? ¿Eh? Como éstos hay muchos. Además, creo que usted es muy severo, padre Nief. Supongo que reconocerá en mi nieto algún mérito.

—Desde luego, muchos. Dios ha sido generoso con él, aunque ha repartido demasiada cizaña entre el trigo de su talento. Me temo que Étienne no posee el temple de los santos varones que usted ha citado. Es un gran perezoso: su cabeza sólo funciona para elaborar estratagemas y travesuras. Puede ser desprendido hasta el derroche, por lo que nunca administrará adecuadamente su parroquia. Es imaginativo y parlanchín, incapaz de escuchar a otra persona más de cinco minutos seguidos y desconoce la discreción: yo nunca confesaría mis pecados a una persona así. Sobrevalora sus capacidades y siempre está dispuesto a ayudar, aun en las cosas que menos entiende, con lo que su socorro suele ser funesto. Nunca reconoce su ignorancia sobre nada y, falto de sabiduría, confía ciegamente en su intuición. Le falta interés por los demás, como no sea para escarnecerles. Es egoísta y

presumido, muy arrogante. Posee, eso sí, grandes dotes para el arte: canta de maravilla, habla con elocuencia y gracia, es persuasivo y capaz de escribir versos con belleza, aunque, como es poco constante, nunca llegará muy lejos. Tiene, en fin, habilidad para cientos de cosas y vocación para ninguna en concreto.

—¿Cómo puede opinar así? —se escandalizó mi abuelo.

—Porque es verdad. No sostengo con ello que su nieto sea mala persona, ni mucho menos. Pero sí que le faltan las prendas adecuadas para dedicarse al sacerdocio, nada más que eso. Además, la revolución también ha llegado a la Iglesia. Me temo que se va a poner a prueba la vocación y la virtud de cada uno de nosotros. Étienne no es de los que esté dispuesto a entregar su sangre por ningún ideal.

—¡Es un niño todavía! No querrá usted convertirlo en un mártir.

—No, no. No se lo deseo a él, ni a nadie; en Francia el santoral está sobrado de mártires. Pero a veces me da miedo ver cómo evolucionan las cosas en nuestra patria, señor Galerón. Tengo la sospecha de que la revolución nos va a devorar incluso a los que la apoyamos.

Aquella conversación me impresionó vivamente. Si me hubieran pedido que hablara sobre mi hermano, que detallara sus virtudes y sus defectos, creo que jamás podría haberlo hecho con aquella frialdad desdeñosa del padre Nief. Yo apreciaba su criterio, le admiraba por su inteligencia, pero en aquel momento ni siquiera podía determinar si lo que había expuesto el párroco era verdadero o falso, exacto o injusto: lo que me heló la sangre fue la conciencia de que no había ni una chispa de amor en sus palabras.

No fue ésta la única sorpresa. Mi abuelo, con su tono pomposo de gran actor, añadió:

—Volviendo a mi nieto, es de admirar cómo la educación forma o deforma a las personas. Concedo la razón a lo que escribió ese gran sabio que fue Rousseau. Adrien y Roch, que han crecido en esta Arcadia feliz, en el propio seno de la madre Naturaleza y bajo nuestro filosófico cuidado, han desarrollado mejores instintos y quizá posean un alma más noble, mientras que en Étienne se aprecia su crianza en una ciudad y conoce mejor las dobleces de los hombres y sus artimañas. Mi nieto menor, Roch, por ejemplo, es buen chico. No tan avisado como Étienne, pero más tenaz y, sobre todo, más obediente. Eso sí, es un alma de cántaro, un simple, cualquier disparate que usted le diga se lo creerá como si fuera el Evangelio. Por ejemplo, si se asoma usted a esa ventana y exclama: «¡Oh, interesante, parece que las vacas del señor Coutenceau han aprendido a volar!», tenga por seguro que Roch se

le acercará corriendo, convencido de que tal cosa es cierta. No posee malicia, nunca le escuchará usted decir una mentira aunque, claro, tampoco nada inteligente ni divertido, es soso como una calabaza y manso como un corderito. Ha heredado la seriedad de su padre y la flojera de carácter de *Madame Déficit*. En lo primero, se parece a Adrien y en lo segundo, a sus hermanas, que en cuanto uno se descuida, empiezan a canturrear embobadas. Está tan falto de ambición que será siempre feliz porque se conformará con lo que le depare la vida, sea bueno o malo. Cuando se case, le gobernará la mujer y tendrá una porrada de hijos. Eso es lo que yo veo, ¿verdad, Roch, que eres así?

Yo estaba estupefacto. ¿Así era como nos veían los adultos a Étienne y a mí? ¿Éramos en verdad de esa manera? ¿Cómo podían estar tan seguros de leer nuestros pensamientos, de conocer nuestro carácter, de aventurar nuestro futuro? Aquellas palabras no sonaban a opinión Improvisada, sino todo lo contrario, a verdad profundamente arraigada en su conciencia. De repente me sentí infeliz, muy triste. No podía ser cierto. Yo no era así. O, al menos, no sólo era así. Y Étienne, tampoco.

Entonces fui consciente de lo que significa que los demás te minusvaloren. Fue como si algo se iluminara dentro de mi cabeza, como si de repente viera algo que siempre había estado delante de mí. En la primera persona que pensé entonces fue en mi madre, en el desdén con el que mi abuelo solía tratarla a ella y a mis hermanas. En realidad, el abuelo parecía considerar que el origen de todos los males del mundo estaba en las mujeres, empezando por la perversa influencia que la reina María Antonieta había ejercido sobre el débil Luis XVI. Daba la impresión de que mi abuelo las odiara en conjunto y siempre se vanagloriaba de no haber engendrado ninguna. Cuando llegaba a casa y preguntaba: «¿Hay alguien?», sabíamos que se refería a si había algún hombre, ya fuera Gaspard, Adrien o Étienne. Las mujeres, las criadas, los niños y los animales eran seres cuya existencia no apreciaba. Mi abuelo nunca quiso a mi madre. Era hija de unos labradores de La Savarite que aportaron una buena dote en tierras y reses a su matrimonio con mi padre, pero mis abuelos siempre consideraron que era inferior a éste y la trataron con una frialdad que a menudo, en especial tras quedar viuda, rozaba el desprecio. Mi madre lo aceptaba con resignación. Creo que su vida nunca fue fácil ni demasiado feliz y yo, en aquel momento de la conversación entre mi abuelo y el padre Nief, comprendí lo triste que es que quienes te rodean no te valoren.

Cuando Étienne nos escribió contándonos cómo la autoridad civil había clausurado el seminario de Sens, el abuelo empezó a resignarse a la idea de que no iba a tener un eclesiástico en la familia. Étienne nos escribía a menudo, aprovechando los frecuentes viajes de los canónigos o los curas a París o a Toulouse, donde siempre había una red de gentes del país que se ofrecían a llevar cartas o encargos. Fue entonces cuando empezaron a llegar retratos de mi hermano. Su primer trabajo, una vez cerrado el seminario, fue servir de modelo a un pintor local que hacía alegorías republicanas. Étienne nos mandaba los bocetos y los estudios del pintor. Teníamos imágenes de Étienne caracterizado como Orestes, Patroclo, Perseo, Mercurio. Cuando a una compañía de cómicos locales se la encarceló acusada de representar obras que exaltaban la monarquía y los valores feudales, Étienne ingresó como actor y representó dramas mitológicos. Todo esto complacía a mi abuelo.

—¡Étienne actor! ¡Eso seguro que se le da bien! Tal y como están los tiempos, con los extremistas en el gobierno de la nación, es mejor que se dedique al teatro y no a la iglesia.

Para mi madre, sin embargo, todo esto fue una decepción. Ella no entendía lo que estaba pasando en Francia, pero no aprobaba que se guillotinará al rey, que su hijo mayor fuera obligado a vestir el uniforme de la artillería y estuviera combatiendo en el Rosellón; que el otro hijo, el que estaba destinado a ser ministro de Dios, no pudiera continuar su carrera y anduviera ahora posando medio desnudo y actuara en un teatro. Ella tenía a los comediantes por degenerados e incluso había oído que estaban excomulgados. Recordaba cómo, de niña, murió en el pueblo un actor y el párroco se negó en redondo a enterrarlo en el cementerio, alegando que eso era violar la tierra sagrada y un sacrilegio. El padre Nief la consoló, pero no logró convencerla.

—A aquel párroco le faltaba caridad y poseía todas las supersticiones de los tiempos bárbaros. Ya no hay oficios indignos. A Dios sólo le importa nuestra bondad y él sabrá leer en el corazón de su hijo.

Fue la única vez que el padre Nief defendió a Étienne, quizá complacido porque su nueva vida le alejaba del altar.

En aquel tiempo, mataron a Adrien durante el asedio a Bellegarde. El día que supimos la noticia sentí que hendían mi cuerpo con un hacha, que me rompían por la mitad, que el dolor me quemaba. Cuando se instaló un cipo en su memoria junto al árbol de la libertad, yo todavía estaba rabioso, no encontraba explicación a aquella injusticia, me negaba a creer que mi

hermano era ya un fantasma, un recuerdo, nada. Sólo sentía dolor y frustración.

Aquella segunda mitad del año 1793 está tiznada de negro en mi recuerdo, el color de la tristeza y de la amargura. Todavía hoy mis ojos se humedecen al recordarlo.



La tormenta parecía que se había calmado. Se notaba el viento y el fragor de los árboles al ser azotados por él, pero ya no llovía. Después de cenar, el señor Ribalet y el padre Nief decidieron los turnos de guardia. Mi madre, por su parte, nos ordenó a mis hermanas y a mí que nos acostáramos. Subí a la alcoba muy preocupado: Étienne decía en su mensaje que su vida dependía de lo que yo hiciera esa noche. ¿Y si me habían entregado el objeto sin que me percatara? ¿Y si el mensajero de mi hermano era el señor Ribalet? No, no, imposible. El profesor, salvo los varazos en la mano, no me había dado nada. El padre Nief, tampoco.

¿Tampoco? Sobre una silla estaban sus ropas húmedas. Quizá entre ellas había algo que me sirviera. Me abalancé y las registré minuciosamente, pero fue en vano. No, definitivamente el padre Nief no tenía que ver con aquel asunto. Justo acababa de revolver en sus pertenencias cuando entró Adèle, la criada, en mi habitación. Venía a pasar el calientacamás por mi colchón y a recoger las vestiduras del párroco para dejarlas abajo, junto al fuego.

—¡Qué tela más raída! —observó al doblar las prendas sobre su brazo—. Muchos pordioseros visten mejor que este hombre.

Me acosté. La cama oscilaba un poco, haciéndose eco de la inquietud que me dominaba y que me impedía estar quieto en ninguna postura. Dormía sobre una elegante y moderna cama de hierro, construida según la nueva moda de París, con un somier metálico que el abuelo había encargado en Toulouse y que nadie más en Montbrun poseía, ni siquiera los Lescoteaux, según se preciaba.

Ya era de noche y yo no había logrado descifrar el mensaje de mi hermano. Esto me mortificaba. ¿Qué esperaba que hiciera? Esta pregunta me aguijoneaba la mente.

Mi madre entró para desearme buenas noches.

—Si sientes ruidos, no salgas de tu habitación, ¿de acuerdo, Roch? Es muy peligroso. No te quedes leyendo e intenta dormir. ¿Tienes miedo de la tormenta?

—No.

—Así me gusta. Descansa. Hasta mañana, hijo.

—Hasta mañana.

Poco a poco, los sonidos de la casa se fueron amortiguando. Cuando supuse que mi madre, mis hermanas y Adèle estaban ya dormidas, me levanté y me vestí. Había tomado una decisión. Mi hermano estaba en peligro y yo no podía quedarme en la cama. Aquella noche, a escondidas, debía salir de casa y enterarme de lo que decía el mensaje que le envió a la señorita Lescoteaux. Allí tenía que estar la clave del misterio.

VARIOS IMPREVISTOS

Seguro, de las mismas facilidades. Pensé en las cosas que podía necesitar y rescaté, de una caja que escondía debajo de la cama, unos pedazos de pan y de embutido que metí en mi faltriquera. Guardaba esos restos para usarlos de cebo para pescar cangrejos (Adrien me había enseñado dónde debía colocar los reteles que yo mismo tejía). Desde que vivíamos en el Palacio de la Gallina casi nunca me dejaban ir al monte, pero yo no perdía las esperanzas de recuperar algún día la misma libertad de que gozaba en La Savarite y por eso, de vez en cuando, robaba algunas sobras de la cocina. Pensé que me podían ser útiles esa noche: aquel invierno se padecía tanta hambre que los perros guardianes, a cambio de un currusco de pan, permitían que desvalijaras a sus dueños. Quizá yo tendría que aplacar a alguno con aquella comida.

Después salí con sigilo al pasillo. No había ninguna luz que me guiara, pero lo conocía bien y podía recorrerlo a ciegas. Toda la planta superior tenía el suelo entarimado y a veces, ante la menor presión, crujía con gran escándalo. Mi mayor temor era que uno de estos ruidos me delatara y el padre Nief o mi madre se despertaran e impidieran mi fuga, así que caminé muy despacio, arrastrando los pies y atento a todos los sonidos de la casa.

Como la escalera principal, dada la peculiar distribución de nuestro palacio, comunicaba con el salón donde el señor Ribalet hacía guardia, decidí utilizar otra que estaba en uno de los extremos del edificio y que daba a un portillo que permitía el acceso a las cuadras. Este postigo no tenía llave y se cerraba desde el interior, con un simple pestillo, por lo que venía pintiparado para mis intenciones.

Para llegar allí debía atravesar un ala que se encontraba en completo abandono, salvo una habitación (que, más bien, era un pedazo de pasillo ensanchado) donde el abuelo había instalado lo que él llamaba el «altar de los manes^[22] y los penates^[23]». Se trataba de un enorme escritorio de estilo antiguo, con un gran tablero central que siempre estaba abatido. Sobre él y la

parte superior del mueble, el abuelo conservaba vasijas con las cenizas de algunos de sus antepasados, estatuillas que los representaban y varias mascarillas mortuorias. La última que se incorporó a tal altar era precisamente la de mi abuela española. Ver su rostro moldeado en escayola, tan severo, con todas sus arrugas marcadas, los ojos hundidos y su expresión de infinita seriedad, me producía espanto. Adrien estaba simbolizado por una escarapela manchada de sangre que, al parecer, llevaba prendida del gorro cuando le mataron y que fue todo lo que recuperamos de sus pertenencias. El abuelo, para quien el cristianismo no era incompatible con su devoción por los dioses paganos, había instalado allí un crucifijo de marfil y una imagen de San Mateo, por quién había desarrollado una gran devoción, no sé por qué.

El conjunto no se diferenciaba en nada de esos altares populares dedicados a las ánimas o a algún santo milagrero, llenos de exvotos, prendas y estampas, que mi abuelo condenaba porque consideraba el colmo de la superstición, pero que emulaba en su propia casa.

No había más remedio que pasar por delante de tal lugar, convirtiendo a los espíritus de mis ancestros en testigos de mi marcha. Según me acercaba al altar, podía distinguir un pálpito de luz que aclaraba las tinieblas. Procedía de una lamparilla de aceite siempre prendida, cuya débil llama parecía el centinela del sueño eterno de los Galerón. Decidí servirme de ella para iluminar lo que me quedaba de camino por las entrañas de la casa.

—Se la tomo prestada, abuela.

En aquella parte anduve más deprisa, pues estaba lejos de la zona habitada y era imposible que me oyeran caminar. Atravesé habitaciones repletas de muebles, donde los trastos se acumulaban a veces en un milagroso equilibrio. Las lámparas, envueltas en telas, colgaban del techo como enormes murciélagos y parecían esperar a que alguien pasara por allí para desplomarse. Por fin llegué a la escalera trasera, que era de madera, muy pina, sin barandilla y con los peldaños carentes de contrahuella^[24], por lo que siempre que la bajaba temía tropezar, caer y romperme la cabeza contra el suelo. Pero pude descender sin contratiempo gracias a la lámpara y llegar al postigo de las cuadras.

Desde que nos habíamos trasladado a Montbrun no conservábamos más animales que el caballo que tiraba del calesín y el par de mulas. Todo el ganado se quedó en La Savarite y en las otras granjas que había comprado el abuelo. Los campesinos a quienes se las había arrendado las criaban y nos entregaban los huevos, la leche, la carne, la miel y todas las frutas, verduras y demás productos del campo que necesitábamos. Aquella cuadra, pues, era

pequeña y no había peligro de que los animales armaran mucho jaleo por mi presencia y me delataran. En cualquier caso, en una noche como aquélla, a nadie le podía extrañar que las bestias estuvieran inquietas.

Tranquilizado por este pensamiento, recorrí el pestillo y empujé la puerta. No se movió. Lo intenté con todas mis fuerzas. A veces, con la humedad, la madera se hinchaba y era difícil desencajarla del quicio. Después de varias pruebas me tuve que dar por vencido. Por la razón que fuera, era imposible abrir aquel postigo. No me quedaba más remedio que regresar por donde había venido, atravesar de nuevo toda la casa y tratar de escapar por la puerta principal, aunque para ello tuviera que pasar por el salón donde estaba —confiaba que dormido— el señor Ribalet. Las ventanas de la planta baja tenían barrotes y descolgarme desde el segundo piso era bastante arriesgado, porque el edificio tenía mucha altura y me podían tomar por un intruso y dispararme sin mayor contemplación.

Aquel contratiempo hizo que mi corazón latiera más deprisa y comenzaran a sudarme las manos. La luz de la lamparilla apenas servía para que distinguiera un palmo por delante de mis narices, tal era la oscuridad que lo dominaba todo. De repente, di un paso en falso, uno de mis pies se coló en el hueco entre dos escalones y me caí de bruces sobre los peldaños superiores. Instintivamente, me protegí la cara con los brazos y solté la lamparilla, que acabó estrellada contra el suelo.

Durante algunos segundos, mis pálpitos parecían golpes de timbal.

¿Habría oído alguien aquel estruendo?

Las habitaciones estaban lejos, el viento soplaba con fuerza en el exterior... Esas circunstancias me beneficiaban. Pero también era posible que el padre Nief tuviera el sueño ligero. Quizá el propio señor Ribalet había percibido el estallido. Mi madre podía estar pendiente de cualquier signo extraño...

Me senté en la escalera y me quedé inmóvil durante un buen rato hasta tranquilizarme. A pesar de mis temores, nadie se acercó a aquel lugar de la casa. El ruido parecía que había pasado inadvertido y todos continuaban dormidos. Me levanté, subí lo que me quedaba tanteando cada peldaño antes de mover un pie y seguí mi camino hacia la escalera principal. En los pasillos no necesitaba luz porque los conocía a la perfección y mi vista, además, se había acostumbrado a la oscuridad.

La escalera mayor también era de madera, pero en este caso se trataba de una construcción fastuosa, labrada en nogal y con una alfombra sujeta a los peldaños con barras doradas, por lo que el ruido quedaba amortiguado.

Aquella escalera bajaba al salón y desde allí podía ganar el vestíbulo y la salida principal, donde esperaba que sólo hubieran echado los pasadores y no la llave, pues, en tal caso, mi fuga sería imposible.

Descendí poco a poco. Se oía la respiración un tanto agitada del señor Ribalet. Había orientado su sillón hacia las ventanas y la puerta del zaguán y estaba, por tanto, de espaldas a la escalera y la chimenea, donde ardían unas brasas que daban calor al lugar, pero apenas aportaban luz. Paso a paso, de puntillas, avancé por el salón. Era el momento más delicado de mi huida y no podía cometer ningún error. Los ronquidillos indicaban que su sueño no era muy profundo y, de vez en cuando, resoplaba con tal violencia que estaba en un tris de despertarse. En uno de estos bruscos resuellos me asustó de tal manera que, sin querer, di un manotazo a una jarra de agua que había sobre un estante. Ésta se cayó y se derramó por entero.

—¿Eh? ¿Oh? ¿Quién anda ahí? —se oyó la voz del señor Ribalet.

Inmediatamente me arrojé al suelo y repté hasta colarme debajo de un sofá, bien protegido por sus faldones de raso.

—¿Es usted, Gluck?

«¿Gluck? —me sorprendí—. ¿Ha dicho Gluck?».

La voz del señor Ribalet sonaba pastosa y costaba entender sus palabras.

—¿Eh? ¿Qué me dice? ¡No, no, no! Yo no sabía. ¿Le apetece tomar un café y lo hablamos detenidamente, caballero? Todo ha sido un equívoco.

El señor Ribalet estaba soñando. El ruido no le había despertado y sólo había desatado su lengua, que ahora declaraba en voz alta los coloquios de su pesadilla. Esperé a que se le pasara la inquietud y, de paso, me tranquilicé yo mismo. Al cabo de un rato, el señor Ribalet dejó de hablar y volvió a roncar sonoramente. Iba a levantarme para dirigirme hacia la puerta, cuando tuve la intuición de que había otra presencia en el salón. No me equivocaba.

—Hombre de Dios, ¿así hace usted guardia? ¡Se ha dormido! —escuché cómo le reprochaba la voz del padre Nief.

—¿Eh? —balbució el profesor—. ¿Cómo?

—Que se ha quedado usted frito, señor Ribalet. Sus ronquidos se oían en la planta superior.

—¿Dormido? ¡De ningún modo! Lo fingía para que los bandidos entraran confiados y poder así sorprenderles con mayor eficacia.

—Ya, qué astucia la suya. Creo que es mejor que se acueste, ya velaré yo solo toda la noche.

Desde mi escondite, no podía ver nada, ya que los faldones del sofá me lo impedían y no me atrevía ni a asomar la punta de la nariz. El señor Ribalet

pareció tomar aquel ofrecimiento como una ofensa y contestó airadamente:

—No, ¡me opongo! Como diría el señor Galerón: ¡nequáquam!, no puedo permitir tal cosa de ninguna de las maneras. Todavía estamos en mi turno y me corresponde a mi montar guardia. ¡Por favor, no ofenda mi dignidad, padre Nief!

—No era mi intención pero... ¡Espere! ¿No ha oído usted...?

Se quedaron en silencio. Yo lo único que oía eran los latidos de mi corazón, que estaba desbocado. De la calle, aparte del azote continuo del viento y el fragor de los árboles, no percibía nada extraño.

—¿Qué quiere que oiga? —preguntó al fin el señor Ribalet.

—Alguien se acerca. Déjeme el arma.

—Tome, tome, ¡que Dios nos proteja! —exclamó el músico con acento de pánico.

Sentí cómo el padre Nief corría hacia el vestíbulo, abría la puerta y gritaba:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡Francia! —respondieron—. ¡Socorro! ¡Qué desgracia, señores, qué desgracia!

Era la voz de Gaspard. El padre Nief también la reconoció.

—¡Es el criado del señor Galerón! ¿No se había ido a Foix con su amo?

—Sí, así es, yo estaba presente cuando marcharon —corroboró el señor Ribalet.

Oí cómo Gaspard entraba en el salón.

—Pero ¿qué le ha ocurrido? Tiene usted un aspecto terrible.

—¡Ay, señores! ¡Creía que no lo contaba! ¡Llevo varias horas corriendo por los caminos! ¡Estoy exhausto!

—¿Y el señor Galerón?

—¡Qué desgracia, ay, qué desgracia! ¡Unos hombres se lo han llevado preso!

EL RELATO DE GASPARD

—Cuéntenos, Gaspard, ¿qué ha sucedido?

—Ha sido horroroso. Llevo horas caminando. Soy un hombre de edad, estoy enfermo, no puedo cometer estos excesos, ay, ay, ay.

—Sí, sí, pero ¿y el señor Galerón? ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde está?

Gaspard se sentó en el sofá bajo el que yo estaba escondido y pidió un trago de agua. Luego, comenzó a relatar su peripecia:

—El camino estaba impracticable, totalmente embarrado. La tempestad era terrible, ¡qué relámpagos!, ¡qué truenos!, ¡qué centellas! Nunca he visto nada igual, parecía el fin del mundo, padre Nief, ya oía las trompetas del Juicio y me acordaba del desdichado señor Hermès, el hijo del señor Galerón, al que fulminó un rayo. Estaba convencido de que íbamos a terminar así, señores, achicharrados por alguna exhalación. ¡Qué noche! Llovía a manta, era imposible ver el camino, los arroyos estaban desbordados y el agua rebosaba en las cunetas, pero el señor era inflexible: «¡A Foix! ¡A Foix!», repetía. Al final el calesín se atascó, las ruedas estaban completamente atoradas y las mulas se hundían en el barro hasta las corvas. ¿Qué se podía hacer en tales condiciones? Lo que dictaba la lógica era refugiarse hasta que escampara. Pero el amo insistía: «¡A Foix! ¡A Foix!», no atendía a razones. Cuando se convenció de que era imposible avanzar una sola pulgada más, me mandó a buscar ayuda a las granjas y amenazó con desollarme vivo si no regresaba con una carreta que nos permitiera continuar. ¡Ay, señores! El señor estaba obsesionado con que si no llegábamos esta noche a Foix, no hallaríamos nunca a su nieto Étienne.

—¿Y qué sucedió entonces? ¿Encontró socorro?

—¿Qué sucedió? ¡Sucedio que ya no hay caridad en Francia! En cuanto me acercaba a una alquería, me tiroteaban o soltaban los perros. Ya podía desgañitarme solicitando auxilio, que sólo me respondían con pólvora. No sé cómo estoy vivo y puedo contarle, la verdad.

—No es de extrañar que le recibieran así. Se han visto hombres armados por el campo y los granjeros estarán alerta. Seguro que, cuando han sentido que alguien merodeaba por sus propiedades, han pasado más miedo que usted.

—Eso lo dudo. El caso es que decidí volver de vacío al calesín, resignado a soportar la ira del amo. Para entonces ya había escampado, aunque la noche estaba oscura como la boca de un lobo y el viento no cesaba de azotarme. ¡Qué noche, señores, qué noche! ¡Qué Apocalipsis, padre Nief! ¡Parecía el fin de los tiempos!

—¿Y qué pasó? ¡Nos tiene en ascuas, Gaspard!

—Cuando ya me aproximaba al lodazal donde se había atollado el carruaje, percibí que allí había luces y unos bultos que parecían jinetes. Me aproximé con precaución y vi que, en efecto, se trataba de un grupo de hombres armados. Discutían violentamente con el señor Galerón y le obligaron a abandonar el coche. Después, desengancharon las mulas, le montaron en una y partieron en dirección a Foix. Ustedes no saben los dicitos que profería el señor mientras se alejaba con estos hombres.

—¿Quiénes eran? ¿Bandidos?

—Así lo creo, ¿qué otra cosa podían ser? Como pueden imaginar, no me acerqué tanto como para preguntarles.

En aquel momento, el señor Ribalet intervino por primera vez en la conversación. Su voz estaba preñada de furia.

—Y usted, ¿no actuó?, ¿no hizo nada? ¿Asistió al secuestro del señor Galerón impasible? ¡Luego se queja de que la bondad ha desaparecido de Francia! ¡Y también el valor, muy señor mío! ¡Y la dignidad! ¡Y la hombría! ¡Qué vileza, Gaspard!

—¿Y cómo podría haberme enfrentado yo a una banda entera? Estaba desarmado, exhausto, muerto de miedo. No habría conseguido nada, salvo poner en peligro la vida del amo y la mía propia. ¡Me gustaría haberle visto a usted allí, a ver qué habría hecho!

—Nadie le puede reprochar nada, Gaspard —manifestó el padre Nief—. Confiamos en que no fueran bandoleros, sino una ronda de soldados que haya encontrado sospechoso que un carruaje se aventurara por los caminos una noche así.

—¡Qué desgracia, padre Nief, qué desgracia!

—Tranquilícese, Gaspard. Tome algo caliente para reponerse y acuéstese, necesita descansar. El señor Ribalet y yo permaneceremos de guardia lo que queda de noche y mañana solicitaremos ayuda. Ahora no podemos hacer otra cosa que rezar por la suerte del señor Galerón.

—¿No deberíamos avisar a la señora? —preguntó, prudente, el criado.

—Dadas las circunstancias, mejor ahorrarle una noche de sufrimiento, ¿no cree? Señor Ribalet, voy a acompañar a Gaspard a la cocina para ver qué podemos arreglar de cena. Usted vigile mientras tanto, haga el favor.

—No hago otra cosa desde hace un par de horas, padre Nief.

Sentí cómo el párroco y el criado de la casa se internaban hacia el interior y que el señor Ribalet se sentaba de nuevo en el sillón desde el que controlaba el vestíbulo y la puerta. Ahora sí que tenía difícil salir a la calle, con los tres hombres despiertos y el padre Nief decidido a sustituir al profesor, cuya incompetencia como centinela era manifiesta.

—Me voy a morir de frío, brrr —escuché refunfuñar al músico, y sentí cómo se levantaba.

Supuse que se dirigía a la chimenea y le oí enredar con los troncos. Me asomé y, en efecto, allí estaba, de espaldas a mí, hurgando el fuego con el atizador.

Aquella era mi oportunidad de salir.

Pero no tuve tiempo de decidirme. El músico se giró sobre sus talones y regresó a su sillón. Yo volví a encontrarme encerrado bajo aquel sofá como una tortuga en su concha.

—Si no me matan los bandidos, moriré por la mala alimentación, el frío, la desconsideración con la que se me trata y la falta de reposo. ¡Ésta no es vida para un hombre ilustrado, para un espíritu delicado como el mío! ¡Me gustaría saber cuántas óperas habría compuesto Gluck en estas condiciones!

Debía desistir de mi propósito. Era imposible salir de la casa sin que me vieran. Quizá lo más razonable era confiarle mis inquietudes al padre Nief. Pero no, no podía: seguro que todo le parecería un despropósito y un embuste más de Étienne y censuraría mi credulidad. Lo mejor que podía hacer era regresar a mi cama y rezar porque Étienne hubiera encontrado esa noche otro auxilio mejor que el mío. De repente sentí que me escocían los ojos. Oí la tos del señor Ribalet.

—Pero ¿qué humareda es ésta? ¿Qué le pasa a la chimenea?

El salón se había llenado de humo denso. El agua que, sin querer, derramé había empapado la leña. El señor Ribalet la había echado después al fuego. El resultado fue que, en vez de alimentarlo, produjo aquella cortina espesísima de humo.

No lo dudé. Salí del mueble, me levanté y fui corriendo hacia la puerta. Me beneficiaba el humo y que el músico había vuelto a la chimenea para tratar de arreglar el fuego. En mi precipitación, tropecé con una mesita.

—¿Quién hay ahí? —sonó la voz alarmada del señor Ribalet—. ¡Padre Nief! ¡Socorro! ¡Un intruso!

No me detuve. Aquella era mi única oportunidad. Llegué a la puerta principal, la abrí y salí corriendo hacia la noche.

—¡Al ladrón! ¡Un bandido! ¡Está perdido, rufián! ¡En esta casa pernocta un centenar de hombres bien armados! —escuchaba a mis espaldas las voces del señor Ribalet, quien fingía estar al frente de un regimiento—. ¡Abran fuego, señores!

En aquel momento, oí la detonación de su escopeta.

LA CASA DEL DOCTOR LESCOTEAUX

No miré hacia atrás y seguí huyendo. Ya no había remedio: aunque con aquel escándalo tenían que haberse alarmado todos y, con seguridad, descubrirían mi ausencia en unos minutos, debía continuar con mi plan y entrar en la casa del doctor Lescoteaux. Allí probablemente estaba el objeto del que dependía la vida de mi hermano y yo iba a encontrarlo.

El Palacio de La Gallina distaba cerca de media legua del caserío de Montbrun. En vez de ir por el camino, avancé en paralelo a él, campo a través. Ya no llovía y la oscuridad era absoluta porque los nubarrones ocultaban el brillo de la luna. Varias veces tropecé y caí. Mis botas acumularon tanto barro que me costaba levantar los pies del suelo. Sin embargo, quería evitar la carretera: si en el pueblo alguien había oído el disparo (y seguro que había sido así), era posible que enviaran una patrulla para ver qué sucedía. Nadie debía verme, pues de otro modo me devolverían de inmediato a casa y allí acabaría mi intento de ayudar a Étienne.

El pueblo conservaba parte de su muralla medieval y todo el foso que rodeaba al caserío. Hasta 1793 había sido utilizado de escombrera y en alguno de sus tramos había llegado a estar casi cubierto por las inmundicias y la vegetación, pero con la República se había limpiado por completo, no sólo gracias al interés por la higiene de las nuevas autoridades del departamento (que también prohibieron los enterramientos en el interior de la iglesia) sino porque en aquellos tiempos de agitación el foso había vuelto a ser útil como defensa contra los atacantes. Únicamente había dos puentes que permitieran la entrada a la villa, uno en cada extremo de la calle Droite, vía que atravesaba de parte a parte el caserío. Tal y como me temía, ambos puentes estaban cortados por carros cruzados que servían de parapeto a los guardias.

¿Cómo podría pasarlos? A Gaspard, pese a haber implorado socorro, le habían disparado cuando se había acercado a las granjas. Aquellos centinelas, simples campesinos aterrados ante la posibilidad de que apareciera un

bandido, podían comportarse de igual modo conmigo. Tenía que encontrar el medio de entrar a escondidas, pero ¿cómo?

Sólo se me ocurría una forma: por el río. Éste, que en realidad era poco más que un riachuelo, tenía su lecho bastante deprimido respecto al nivel de sus riberas que, además, poseían una vegetación muy frondosa de chopos, olmos, juncos y maleza. Junto al puente que unía el pueblo con el camino del castillo había una gruta, una especie de madriguera estrecha y alargada, por donde no cabía un hombre, pero sí un niño. Reptando por ella se iba a parar al corral de los Séchard, ya en el interior de las murallas. Adrien me había enseñado ese agujero para explicarme por dónde se colaban las raposas o las garduñas, que en invierno llegaban hasta a comerse las sábanas puestas a secar en los tendederos. Para ello tenía que bajar hasta casi el propio cauce del río, puesto que la tronera nacía al pie del puente.

Hacia allí me dirigía cuando un ruido inesperado me detuvo. Era una sucesión de chasquidos, rítmica y violenta. Me acerqué poco a poco. Tenía que ser algo que frotara con el viento, muy distinto al rumor de los árboles. De repente vi una especie de animal enorme, con piel brillante. Pronto comprendí de qué se trataba: el carromato del chamarilero. El toldo se estremecía con cada ventolera y los cabos de las sogas daban latigazos a los fustes de los árboles del entorno como si quisieran castigarlos. Más aliviado, seguí descendiendo hacia el lecho del río cuando vocearon a mis espaldas.

—¿Quién anda ahí? ¡Alto!

Me apresuré a contestar, temiendo que si no me dispararan.

—No tema, Vidal. Soy Roch Galerón.

—¿Roch? Pero ¿qué haces aquí, a estas horas?

El mercader, que llevaba un gran cuchillo en la mano, vino hacia mí. Mi presencia debió de haberle asustado bastante, pues parecía muy aliviado al descubrir que era yo el desconocido que merodeaba por su carromato.

Para justificarme, dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Venía... venía a traerle algo de cena. Me manda mi madre.

Le entregué el contenido de mi bolsillo.

—¿Tu madre me envía esto?

—Sí.

Me devolvió inmediatamente el embutido, pero el pan se lo llevó a la boca con avidez. Parecía tener bastante hambre.

—El chorizo también es para usted.

—Muchas gracias, Roch. Con esto tengo suficiente.

—Es para usted —insistí.

—No te lo tomes a mal, Roch, pero eso me repugna.

Debió ser tal mi cara de estupefacción que se vio obligado a añadir:

—Mi religión me prohíbe comerlo. Tu madre lo sabe muy bien.

—Oh, se le habrá olvidado.

—Habrá sido eso. Muchas gracias, Roch, por haber venido a estas horas y con este tiempo.

—No tiene mérito, he aguardado a que escampara.

—Te lo agradezco de nuevo. Ahora vuelve a casa. No es una noche como para que los niños paseen solos.

—Que descanse, Vidal.

Esperé a que el judío se refugiara de nuevo en el interior de su carromato para descender hasta el lecho del río y tomar la dirección del puente. Por las últimas lluvias, la corriente venía muy crecida y el suelo y las hierbas resbalaban. Todo estaba embarrado. Con cada golpe de viento, los árboles tiritaban y me arrojaban las gotas que tenían acumuladas en sus hojas. Pronto acabé empapado. Fui avanzando y llegué hasta el puente. Desde allí pude escuchar cómo los centinelas discutían.

—Pues te digo que era un trueno.

—No, no, con toda seguridad ha sido un disparo.

—Si hubieran sido bandidos, el Palacio de la Gallina ya estaría ardiendo y todos sus habitantes muertos. No merece la pena que nadie se acerque hasta allí.

—Eso es lo que opina el doctor Lescoteaux. Ahora mismo está hablando con los guardias del otro puente.

Allí tenía la confirmación de lo que tanto temía: el disparo del señor Ribalet se había oído en el pueblo aunque afortunadamente, por lo que lograba entender, no estaban muy alarmados. De todos modos, no debía perder más tiempo. Allí estaba el agujero que me conduciría hasta el interior del pueblo. Me introduje por él y enseguida estuve en la más completa oscuridad. Yo había crecido un poco desde el verano anterior, que fue la última vez que lo exploré, y ya casi no cabía por aquellas paredes estrechas y húmedas. Lo peor era la sensación de asfixia, de angustia, de sentirte un gusano. En las paredes había otros agujeros, seguramente madrigueras o nuevas galerías de comadrejas, tejones, topos u otros bichos. Casi podía adivinar su respiración, su mirada acechante. Seguí arrastrándome, ascendiendo en zigzag, hasta que, por fin, volví a salir al exterior, agotado y completamente embarrado. Me parecía que había pasado un siglo bajo tierra.

Desde aquel corral era fácil llegar a la casa de los Lescoteaux, que estaba al final de la calle. Trepé por una gran higuera y alcancé el tejado de la barbería. Una vez allí, fue muy sencillo recorrer por encima la hilera de edificios (todos tenían la misma altura) y llegar hasta el de los Lescoteaux, evitando así que la ronda me descubriera. Forcé el ventanuco del sobrado y me colé en el interior de la casa.

La del médico era una de las mayores del pueblo. Estaba construida con vigas de madera y ladrillo y tenía un aspecto imponente. Por lo que pude ver, tampoco carecían de alimentos: los embutidos colgaban de las vigas del desván, había tinajas enteras con chorizos conservados en aceite, ristras de ajos, manzanas, tarros con las conservas más variadas... Llegué hasta la escalera que comunicaba la buhardilla con el resto de la casa y bajé poco a poco. El silencio era absoluto. Enseguida me encontré en la segunda planta, donde —según suponía— debían de estar las alcobas.

Todas las puertas permanecían cerradas y no sabía cuál correspondía a la alcoba de la señorita Lescoteaux. Tenía que arriesgarme e ir entrando en cada una de ellas hasta que la encontrara, con el riesgo que eso suponía de despertar a todos los habitantes de la casa. En aquel momento oí unas palabras. Sí, alguien hablaba en una habitación. Parecía la voz de la hija del doctor, que estaba en mitad de alguna pesadilla.

Abrí la puerta con mil precauciones.

Me vi dentro de una alcoba enorme donde dominaba un olor muy fuerte, en el que se mezclaba el tufo del sudor con el de algún ungüento medicinal. En la cama, una figura femenina se removía inquieta. Para mi decepción, vi que era la madre de la señorita Lescoteaux. Tenía el rostro sudoroso, se le había desatado la cofia de dormir y sus cabellos sueltos y húmedos se esparcían por la almohada y sobre la cara. Su respiración era agitada y tenía los labios cortados por la fiebre. De vez en cuando pronunciaba alguna palabra ininteligible. Daba mucha lástima aquella visión de la enferma y me entraron ganas de calmar su agitación colocándole un paño húmedo sobre la frente, pero no podía arriesgarme. Debía retirarme y seguir buscando la alcoba de su hija.

En aquel momento sentí cómo alguien subía la escalera y se acercaba resuelto a la alcoba en la que yo estaba. Rápidamente, me tiré al suelo y me escondí bajo la cama. Desde allí vi los pies de un hombre que entraba: era el doctor Lescoteaux, inconfundible por su cojera. Dio varios paseos por la habitación (oí verter agua en la jofaina y el ruido de un tarro al desencajarse su tapa, así que supuse que estaba aplicando algún bálsamo a la enferma).

Después se descalzó, se despojó de los pantalones, se puso un camisón y se acostó. El colchón se hundió aún más y casi me aplasta.

En contra de lo que sostenía el abuelo, la cama también tenía somier metálico. Nunca me imaginé que iba a descubrirlo en aquellas circunstancias.

El médico estaba muy inquieto y dio numerosísimas vueltas en el colchón, que vibró como si padeciera un terremoto.

—¿Eres tú? ¿Llevas mucho rato ahí? —preguntó la señora Lescoteaux con voz somnolienta, seguramente recién despertada por las vueltas de su marido.

—Acabo de entrar —gruñó él—. ¿Qué tal te encuentras? —añadió con voz más dulce.

—Sentía como si antes alguien me mirara.

—Estarías soñando. Tienes un poco de fiebre.

—¿Quién se ha quedado abajo?

—Ambroise y Frédéric harán guardia hasta el amanecer. La noche está tranquila, ya se ha calmado la tormenta. Lo único raro que ha pasado es un tiro que se ha oído en el palacio de los Galerón. No estaría mal que alguien prendiera fuego a la casa de esa gentuza.

—Gustave, por favor, piensa que vamos a emparentar con ellos.

—Eso será si convencemos a Agathe. Se niega a hablar siquiera del asunto. Y no me extraña. El dilunto Adrien era un aldeano de pocas luces, pero al menos tenía buena estampa y era un hombre de una pieza. Sin embargo, el tal Étienne... No me gusta, ¿qué quieres que te diga? Me parece un golfo.

—Nos conviene estar a bien con esa gente. Al menos, mientras en Francia las cosas anden así de revueltas.

—Ya lo sé, ya lo sé. No creas que no me mortifica.

—¿Qué decía la carta que ha recibido esta mañana?

—Lo desconozco, Agathe no me la ha querido enseñar por más que he insistido, pero mañana estoy decidido a hacer valer mi autoridad. ¡Aquí no hay secretitos que valgan! Yo quiero saber lo que le cuenta ese saltimbanqui rebotado del claustro para que la trastorne tanto. Toda la tarde ha estado buscando excusas para salir de casa. En plena tormenta, aseguraba que le apetecía pasear; luego, que tenía que devolver una partitura al señor Ribalet; después, no sé qué otro disparate. Se notaba que inventaba cualquier cosa para marcharse, ¡con la que estaba cayendo!

—¿Qué hora es?

—Hace poco el reloj de la iglesia ha dado tres campanadas.

—No son horas de estar de charla.

—Tienes razón, querida. Tantas emociones me han desvelado.

EL MENSAJE DE LA SEÑORITA LESCOTEAUX

Aquella conversación me había dado nuevas esperanzas. ¡Por fin tenía la certeza de que la señorita Lescoteaux poseía el objeto que Étienne me había anunciado! Debía llegar hasta su cuarto y encontrarlo.

El doctor Lescoteaux tenía el sueño difícil y dio más vueltas que un trompo hasta que por fin se calmó. Sentí cómo su respiración se acompasaba y luego empezó a resoplar. Era el momento de salir. Reptando, llegué a la puerta, la abrí con sumo cuidado y alcancé el pasillo. Una vez allí, decidí probar suerte en la alcoba de al lado.

Al bajar la manilla, el pestillo chascó. Permanecí inmóvil, sin decidirme a huir ni a penetrar en la habitación, a la espera de que algún signo me indicara si ese ruido me había delatado, pero no pasó nada. De la planta baja llegaban unos ronquidos, seguramente de los servidores que había dejado de guardia el señor Lescoteaux.

Entré en otra alcoba. Era más pequeña que la anterior y en su cama, recostada de lado y dando la espalda a la puerta, dormía la señorita Lescoteaux. No podía ser otra, ya que era la única hija del doctor que continuaba viviendo en su casa. Estaba completamente arrebujada en las mantas, con un mínimo temblor que acusaba su respiración. Su sueño parecía muy profundo, subrayado por su plácido ronquidillo.

Sentí una gran alegría. ¡Me acercaba a la solución del mensaje de Étienne! En algún lugar de aquel cuarto tenía que estar la otra carta, la que envió a su prometida, y allí esperaba hallar la clave de todo. Frente a los pies de la cama había un tocador con un gran espejo. Me dirigí a él en primer lugar. En aquel momento sentí un escalofrío; un estornudo me subió hasta la punta de la nariz. Conseguí sofocarlo, pero entonces empecé a tiritar. Era lógico. Mis ropas se habían empapado cuando descendí hasta la glera^[25] del río y al atravesar la madriguera por la que me había colado en Montbrun. Necesitaba ponerme encima algo seco y de abrigo si no quería coger una pulmonía, así

que me desprendí de mis ropas sucias y me eché encima una bata de la señorita Lescoteaux que tenía encima de la silla.

De esta guisa, empecé a rebuscar entre los objetos de su tocador. En mi precipitación, tiré un espejo de mano al suelo, pero ella no se percató del ruido.

«¡Es igual que el de mi madre!», pensé al verlo. Sí. Sus dimensiones eran similares, tenía la cabeza y el mango labrados en plata, por lo que seguramente también habría salido del carromato de Vidal. ¿Sería éste el objeto anunciado por Étienne?

Tenía que hallar la carta y salir de dudas. Seguí removiendo cosas y por fin, en el cofre de las joyas, encontré un papel doblado.

Sí, ¡allí estaba! Era la letra inconfundible de mi hermano, que escribía en apretadas líneas. Sin embargo, con la escasa luz de la habitación era incapaz de leerla. No tuve más remedio que encender un candil y rezar para que aquella luz no despertara a la hija del doctor.

La carta decía así:

Ciudadana Lescoteaux:

Me atrevo a escribirte este mensaje por un asunto de suma gravedad. Sé que mi hermano Adrien te regaló una joya que apreciaba mucho. Tal objeto debe llegar hoy mismo, antes de que oscurezca, a manos de mi hermano Roch. Entrégaselo sin que nadie se percate y sin preguntarle la razón de tal préstamo, ya que es un secreto del que dependen vidas humanas. Mañana porta mañana podrás recuperar la joya sin ningún problema y tendrás la satisfacción de haberme sido de gran utilidad.

Te pido este favor por la memoria de mi hermano. Si este argumento no fuera suficiente, te expondré otro al que quizá seas más sensible. Te supongo opuesta al casamiento que han acordado nuestras familias entre tu persona y la mía. Sabe que este pacto se urdió sin mi conocimiento ni aceptación y que lo repruebo con todas mis fuerzas. Sin embargo, si no entregas la joya a Roch, estoy dispuesto a exigir su cumplimiento y a desposarme contigo el mismo día que cumpla dieciséis años, aunque acarree nuestra infelicidad mutua.

Te prometo que nada de esto sucederá si obedeces mi encargo.

Recibe mis expresiones,

Ahora sí que no entendía nada. ¿De qué joya se trataba? En el tocador había una gran variedad, la mayoría en aquel mismo cofre, y otras colocadas en una cabeza de maniquí: collares, colgantes, pendientes, el espejo, diademas, anillos, brazaletes... ¿Cuál sería la que le había regalado Adrien? ¿Y qué debía hacer con ella? Si, tal y como aseguraba Étienne, varias vidas dependían de mí, no iba a poder salvarlas en absoluto. Me venció el desánimo: no había sirvado de nada escaparme de casa y llegar hasta allí, pues estaba todavía más confuso que antes. Miraba una y otra vez cada alhaja y me esforzaba por encontrar algún signo que me indicara para qué debía usarlas, pero era en vano. Quizá, si pudiera observarlas con más luz y tranquilidad, en un lugar seguro... Sí, eso sería lo mejor. Extendí un pañuelo y eché sobre él todos los objetos de valor, después lo anudé y cargué el lío a mi espalda. En casa examinaría su contenido y quizá allí vería con mayor claridad cuáles debían ser mis siguientes pasos.

En otro atado, recogí mi ropa y me dispuse a emprender el camino de vuelta.

En aquel momento reparé en algo obvio que me reproché no haber pensado antes. ¡Claro! ¡Lo mejor era preguntar a la propia señorita Lescoteaux! Si conseguía despertarla con dulzura, sin asustarla, me revelaría cuál era la joya y lo que debía hacer con ella. Los dos habíamos recibido el mensaje de Étienne, ella había intentado llegar hasta mi casa y, por tanto, era consciente de la importancia de todo este asunto y podía confiar en su complicidad. Mi madre siempre repetía que sólo se puede despertar a una persona profundamente dormida con un beso, que es como una moneda que se entrega al rey del sueño para compensarle por el alma que se le arrebató. Pero no me atreví a actuar de esa manera con la prometida de mi hermano. Lo que hice fue acercarme al lecho, colocar con suavidad una mano sobre su espalda y agitarla con dulzura.

—Señorita Lescoteaux... Señorita Lescoteaux... Despierte, por favor. Soy el hermano de Étienne. ¿Está usted dormida, señorita Lescoteaux?

Estaba roque, como un leño. Tuve que zarandearla con mayor vigor y ni por ésas. Por fin, me determiné a quitar las mantas de encima de su cuerpo y a girarla hacia mí. Al hacerlo, me llevé un susto de muerte: la señorita Lescoteaux se deshizo en varios pedazos, su cabeza rodó desprendida del cuerpo hasta estrellarse en el suelo y algo peludo saltó desde su pecho y me arañó el rostro.

Grité.

Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que pasaba: allí no había nadie acostado. Era sólo un muñeco cuya cabeza estaba formada por una calabaza seca con gorro de dormir; un montón de cojines y prendas que simulaban un cuerpo humano y el perro *Fifí* —ovillado y dormido— era el que roncaba.

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso me esperaba? ¿Era una trampa?

Fuera lo que fuera, debía huir. Recogí del suelo los líos con las joyas y mi ropa. En aquel momento, oí un gran jaleo en la calle y golpes repetidos en la puerta de la planta baja. Un grupo de personas se había concentrado ante la fachada y comenzó a gritar:

—¡Doctor Lescoteaux! ¡Abra, por favor! ¡Doctor Lescoteaux! ¡Hemos encontrado a su hija! ¡Estaba a las afueras del pueblo!

Tenía que salir de allí inmediatamente.

LA JOYA DE LA SEÑORITA LESCOTEAUX

Corrí por el pasillo al tiempo que el doctor Lescoteaux abandonaba su habitación, medio dormido. Nos dimos un gran batacazo y ambos rodamos por el suelo. Nos levantamos aturcidos y me echó las manos encima.

—Agathe, hija mía, ¿dónde vas como una loca? ¿Estás bien? ¿Por qué chillas? ¿Qué pasa en la calle?

Me había confundido con su hija, seguramente porque vestía su bata de flores. Yo estaba aterrado. El pánico es muy mal consejero y, antes de que pudiera reflexionar, empujé al doctor Lescoteaux al interior de su habitación. Se oyó el chillido de su mujer.

—¡Gustave! ¡Que me aplastas!

—Pero... ¡Agathe!, ¿qué te pasa? —balbucía el doctor, sin entender nada.

Fifí me perseguía, mordiéndome los bajos de la bata y los tobillos. Seguí coiriendo hacia las escaleras del desván.

—¡No es Agathe! ¡Hay un extraño en la casa! —gritó la señora Lescoteaux.

Atranqué la puerta del sobrado y me escapé por el ventanillo. La oscuridad me favorecía y también la confusión que dominaba en la calle. Un nutrido grupo de hombres estaba en la puerta, pidiendo entrar. Por su parte, el doctor Lescoteaux se asomó a la ventana y gritó:

—¡Hay un bandido! ¡Un ladrón! ¡Lo tengo encerrado en el desván!

El médico no contaba con que pudiera ser un niño que se colaba con facilidad por los agujeros. Yo corría ya por los tejados hasta que llegué al extremo de la calle y descendí por el árbol de los Séchard. Me dirigía hacia la madriguera cuando me di de bruces con Marcel.

—¡Cuidado, Jilguero! —exclamó al reconocirme, con una mezcla de sorpresa y burla—. ¿Qué haces aquí a estas horas y con esas pintas?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Saben en tu casa que estás en el pueblo?

No le contesté y seguí caminando. Para disimular mi destino fui hacia la calle, como si me hubiera metido en su corral por error.

—Quizá estés buscando esto... —insinuó con su voz guasona.

—No estoy buscando nada.

—Qué raro, porque la señorita Lescoteaux insistió en que te lo entregara esta misma noche.

Me giré. Marcel sonreía malévolamente.

—Estaba haciendo la ronda con otros hombres del pueblo cuando alguien embozado cruzó la barrera y corrió en dirección a tu casa. Fuimos tras él, le atrapamos y descubrimos que se trataba de la *Rómula*, ¡qué sorpresa nos llevamos! Estaba empeñada en llegar donde tu abuelo. Como no se lo permitimos, me encargó, en secreto, que te entregara su pulsera.

—¿Una pulsera? ¿Dónde está?

—Aquí, en mi bolsillo. Pero me tienes que explicar lo que os traéis entre manos.

—No hay nada.

—Entonces tampoco hay pulsera.

—Marcel, dámela, por favor.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque ella confió en ti.

Marcel me miraba a los ojos con expresión burlesca, que se acentuó cuando volvió a sonreír. Entonces abrió la taleguilla que llevaba colgada de la cintura.

—Toma, Jilguero, aquí tienes. No sé por qué te hago caso.

¡Por fin la tenía entre las manos! ¡Aquella pulsera era inconfundible! En cuanto la vi, supe qué es lo que esperaba de mi Étienne aquella noche.

—Gracias, Marcel, muchas gracias. ¿Me puedes hacer un último favor? Devuélvele esto a la señorita Lescoteaux.

Le di el atado de las joyas.

—¿Me habéis tomado por vuestro recadero? —preguntó, sonriendo—. Dámelo, anda, ¿algún encarguito más?

—No, Marcel, muchas gracias por todo. Y, por favor, no le digas a nadie que me has visto.

—¡Cuánto misterio! Anda, vuela tranquilo, Jilguero.

CORRERÍAS NOCTURNAS

La pulsera cambiaba mis planes. Ahora no debía abandonar el pueblo sino, al contrario, internarme hasta su corazón y llegar a la iglesia. Crucé la calle Droite deprisa y avancé por su paralela. Se oían voces en las cercanías de la casa del doctor Lescoteaux, donde se habían reunido los guardias, pero el resto de la población estaba tranquila. Examiné la pulsera con detenimiento. No sé si se podía llamar «joya», pues todos sus abalorios parecían simples pedazos de vidrio de colores, sin ningún valor especial, ensartados en hilos de cobre. Adrien tenía mucha habilidad para trenzar alambres y formar no sólo trampas para cazar liebres, pájaros o cangrejos, sino también figurillas de caballos, toros y mil animales. Esta pulsera tenía precisamente la forma de una salamandra que se mordía el rabo. ¡Una salamandra! Ésa era una de las historias favoritas de Étienne: cuando alguien necesitaba transmitir un mensaje, colocaba esa pulsera en el badajo de una campana y la hacía sonar. La persona a quien se dirigiera entendería sus palabras.

«Muchas almas se han salvado de esta manera», me había asegurado Étienne cuando me contó tal leyenda.

Así que eso era lo que yo tenía que hacer: tocar las campanas de Montbrun antes del amanecer.

Pero... Había algo que no acababa de entender. Yo no tenía ningún mensaje que transmitir. ¿Qué sentido tenía entonces aquello? Esta duda me paralizó. Había huido de casa, me había cubierto de barro, había entrado como un ladrón en casas ajenas, me encontraba ahora en mitad de la calle, envuelto en la bata de la señorita Lescoteaux, con la salamandra en la mano... y no sabía qué hacer. Sí, podía tocar las campanas, pero ¿para qué? ¿Ayudaría así a Étienne? ¿Era eso lo que esperaba de mí? El castigo que me aguardaba iba a ser terrible. Ni siquiera podría demostrar que mi hermano me había ordenado cometer tal cúmulo de disparates. Al contrario, si enseñaba su carta, redoblarían el correctivo, por ingenuo y fantasioso.

¿Y si todo era una broma más?

No. Étienne no podía ser tan frívolo. La señorita Lescoteaux también se había arriesgado por él, había salido a los caminos y a buen seguro que estaría soportando una severa reprimenda.

Estaba claro. Tenía que enganchar la pulsera en el badajo y tocar las campanas. Quizá en ese momento yo recibiera algún mensaje que mi hermano no me podía hacer llegar de otra manera. Corrí hacia la iglesia, decidido a llevar a cabo tal acción y resignado a sufrir las consecuencias.

El padre Nief nunca cerraba las puertas de la parroquia. Decía que Dios no duerme y que en aquellos tiempos de zozobra en los que las casas se cerraban a cal y canto, la de Dios debía estar siempre franca y ofrecer refugio a quien lo necesitara. Entré, tomé el agua bendita y me persigné. Estaba completamente vacía y su ambiente apacible me dio seguridad.

Sí. Tenía que hacer sonar las campanas. Quizá lo que Étienne esperaba oír era precisamente esto: «Tengo la pulsera en mi poder».

En los pies de la iglesia hay un postigo que da a la escalera exterior por la que se alcanza la espadaña. Cuando llegué al tejado, sentí cómo se había vuelto a levantar el viento. Las nubes corrían muy deprisa, dejando ahora entrever de vez en cuando el resplandor de la luna. Pensé en el abuelo, en cuál sería su suerte. Quizá Étienne podría ayudarlo. Él ahora estaba en el ejército, podría salir con sus compañeros y castigar a esos bandidos. Esta idea me llenó de alegría y empujó mi ánimo. Elegí la campana que llevaba mi nombre. La acaricié con la mano. Allí estaba el mensaje que había grabado Étienne: *Stephani vox clcimantis in deserto. Ave Roche carissime. 1791.*

Ajusté la pulsera a la espiga. Luego susurré:

—Soy Roch Galerón y este mensaje es para mi hermano Étienne, que está en la ciudad de Foix. Lo que quiero que escuche es: «Tengo la pulsera. El abuelo está en peligro, le han secuestrado unos desconocidos. Ayúdale. Te quiero mucho».

Suponía que con eso sería suficiente. Ahora venía lo más comprometido: hacerla sonar a aquella hora tan avanzada de la noche y sembrar la alarma en el pueblo. Pero no había remedio. Me puse en pie, me apoyé en el soporte de madera y tomé impulso para tocarla a pino^[26].

Los golpes de los primeros volteos sonaron tenues y desacompañados, pero enseguida la campana cogió impulso y giró con facilidad. En aquel momento, la gente se estaría despertando sobresaltada y seguro que los hombres buscaban sus armas y atrancaban puertas y ventanas. Pronto vencerían su miedo, empezarían a asomarse y los más aguerridos se

concentrarían en la plaza para ver qué sucedía. Yo tenía el corazón acelerado. Volteaba con furia, como si el pueblo estuviera ardiendo por sus cuatro costados. Intuía que ya se acercaba a la iglesia algún valiente y que subía al tejado.

—Bueno, está visto que ésta es la noche de las sorpresas. ¿Qué haces, Jilguero?

—¡Marcel! Le estoy mandando un mensaje a mi hermano.

—¿A tu hermano?

—Sí. Gracias a una especie de magia, él puede entender mis palabras. La campana se encarga de transmitírselo.

—¿La campana? ¿Hablas en serio? —Marcel se rio a carcajadas—. Jilguero, pero ¿no te das cuenta de que te ha engañado? Anda, vete, como te sorprendan aquí te despellejarán. Ve al extremo del tejado y desciende por detrás, el muro está lleno de grietas y no te será difícil. Vamos, ¡marcha! —me ordenó.

—Pero...

—Hazme caso. ¿No te das cuenta de que estás haciendo el tonto? Vete, no le diré a nadie que has sido tú.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Deprisa, aléjate.

—Gracias, Marcel.

—Vuela, Jilguero.

Corrí hacia el ábside y por allí alcancé el suelo. En la iglesia había entrado más gente y varios hombres subieron al tejado.

—¿Qué significa esto? ¿Quién tocaba? —escuché que preguntaban.

—Cuando llegué no había nadie —respondió Marcel.



Los habitantes de Montbrun se habían echado a la calle y se preguntaban por lo que ocurría, con confusión creciente. Empezaron a circular mil noticias, todas falsas y a cual más disparatada: había quien afirmaba que unos exaltados habían saqueado los vasos sagrados de la iglesia y habían sustituido la imagen de San Juan por un busto de Marat; otros sostenían que las tropas españolas habían avanzado hasta Daumazan y que el propio general Ricardos había degollado con una navaja a un buen número de habitantes, como si fueran conejos. Tales dislates pronto fueron sustituidos por otros, no menos absurdos, pero donde el protagonista era ahora el doctor Lescoteaux. Según

estos nuevos rumores, el doctor se había enfrentado con un feroz asesino hacía escasos minutos. Cada boca deformó la historia y la abultó más, hasta extremos ridículos: se decía que el médico había luchado a brazo partido contra una banda de ingleses que pretendía raptar a su hija, que ésta se había tirado por la ventana en camisón y que el doctor, después de reducir a media docena de estos terribles sicarios, había recibido una cuchillada en el vientre por la que se le habían salido los intestinos. Me hacía gracia ser consciente de que era a mí a quien se referían cuando hablaban del atacante del doctor y saber que todo el incidente se había reducido a un empujón. Para caminar por Montbrun me había vuelto a poner mis ropas sucias. Ahora, en medio de aquel tole tole^[27], yo pasaba por completo inadvertido. Por las calles circulaban mujeres y niños, jóvenes y viejos; se formaron algunos grupos ante la iglesia, otros bajo la techumbre del mercado y otros más ante la casa del médico. Yo era un niño más de los que corrían por la calle y gracias a mi cara enlodada estoy seguro de que nadie me reconoció y que ni siquiera se fijó en mí, preocupado como estaba todo el mundo por el terrible peligro que señalaba aquel toque inesperado de la campana. Los propios guardias del puente habían acudido también a la plaza, así que pude salir de Montbrun sin ningún estorbo.

Caminé lentamente, sintiendo el azote de los torbellinos de viento. En el Palacio de la Gallina aparentemente todo estaba tranquilo. Quizá todavía no se habían percatado de mi fuga y al final podría volver a mi cama sin que nadie se enterara de mis andanzas. Con esta esperanza me dirigí a la cuadra.

Allí me llevé una gran sorpresa. Había un caballo desconocido. Era de poca alzada, de pelaje overo^[28], ligero pero resistente, como los que abundan en la zona, muy apropiado para montar en terrenos abruptos.

¿A quién pertenecería? ¿Se lo habrían prestado al abuelo para regresar a casa? ¿Sería de Étienne?

La puerta que comunicaba con la casa (la que no había podido abrir cuando quería fugarme) estaba abierta.

Mi primer impulso fue llamar a gritos a Étienne: seguro que había oído mi mensaje y había galopado hasta casa al instante. Pero no, eso era imposible. No había tenido tiempo de llegar desde Foix, y menos estando los caminos anegados.

Debía tratarse de otra persona. ¿Algún bandido que venía a negociar el rescate del abuelo?

Entré con sigilo. En el suelo permanecían los restos de la lámpara que se me había roto hacía unas horas al tropezar en la escalera. Ascendí con

cuidado, atento a todos los sonidos. Cuando llegué a la planta superior, extremé las precauciones. No daba un paso sin antes haberme detenido. Escuchaba. Alguien merodeaba por las habitaciones. En la tarima descubrí un rastro de pisadas, de barro y humedad. Esa persona buscaba algo y no acababa de encontrarlo. Sólo así podía explicarme el sentido de sus pasos.

Por tanto, se trataba de alguien ajeno.

Descubrí un pálpito de luz en un codo del pasillo, justo donde estaba el altar. Pero yo me había llevado la lamparita y la había roto, así que esa linterna correspondía a otra persona que se había parado allí.

El desconocido se detuvo durante un rato. Le oí manipular cacharros, abrir y cerrar las portezuelas del mueble. ¿Qué estaría buscando? En aquel monumento fúnebre sólo había cenizas y estatuillas de cera, escayola y barro sin ningún valor. No podía tratarse de un ladrón.

¿Y si era el abuelo? Quizá se había escapado y ahora rezaba. Él era el único que haría tal cosa en mitad de la noche. Seguramente había buscado por la casa otra lámpara y había tardado en encontrarla. Claro, tenía que ser eso. Una de sus frases preferidas era precisamente ésta: «Si a un muerto se le priva de luz en la tierra, acaba en el infierno. La llama simboliza la gloria de su alma».

Una gran alegría inundó mi corazón. Fui hacia allí con los brazos abiertos.

—¡Abuelo! ¡Soy Roch!

—Pero ¿qué haces aquí, Jilguero? —me respondió una voz alegre.

Era Étienne.

ALGUNAS EXPLICACIONES

—¡Étienne! Pero... ¿no estabas en Foix?

—¡He venido a verte! ¿Ya no quieres a tu hermano?

Me dio un gran abrazo. Llevaba el traje de húsar, con un gran sable colgado de la cintura. Había dejado en el suelo un costal donde seguramente llevaba su equipaje. En aquellos dos años había mudado de aspecto. Tan alto y con aquel uniforme parecía realmente un hombre y no un muchacho de catorce años. Estaba radiante.

—¡Muchas gracias por tocar las campanas! Sabía que podía confiar en ti.

—¿Has entendido el mensaje?

—¡Desde luego! Aunque, si te soy sincero, temía que no lo fueras a conseguir. Llevaba esperando varias horas, muerto de frío. Pero en cuanto ha empezado el jaleo, he pensado: ¡ese es Roch! ¡La que se ha armado en Montbrun! Los dos puentes han quedado sin vigilancia, todo el mundo ha abandonado sus casas, ¡estaban aterrorizados!

—Sí, ya lo he visto.

—El señor Ribalet y el padre Nief, que hacían guardia en la planta baja, han salido hacia el pueblo, pero el resto de la familia sigue durmiendo, sin enterarse de nada. ¡Benditos sean los muros de esta casona, que apagan todos los ruidos! ¡Esto es un palacio!

—Yo prefería la granja.

—Bah, no sabes lo que dices. Lo único malo es que uno se pierde con tanto pasillo y tanta habitación. Esperaba guiarme por la luz del altar, que el abuelo mantiene siempre encendida. ¿Por qué habéis quitado la lámpara? He tenido que avanzar casi a ciegas. No sé cómo el abuelo no se ha levantado, con el sueño tan ligero que tiene.

—¿El abuelo?

—Sí, el abuelo. No le he visto salir. ¿O es que hace ronda en el pueblo?

Me sentí desilusionado y furioso.

—¡Étienne! ¿Por qué me has engañado?

—¿Cuándo te he engañado?

—En el mensaje te decía que al abuelo lo habían secuestrado unos bandidos.

El rostro de Étienne cambió súbitamente de color.

—¿Secuestrado? ¿Sí? Pero ¡eso es terrible!

—Pues fue lo que te comuniqué con las campanas.

—Oh... ¿Seguro? A veces, si hay eco, las palabras se distorsionan. Yo te había entendido que el abuelo dormía como un bendito.

—¡No te creo!

Mi hermano me miraba a los ojos con seriedad.

—Roch, no te enfades. Tienes razón, no he oído ningún mensaje. Pero necesitaba que hicieras lo que has hecho, no puedo decirte la razón. Has sido muy valiente, estoy muy orgulloso de ti y algún día Francia te lo agradecerá.

—¡Francia!

—Roch, he de marcharme, no puedo permanecer mucho más tiempo. Trataré de averiguar el paradero del abuelo y de ayudarle, te lo prometo. No permitiré que le hagan daño.

Parecía nervioso.

—¿No vas a ver a madre? ¿A qué has venido entonces a casa? ¿Qué escondes en ese costal?

—Oh, nada. No puedo enseñártelo. Roch, me tengo que ir. No le digas a nadie que me has visto, júralo.

—Pero.

—Dame tu palabra, Roch.

—Te la doy.

—Un abrazo, Jilguero. Estoy muy orgulloso de ti. Oh, tienes calor en la frente, ¿no tendrás fiebre?

—No sé... Un poco. Me he mojado.

—Acuéstate. Nadie se enterará de que has salido esta noche. Y no quites la pulsera de la señorita Lescoteaux del badajo de la campana. Si algún día necesito hablar contigo, la campana sonará y te lo dirá.

—Ya, como hoy.

—Esta noche has cumplido con tu deber, Roch. En Montbrun reina la confusión y eso nos favorece. Estamos muy orgullosos de tu valor.

—¿Estamos? ¿Quién más está orgulloso?

—No tengo tiempo de explicártelo, dentro de poco volverán los hombres aquí.

—Étienne, no te vayas. Madre estaba muy preocupada. Cuando cesaron tus cartas llegamos a pensar que estabas... que nunca más te veríamos, ¿me entiendes? Ve a verla, por favor, aunque sólo sea un minuto. Ha llorado mucho por ti y siempre te ha defendido.

—Ya lo sé.

—Estuviste preso en Sens, ¿verdad?

—Muy poco tiempo, fue un malentendido y el propio Robespierre intercedió por mí y me liberó. Soy un patriota, Roch, en Sens me consideran un héroe y todos me conocen y me respetan.

—¿Un héroe?

—Figúrate —mi hermano pareció animarse, como siempre que presumía de alguna de sus hazañas imaginarias—, ¡salvé a San Esteban y éste me ha concedido el signo de los valientes! Sí, no pongas esa cara. Mira mi pecho, Roch.

Étienne se desabrochó la casaca y la camisa y me mostró un lunar que tenía cerca del corazón.

—¿Lo ves? —se volvió a cubrir y siguió hablando—. Tú no conoces Sens, Roch, pero créeme si te digo que allí se levanta la catedral más hermosa de Francia. Está dedicada a San Esteban y en su fachada principal, en el parteluz, hay una estatua del mártir. Se parece un poco a ti: tiene cara de niño, con nariz larga, los ojos muy grandes y el pelo abundante y rizado en las puntas. Estaba flanqueado por otras estatuas de los apóstoles, barbudos y muy dignos, con sus túnicas y sus libros santos. Todos ellos han desaparecido, Roch, los han reducido a cascotes; a todos menos a San Esteban.

—¿Por qué?

—Los radicales se hicieron con el poder en Sens, detuvieron al obispo Loménie de Brienne y lanzaron a las turbas a destrozarse su palacio y la catedral. Comenzaron a derribar las imágenes, a decapitarlas, a pisarlas. Yo no podía permitir que destrozaran la imagen del santo de mi nombre. ¿Sabes lo que hice? Me encaramé al mainel^[29] y le coloqué a San Esteban en la cabeza mi gorro rojo, el símbolo de la revolución. Al populacho le hizo gracia la ocurrencia, consideró al santo uno de los suyos y le indultó. Gracias a eso, mi tocayo de piedra se salvó y sigue solitario en su lugar, recibiendo a los que se acercan a la catedral.

Étienne hizo una pausa. Pareció escuchar durante unos segundos los ruidos de la casa y los que llegaban del exterior y luego continuó con su relato:

—Desde esa noche tengo en el pecho el lunar que has visto. No sé si te has fijado bien, pero tiene forma de hoja de laurel. Es símbolo del triunfo y del valor. Estoy seguro de que San Esteban me ha marcado para protegerme de todos los peligros.

—Es otro de tus cuentos. Yo también tengo una señal como la tuya, en el mismo lugar. Y Adrien, que era más valiente que ninguno de los dos, no tenía ninguna.

—Pero a Adrien le mataron los españoles. Nosotros estamos marcados porque vamos a vencer.

El recuerdo de Adrien nos entristeció. Étienne se mantenía muy alerta.

—Ve a visitar a madre. Le darás una alegría enorme.

—No puedo, Roch. Ella no me dejaría salir de casa, no entendería cuál es mi deber. Le rompería el corazón.

—¡Qué poco la conoces! Al contrario, Étienne. Te daría su bendición y te permitiría hacer tu voluntad.

—No, Roch. Además, ya tengo la bendición de la abuela.

—¿Qué?

—¿Nunca has hablado con ella?

—¡Pero si está muerta!

—Oh, sí, más o menos.

—¿Más o menos?

—Sí, no lo está del todo. Cuando a uno le entierran fuera de su patria, su alma no sube inmediatamente al Cielo, debe esperar a que el cuerpo se pudra por completo y se confunda con la tierra, ya que sólo entonces puede descansar en paz. Hasta ese momento, el espíritu permanece en un lugar intermedio, el Limbo, y los vivos podemos comunicarnos con ellos. ¿No me crees? Inténtalo. Ahí tienes la mascarilla. Seguro que más de una vez has notado cómo te clava los ojos.

Era cierto. Cada vez que pasaba por allí sentía que algo se iluminaba en la escayola. Aquella misma noche había percibido la luz de su mirada cuando tomé la lamparilla.

—Vamos, no seas incrédulo, dile algo —insistió.

—Abuela, abuela, ¿está usted ahí?

No había acabado la pregunta cuando tuve respuesta.

—¡Háblame en español si quieres que te responda, descastado! —me contestó su voz, con un susurro áspero.

Di un respingo y me quedé mudo por la sorpresa.

—¡Qué carácter! No le cambia ni después de muerta —comentó Étienne.

—¿Qué quieres, impertinente? —insistió la abuela.

—Quería saber qué tal se encuentra —improvisé, con timidez.

—Bueno, ahora mismo estaba echando una partidita de naipes.

—¿Se juega a las cartas en el Cielo... en el Limbo?

—Natural. Como nadie hace trampas, es un poco aburrido, pero no hay otra distracción aquí.

—¿Ha visto a nuestro padre?

—Claro. Está más gordo y os manda muchos recuerdos. Quien no me ha visitado todavía es Adrien, creo que está esquilando el rebaño de Moisés.

—¿Y qué tal se come?

—Demasiada fruta y poca carne, para mi gusto, pero por lo menos no nos dan nidos de orugas y excremento de murciélago, que es el menú del Infierno, así que ya puedes portarte bien si no quieres pasarte la eternidad devorando inmundicias. Bueno, ya basta de charleta, que tocan a misa.

—¿Hay misa en el Limbo?

A mí todo aquello me sonaba muy raro.

—Tú sé obediente y haz caso en todo a tu hermano Étienne, que es un chico muy despejado y muy bueno y cada día está más guapo. Y la próxima vez que veas a la señorita Lascacas, la tienes que empujar al río y tirar después a *F... fi... fí*.

Esto último sonó con la voz de Étienne, quien empezó a reírse a carcajadas, sin poder contenerse.

—¡Étienne, eres tú! ¡Tú sabías hablar con la tripa!

—¿Yo? —negaba, mientras se doblaba por la risa.

En aquel momento se oyó lo que parecía el canto de un cárabo. Pero yo enseguida percibí que era alguien que lo remedaba en la parte trasera de la casa. Étienne, que todavía lagrimeaba, se puso serio.

—Me esperan, Roch. Ahora sí que no puedo demorarme más. Dame un abrazo, enano.

—No me llames enano. Eres un sinvergüenza.

—Adiós, Jilguero.

LA DECEPCIÓN

Volví a mi alcoba aturcido. No hacía más que pensar en lo que había ocurrido aquella noche y, poco a poco, me fue dominando la rabia y la decepción. Era evidente que Étienne no había venido a verme, ni a mí, ni a nadie. Después de dos años de ausencia, me había tratado como si fuera un niño pequeño, con su acostumbrada mezcla de embustes y superioridad. El padre Nief tenía razón: Étienne era un egoísta, sólo se preocupaba por sí mismo, los demás le importábamos un bledo. Ni siquiera había querido saludar a nuestra madre, a nuestras hermanas. Si había hablado conmigo era porque le había sorprendido en su incursión y no le había quedado otro remedio. Yo tampoco significaba nada para él.

Esta idea me mortificaba.

Adrien nunca se habría comportado así. Y yo tampoco, de eso estaba seguro.

Me arrepentía de todo lo que había hecho aquella noche: mi fuga de casa, el asalto de la del doctor, haber tocado las campanas. Si cambiando la hora de los relojes hubiera podido volver atrás en el tiempo, habría regresado al momento en el que el soldado me entregaba la carta y se la habría devuelto al instante, con un recado: «Dígale al señor que le envía que se equivoca, que mi único hermano varón se llamaba Adrien, murió hace seis meses y no tengo más».

Sí, eso es lo que se merecía Étienne, que renegara de él. A partir de ahora no iba a existir para mí. Adiós al egoísta, al presumido, al arrogante, como le tildaba el padre Nief. Hasta nunca al felón, al pelafustán, al descastado, como le motejaba el abuelo. Aquella noche sentí también que me entraban las furias en el cuerpo, que me poseía el odio, un espíritu destructor, malvado.



Me desperté unas horas después con una sed que me abrasaba la garganta. Las sábanas estaban empapadas de sudor. Sin duda había tenido un ataque de fiebre y eso explicaba mis pesadillas y el sentimiento de odio hacia Étienne. Con el nuevo día me sentía mejor, cansado pero sin signos de enfermedad, con el alivio de haber regresado a casa sin alarmar a nadie. Si Marcel Séchard cumplía su palabra, nunca se sabría que yo había sido el responsable del alboroto en Montbrun.

Se oía trajín de gente y voces. Estaba ansioso por saber si había noticias del abuelo y por escuchar cómo interpretaban el jaleo de anoche en Montbrun, pero antes me aseé en la jofaina, pues tenía barro por todas partes. Bajé al salón y allí estaban mi madre, los criados, el padre Nief y el señor Ribalet, estos últimos ojerosos, con aspecto de cansancio y pesadumbre. El padre Nief, en especial, estaba absolutamente abatido, como en sus peores tiempos de melancolía, cuando dejaba de afeitarse y vagaba por los caminos con los ojos llorosos.

—¡Qué noche, señora Galerón, qué noche! —se lamentaba el señor Ribalet—. Por si fuera poco lo que le he contado, de repente las campanas de la iglesia comenzaron a dar la alarma, como cuando hay un incendio. El padre Nief y yo decidimos acercarnos al pueblo, suponiendo que el toque significaba que el peligro estaba allí y nos requerían.

Mi madre estaba muy impresionada por aquel relato y se llevaba una y otra vez un mechón de su pelo detrás de la oreja, que era un gesto que repetía cuando estaba nerviosa.

—Ay, Dios mío, no me explico que no hayamos oído nada mis hijos y yo en toda la noche.

—Quien tiene la conciencia tranquila como usted, señora, duerme siempre sin contratiempo —afirmó el músico, sin duda porque su somnolencia era de dominio público y así la convertía en signo de virtud.

—Pues yo no he podido pegar ojo. No he dejado de rezar durante toda la noche —replicó mi madre.

—Bueno... Estamos lejos del pueblo, su alcoba da a la parte trasera, las paredes de esta casa son gruesas como murallas... No es extraño que no haya oído nada. El caso es que cuando el padre Nief y yo hemos llegado a Montbrun, allí dominaba la confusión. Finalmente se supo que esa rata de Marcel Séchard había entrado en la casa del doctor Lescoteaux y le había propinado una paliza antes de tocar a rebato. La propia señora Lescoteaux ha visto cómo golpeaba a su marido y ha sufrido una fuerte impresión, pues en ese preciso momento los guardias les comunicaban a voces desde la calle que

su hija Agathe estaba vagando por esos caminos. ¡Ay! ¡Pobre señora! Padebió una crisis nerviosa. ¡Qué convulsiones! ¡Qué fiebres! ¡Qué sudores! Daba la impresión de que se moría. El padre Nief ha subido a su habitación para ofrecer sus servicios espirituales, pero la señora Lescoteaux le ha rechazado. Ha afirmado que jamás aceptará confesarse con un juramentado que ha roto su comunión con el Papa.

El padre Ribalet se complacía visiblemente en contar aquel episodio que tanto hería al párroco, quien ocultó su rostro tras las manos.

Yo no podía tolerar que se diera por cierta aquella versión de los hechos.

—¡Qué disparate! ¿Por qué iba a atacar Marcel Séchard al señor Lescoteaux? ¡Eso es falso, imposible!

—Señorito Roch, es un vicio muy arraigado en usted el de intervenir en las conversaciones de los adultos que no le incumben; si esto es ya censurable, lo que le hace acreedor de un severo castigo es poner en duda la palabra de quien está mejor informado. Séchard tiene viejos rencores con los Lescoteaux, pero, por si esto no fuera suficiente motivo para espolear su maldad, sepa que también es un ladrón: se le ha sorprendido con las joyas de la señorita Lescoteaux encima.

—¡Pero él no las robó!

Mi madre me atizó un cachete y me reconvino:

—¡Roch! ¡Estoy muy sorprendida! ¿Qué actitud es ésta? ¿Cómo te atreves a contradecir al señor Ribalet?

—Ya estoy acostumbrado a su naturaleza torcida —añadió el tutor—. La juventud actual nació de semilla amarga y está dando frutos venenosos. En Francia ha desaparecido ya toda autoridad, todo respeto por los mayores y toda honradez. Y el mejor ejemplo es el de Séchard y sus compinches. Aprovechando que los hombres salían de sus casas para juntarse en la plaza y que la confusión reinaba en el pueblo, han desvalijado las casas de las familias más poderosas: los arcones donde guardaban sus ahorros el señor Bonel, el señor Lougarre, el señor Coutenceau y el señor Lassalle han aparecido saqueados cuando, ya de madrugada, han regresado a sus hogares. Ni una sola moneda les queda a los hombres más honrados del valle.

—¿Cómo? —se persignó mi madre—. ¿Que han robado a los Bonel, a los Lassalle y...?

—Y a los Lougarre y los Coutenceau, sí, señora. Era un plan muy bien organizado. Menos mal que las joyas de los Lescoteaux han delatado a Marcel, porque el doctor, debido a la oscuridad, no distinguió al ladrón en el momento en el que le atacaba. Ahora sólo queda que confiese quiénes son sus

cómplices, porque mientras él armaba el escándalo de las campanas, los otros limpiaban los ahorros de estas dignísimas personas.

—Pero... ¡Marcel es inocente!

Ahora fue el propio señor Ribalet quien me abofeteó. La palabra de un niño allí no servía de nada. ¿Quién me iba a creer?

—Eso asegura él, que es inocente, el muy canalla —añadió el músico—. Ahora estará ya en las mazmorras de Foix y pronto podrá repetirlo ante un tribunal. Se comporta de la misma manera que hace dos años, cuando intentó abusar de la señorita Lescoteaux.

—¡No fue Séchard!

Mi madre se levantó de la silla, me agarró del brazo y me arrastró hacia las escaleras.

—Ya está bien, Roch. Me abochorna tu comportamiento. Te vas a quedar encerrado en tu alcoba hasta que se te pase la tontería.

—No, déjele, déjele que se explique —intervino, venenoso, el señor Ribalet—. Si usted, señorito Roch, está tan seguro de la bondad del infame Séchard, díganos entonces a quién debemos achacar todo esto, ¿eh? ¿Lo sabe, acaso?

Sí.

A Étienne.

A mi hermano Étienne.

Él es el culpable de todo.

Ése es el nombre que quise pronunciar. Pero tno pude Estaba paralizado. Se me habían sellado las maritdíbulas. No tenía fuerzas para abrirlas, para articular pallatofla. Me sentía conmocionado, con unas ganas inmensas de llorar, de gritar, de confesarlo todo. Pero mi cabeza era incapaz de gobernar mi cuerpo.

Étienne. ¿Cómo era posible? ¿No respetaba nada?

EL DELEGADO DEL COMITÉ DE SALVACIÓN PÚBLICA

En aquel momento, sentimos unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Dios mío! ¿Quién será ahora? Adèle, por favor, abra usted.

—Sí, señora.

La cnada había tomado por costumbre persignarse cada vez que debía contestar a una llamada inesperada, como si temiera la aparición del demonio. Mi madre me soltó el brazo y pude correr hacia la ventana y mirar a través del cristal.

—¡Son soldados de caballería! ¡Es el escuadrón de húsares de Étienne!

En el vestíbulo se oyó un vozarrón que preguntaba por la casa del ciudadano Galerón.

—Sí, aquí vive —respondió Adèle—. ¡Bendito sea el Cielo, que les ha traído a ustedes hasta esta casa! Ahora la señora iba a dirigirse a Foix para dar parte de su desaparición. ¡Anoche lo secuestraron unos bandidos!

Estas palabras fueron recibidas con carcajadas.

—Ciudadana, me temo que estás llamando bandidos a los soldados del Ejército francés, que son los que rescataron anoche al ciudadano Galerón del atolladero y le han protegido desde entonces. Estábamos persiguiendo a unos desertores cuando le encontramos.

—Entonces, ¿viene con ustedes el señor?

—Desde luego. Ahí llega, en compañía del ciudadano Labry.

Un grupo de húsares apareció en el recodo del camino. Escoltaban a un hombre de unos veinticinco años, abrigado con un grueso capote de viaje y, junto a él y sobre una de nuestras mulas, venía el abuelo.

—¡Es el amo! ¡Es el amo! —anunció, alborozada, Adèle—. ¡Señora! ¡Los soldados han salvado al amo! ¡Bendito sea Dios!

Y se echó a correr hacia él para besarle la mano. El abuelo, que estaba muy pálido, intentó evitarlo, pero entonces Adèle le besó las botas y comenzó a gritar:

—¡El amo, el amo! ¡Es el amo!

El abuelo descendió de su montura justo cuando todos nos agolpábamos en la puerta de casa. Nuestro entusiasmo enseguida se aplacó: el abuelo parecía muy acobardado, triste, y su rostro denotaba gran preocupación. Nos fue dando la mano a todos y después, señalando al civil, indicó:

—El señor... El ciudadano Labry es el delegado del Comité de Salvación Pública. Le acabo de conocer, nos ha alcanzado en el camino, casi cuando entrábamos aquí. Viene con estos soldados para... para visitar nuestra casa y para hablar conmigo sobre ciertos asuntos. Por lo visto hay algunos infundios sobre mi persona que quiere comprobar por sí mismo... Ciudadano Labry, esta es mi familia: mi nuera, Jeanne, que es la viuda de mi único hijo; mis nietos Roch, Euphémie e Irene; el ciudadano Ribalet, profesor de música; el ciudadano Nief, párroco del lugar, y los ciudadanos Adèle y Gaspard Sirat, que trabajan en la casa.

Aquellas palabras fueron una sorpresa para todos, pues el abuelo no acostumbraba a conducirse con tanta ceremonia, ni mucho menos a presentar a los criados o a llamar «ciudadano» al señor Ribalet, quien escuchó aquel tratamiento con gesto de estar tragando vinagre. Labry nos dio la mano con una seriedad exagerada. Su apretón era breve y seco y miraba a los ojos con expresión escrutadora. Era extraordinariamente bien parecido, alto, pálido, de aire resuelto y gestos algo bruscos. Su voz, sin embargo, sonaba demasiado aguda, casi como si fuera la de una mujer.

—Te llamas Adèle Sirat, ¿verdad?

La vieja criada enrojeció al comprobar que aquel hombre tan importante se dirigía a ella en primer lugar.

—Sí, señor, para lo que usted guste mandar.

—¿Acostumbras a recibir así al ciudadano Galerón?

—¿Perdón?

—¿Sueles llamarle «amo» y besarle las manos?

El abuelo, que se estaba comiendo las uñas, no pudo reprimir interponerse entre ellos y explicar atropelladamente:

—No... no... no ha sido la alegría propia del reencuentro jamás me llama amo jamás nunca, nunca.

Mi madre y yo nos miramos con gesto de pánico. Cuando el abuelo estaba muy nervioso o tenía miedo, hablaba sin pausa (podríamos decir: sin puntos

ni comas), todo de corrido. A esto, Étienne lo llamaba «hablar en latín». Era signo indudable de desgracia.

—Estoy preguntando a la ciudadana Sirat —replicó desabridamente, y le apartó con la mano.

—Ya sí claro perdón, perdón pero pase, pase por favor mejor hablamos dentro todos.

Labry permaneció donde estaba y volvió a dirigirse a la criada:

—Entonces, Adèle, ¿cómo sueles dirigirte al ciudadano Galerón?

—Pues ¿cómo va a ser? Como «amo» o «señor». Yo sé tratar a la gente importante. Nací en esta casa y el anterior propietario, el señor De Courdurier, jamás tuvo que reprenderme, nunca, señor.

—¿Sabes leer?

—No, señor.

—¿Puedes decirme, Adèle, en qué mes y en qué año estamos?

—En diciembre de 1793, señor.

—¿Nadie te ha dicho que se ha modificado el calendario?

—¿El calendario? No, señor.

—Ahora estamos en frimario del año II. Las semanas tienen diez días y se llaman décadas.

—Ah, eso habrá sido en otro pueblo, en éste no. Aquí la semana empieza el domingo y tiene sus siete días de siempre, uno detrás de otro: lunes, martes, miérco...

—Toda Francia se rige por el nuevo calendario —replicó Labry con tanta acidez que Adèle se apresuró, avergonzada, a darle la razón.

—Pues será como usted dice, no se lo voy a discutir. ¡Han cambiado tantas cosas en el reino!

—Francia ya no es un reino.

—Oh, ya, claro... Perdóneme, yo...

—Perdóname —le corrigió de nuevo.

—¿Que le perdone? ¿Qué le tengo que perdonar yo? —se sorprendió la criada, que ya estaba al borde de las lágrimas.

—Lo que quiero decir —añadió el delegado con fastidio— es que no me debes tratar de usted. La República ha abolido ese tratamiento. Tienes que decir «perdóname» y no «perdóneme», ¿entiendes, mujer?

Esto último superó ya los límites de lo que Adèle podía soportar, porque su rubor se acentuó, empezó a moquear y a balbucir:

—Ay, le perdono, digo, me perdones, nos perdonen... Ay, ay. Yo, usted... Tú... Ay. Yo no puedo, no tengo instrucción ninguna, soy un poco

torpe, ¿sabe usted? Ay, perdóneme, he dicho «usted», caballero. Es que soy muy tonta, soy muy tonta. Yo no sé lo que digo, soy muy tonta.

Adèle se echó a llorar con tanto sentimiento que daba gran lástima verla, tan temerosa, tan vieja, tan arrugada, frente a aquel parisino arrogante y hermoso como un dios pagano.

—Ciudadana, todos los franceses somos iguales y debes tratarme como a un igual, nada más. No soy un caballero, no soy un señor: soy un ciudadano, como tú, como todos los que estamos aquí. Ea, tranquilízate, por favor.

—Es que soy muy tonta, no me haga caso, soy tontísima, pregunte, pregunte por ahí, ya verá cómo me dan la razón, que se lo diga el señor Ribalet, o mejor los niños, que nunca mienten, ¿verdad que soy tonta, señorito Roch? Si meto la pata, no me lo tenga en cuenta, ciudadano. Por favor, por favor.

—¿Por qué no pasamos dentro? —preguntó mi madre, con un nudo en la garganta—. Es mejor que hablemos junto al fuego, ciudadano. Además, no está bien confundir a la pobre Adèle si lo que quieres, como supongo, es hablar con mi suegro. Mandaré que preparen café para los soldados en la cocina y, si te parece bien, nosotros lo tomaremos en el salón.

—Eres muy amable, ciudadana Galerón.

El delegado hizo un gesto galante ante mi madre y pareció azorarse un poco, como si se sintiera intimidado por la mirada o la presencia de aquella Muda tan triste pero también tan digna.

Creo que, como casi todos los hombres que la conocían, se sentía un poco turbado por su belleza, porque he de declarar aquí que mi madre era una mujer realmente hermosa.



Pronto la casa quedó inundada por el olor del café. En la cocina se oían las risas de los soldados, pues además de esta bebida también se descorcharon varias botellas de aguardiente. El oficial que comandaba el escuadrón se fue con Gaspard a recorrer el edificio. Por su parte, el delegado no quiso que se retiraran el señor Ribalet ni el padre Nief, así que todos se sentaron en torno a la mesa del salón azul. A mis hermanas y a mí nos mandaron a la planta de arriba, pero yo me escondí en la escalera para estar atento a aquella conversación, que prometía ser decisiva para nuestro futuro. El abuelo estaba lívido y sudoroso y mandó que le sirvieran licor. Esa era otra prueba de los

momentos excepcionales que vivíamos, ya que jamás lo probaba y siempre sostenía que por su culpa la humanidad estaba uncida a la barbarie.

Lo primero sobre lo que se trató fue por qué intentaba llegar a Foix en mitad de una tormenta como la de ayer. El abuelo, quizá por efecto del aguardiente, empezó a hablar con abundancia y, en su verbosidad, se despreocupó del tratamiento y tan pronto llamaba «señor» al delegado como le trataba de usted.

—Labry, tiene que entenderlo. Debo impedir que mi nieto Etienne, que todavía es un niño, participe en la guerra. Tras la muerte del primogénito, que se batió heroicamente contra los españoles en Bellegarde, él es el heredero de mi patrimonio y he decidido, bueno, hemos convenido su madre y yo, casarle con la seño..., digo, la ciudadanita Lescoteaux, hija del doctor de Montbrun. Mi nieto se negaba en redondo a esto y por eso me dirigía hacia Foix, para impedir que un menor de edad luche y deje a su familia desamparada. Supongo que no hay en ello nada censurable.

—Antes me has presentado a otros nietos, que supongo serán hermanos de Étienne, ¿no?

—Desde luego, hijos del mismo padre, mi hijo Flermés, y de la misma madre, la ciudadana Jeanne, ¿por qué me lo pregunta?

—Porque en tal caso no les puedes privar de su herencia. Hombres y mujeres son iguales ante la ley y tienen los mismos derechos para heredar.

—¿Cómo?

—La República ha abolido las leyes antiguas. Por tanto, a tu muerte, la viuda de tu hijo será la administradora de tus bienes hasta que tus nietos, tanto los varones como las hembras, sean mayores de edad.

—¡*Madame* Déficit heredera de mi casa! ¿Qué absurdo es ése? ¡Prefiero donarlo todo a los dominicos de Toulouse!

—Las órdenes religiosas han sido suprimidas. Por otra parte, el matrimonio es un acto libre que sólo los implicados pueden decidir, en ningún caso sus familias. Si tu nieto no quiere casarse con la ciudadana Lescoteaux, nadie puede obligarle, ni siquiera el Papa de Roma.

El padre Nief salió de su letargo e intervino entonces con aspecto fastidiado.

—Ciudadano Labry, me veo en la obligación de recordarte que la Iglesia tampoco ha admitido nunca el matrimonio bajo coacción y que si se demuestra que ésta ha existido, supone la nulidad del mismo. Nadie se puede casar en contra de su voluntad y no ha hecho falta una revolución para que tal abuso se considere intolerable.

—Eso, dele la razón. Usted ¿de qué parte está, padre Nief? ¿Saben lo que les digo? ¡Nequáquam! Eso de repartir la fortuna de uno entre la prole será si el propietario quiere malbaratarla, será si desea que todos los de su casa se mueran de hambre, pero ¿qué leyes son éstas que buscan la ruina de las familias y no su prosperidad? El patrimonio íntegro en manos del primogénito es lo que asegura que una familia no acabe en la indigencia. ¿Robespierre no proclama cada vez que abre la boca la indivisibilidad de Francia? ¿Y en qué se diferencia la nación de una familia? ¿Por qué lo que es bueno para la patria no ha de serlo para sus hijos? Si Francia no se puede romper, los bienes de los Galerón menos. Y para acrecentarlos, Étienne se debe casar con quien le conviene, no con la primera lagarta que le engatuse. Y ya está.

—Los bienes de los Galerón se ajustarán a lo que establezcan las leyes. Y la razón y la ley dictan que hombres y mujeres son iguales en derechos y que no se puede violentar la voluntad de nadie para casarle. Y ya está.

—Pero ¿es que la revolución busca mi ruina? Yo apoyé un orden más justo para Francia, donde todos fuéramos libres y pudiéramos prosperar y ser felices. Soy un buen ciudadano, un patriota, presido las celebraciones en Montbrun, planté el árbol de la libertad, organicé la Guardia Nacional de este valle. Si pudiera, cogería un arma y marcharía al Rosellón a matar españoles, pero no tengo edad ni fuerzas. Entregué a mi nieto Adrien, al primogénito, al mejor de mi apellido, al más noble, ¿qué más me puede pedir la revolución, a ver?

—El sacrificio y el mérito fueron de tu nieto, ciudadano Galerón, no tuyos. Él es el virtuoso y el patriota, tú no has perdido nada. En cualquier caso, el valor de uno de tus nietos quedaría anulado por la cobardía del otro.

—La cobardía, ¿de quién? Modere su lengua, porque en esta casa no hay ningún cobarde.

—Pues yo, sin embargo, veo su retrato por todas partes. Creo que ni el delfín tenía tantas imágenes como tu nieto, el cobarde.

El delegado subrayó esta última palabra y luego señaló hacia la pared donde se amontonaban los cuadros de mi hermano.

—¿Se refiere usted a Étienne? ¿Le ha llamado cobarde?

—Sí. Pero no te alteres por tan poca cosa. Puedo reprocharle cosas peores.

—¿Ah, sí?

—Sí. Por ejemplo, podría decir que es un ladrón.

—¡Un ladrón!

—Y algo mucho más abyecto: un desertor.

—¡Un desertor! Usted bromea. ¡Pero si ingresó voluntario en el Ejército!

—No bromeo y no consiento que me trates de «usted», ciudadano Galerón. Étienne abandonó su escuadrón hace tres días, cuando nos encontrábamos en Toulouse, junto a otros dos soldados del país: Claude Dumons y Henri Cardeilhac. Los tres han huido con sus caballos y sus armas hacia España con la intención de unirse al regimiento del Rosellón, que es como se llama la fuerza organizada en Cataluña por oficiales franceses monárquicos, a la que se alistan los desertores del Ejército republicano.

—Pero... Eso no es posible...

—Aún hay más. Su nieto Étienne robó la caja de la soldada que se le entregó en custodia y se ha llevado el dinero con el que se iba a pagar a las tropas acuarteladas en Foix.

—¡Étienne no es ningún traidor y tampoco un ladrón!

—Pues me temo que sí, que ambas cosas. Y que la habilidad para el latrocinio la aprendió aquí mismo.

—¡Oiga! ¡Me está insultando en mi propia casa, no sé si se da cuenta!

El delegado hablaba con una tranquilidad imperturbable. Incluso en sus labios asomaba algo parecido a una sonrisa, como si aquella escena le divirtiera enormemente.

—Los graneros de las granjas de su propiedad están repletos de cereal y de alimentos. Su patrimonio se ha multiplicado en pocos años. Hemos recogido numerosos testimonios que prueban que usted, al igual que otros miembros del grupo de los Hijos del Garona, se ha lucrado con el contrabando y la especulación a costa de la necesidad ajena.

—¡Eso que usted dice es una infamia!

—Estoy de acuerdo. Resulta infame que miles de franceses tengan que pasar el invierno sin pan ni carne, alimentándose de castañas y de sopa sin sustancia, mientras aquí la despensa está colmada de manjares y no falta café, ni tabaco, ni licores de todas las clases. Es infame que mantengas ciudadanos en estado de servidumbre, que quien ha de velar por la aplicación de las leyes de la República sea su primer conculcador. El Comité de Salvación Pública me ha enviado precisamente para restablecer la justicia en esta zona de la nación y para que vilezas como la tuya sean castigadas de forma ejemplar.

Jacques Labry se había puesto en pie para pronunciar estas palabras y señalaba amenazador con el dedo al abuelo, que parecía encogido y muy pequeño. El contraste entre el pito de voz del delegado y la dureza de sus palabras, paradójicamente, convertía a éstas en algo aún más afilado e hiriente.

—Me está juzgando y condenando, ¿qué quiere de mí? ¿Qué va a hacer conmigo?

—Yo, nada. Ni te juzgo, ni te condeno, Galerón. Pero te pondré en manos de un tribunal que decidirá tu destino. Hoy volverás conmigo a Foix.

El abuelo se levantó de la mesa y agarró al delegado del brazo.

—Ciudadano Labry, aquí hay un error descomunal. Quizá con un gesto de buena voluntad que demostrara que mi adhesión a la República es inquebrantable todo se podría arreglar.

—No sé qué quieres decir.

—Sígame, por favor.

Labry ya no protestaba por la ausencia de tuteo y aparentaba divertirse con el aire misterioso del abuelo, que se dirigía hacia la escalera. Yo trepé rápido por los escalones y me escondí en un recodo.

—Como ve, la casa tiene un aspecto palaciego, pero su interior recuerda al de un hospicio. Es fácil engañarse y creer que aquí domina el lujo, pero en realidad es un criadero de arañas, ratones y pulgas. Pase por aquí, pase.

El abuelo le conducía hacia el ala del edificio deshabitada y de peor aspecto, quizá para ganarse la benevolencia del delegado. Detrás de ellos, en comitiva, iban el señor Ribalet, el padre Nief y mi madre. Me uní al grupo y seguí al abuelo, que continuaba parlotando.

—Fíjese en las humedades de las paredes, señor Labry. El más miserable de Montbrun vive mejor que yo, se lo aseguro.

—Bueno, ya basta. No necesito ver más. También Versalles tiene desvanes y estancias sucias y vacías. Vives en un palacio inmenso, Galerón. En Foix los soldados se hacinan en cuarteles menores que esta casa.

—Oh, no se altere, señor Labry. No le he traído hasta aquí para que vea las habitaciones, la razón es otra, ya sabe, el gesto de buena voluntad del que le hablaba antes. Quizá con un pequeño donativo pueda arreglar este malentendido...

Por primera vez desde que pisó la casa, el delegado pareció sorprenderse. Un rictus de enfado asomó en su rostro.

—¡No hay pequeños donativos que valgan!

—Bueno, con un gran donativo. ¿No han robado los dineros de sus soldados? ¿Qué va a hacer, privarles de su sueldo? ¿Dejarles sin comer? Sé que el Ejército tiene necesidad de suministros, de armamento, que nunca les llegan los caudales suficientes. Yo llevo muchos años ahorrando, pero por patriotismo le entregaré todo, hasta la última moneda de oro. Mire, aquí lo tengo...

Para mi sorpresa, el abuelo retiró las estatuillas del mueble que servía de altar, se desprendió de una cadena que llevaba al cuello y de ella extrajo tres llaves con las que abrió una tapa. Todos estábamos expectantes.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —gritó el abuelo—. ¿Dónde está mi dinero? Pero... ¿cómo es posible? ¡Me han robado! ¡Mi oro! Anoche, tuvo que ser anoche, por la mañana hice el asiento de una buena cantidad y todo estaba intacto, fíjese en el libro de cuentas... ¿Quién ha sido? ¡Miren!, hay huellas de barro. Alguien anduvo con botas. ¿Quién conocía este escondite? ¿Tú, *Madame Déficit*?

—Por favor, padre. No me acuse de esa manera. Yo desconocía que usted guardara ahí nada.

Mi sorpresa no tenía límites. Así que el altar del abuelo no era otra cosa que un escondrijo de su dinero. Y Étienne lo sabía. Y se había apropiado de él. Pero ¿por qué? ¿Se había convertido él también en un bandido sin escrúpulos, como le acusaba Labry? No. Eso no era posible. Tenía que haber otra explicación.

En aquel momento, intervino el señor Ribalet:

—Anoche sorprendí a un extraño en la casa y, con grave riesgo de mi vida, me enfrenté con él a tiros. Ahora que lo pienso, el sujeto tenía el aire de Marcel Séchard, sí, muy bien podría haber sido ese hijo de Satanás. Sin embargo, el padre Nief no dio importancia a tal hecho y me humilló asegurando que me había quedado dormido y que el humo de la chimenea me tenía aturdido. Fíjese, padre Nief, cómo ahora la verdad resplandece y se demuestra que yo tenía razón y que aquel tipo era un facineroso de la peor laya.

El párroco parecía avergonzado.

—Lo siento, señor Ribalet. Como dio la alarma cuando la humareda imposibilitaba la visión, pensé que se había confundido. Le ofrezco mis disculpas.

—Preséntelas al señor Galerón, que ha perdido su hacienda por su culpa. ¡Qué noche aciaga para las fortunas de Montbrun! No sé si esto le consolará, señor Galerón, pero ayer los Bonel, los Coutenceau, los Lougarre, los Lassalle y los Lescoteaux corrieron la misma suerte que usted: todo su oro fue arrojado por Séchard.

El abuelo estaba absolutamente abatido, lloraba en silencio y no comentó nada. El delegado volvió a sonreír y, con su calma recuperada, declaró:

—Ciudadano Galerón, tendrás ocasión de discutir con el ciudadano Séchard en las mazmorras de Foix. A cada uno se os juzgará por vuestros

delitos, y los tuyos no son menores que los del otro desgraciado. Bajemos y pongámonos en camino.

El abuelo tomó aire y comenzó a caminar hacia la escalera. Parecía tranquilo.

—Sea, ¿qué otra cosa puedo hacer? Usted ya ha decidido mi desgracia. Sólo le pido que tenga compasión de mi familia y que no permita que se hunda en la miseria.

Labry asintió y marchó tras el abuelo.

¿DÓNDE ESTÁ ÉTIENNE?

Cuando Jacques Labry ya estaba montado en su caballo y se disponía a partir, de pronto, se dirigió a mi madre. Con cierto embarazo, pronunció las siguientes palabras:

—Me es muy penoso comunicarte esto, ciudadana Galerón, pero tienes que saber que he puesto precio a la cabeza de tu hijo y también a las de Dumons y Cardeilhac. Seguramente se esconden por la zona, esperando que dejemos de perseguirles para continuar su fuga hacia España. Si ves a tu hijo, debes entregarle.

—Yo no puedo hacer eso —respondió mi madre.

Labry bajó la mirada.

—Todo aquél que les aloje, proteja, encubra o ayude de cualquier manera se convertirá de inmediato en reo de muerte.

—Lo entiendo. Pero yo nunca entregaré a mi hijo.

El delegado asintió. Volvió a fijar los ojos en mi madre y la observó durante un rato largo. Por fin, añadió:

—Los soldados que se quedan tienen orden de registrar la casa. Debes proporcionarles cuanta ayuda soliciten.

—Así lo haré.

—Lamento que nos hayamos conocido en estas circunstancias, ciudadana Galerón. Pareces una mujer valiente.

Mi madre se encogió de hombros y después respondió, apenada:

—No lo soy, ciudadano Labry.

—Salud.

El delegado iba a dar la orden de marcha cuando, de repente, se oyó la voz del señor Ribalet:

—¡Labry! Espera un momento, por favor. ¿Puedo hablar contigo?

El delegado no se bajó del caballo, sólo se apartó un poco del grupo y allí aguardó al profesor de música, que se acercó con un trotecillo ridículo, dando

saltitos para evitar los numerosos charcos. Nada se oyó de lo que trataron, pero Labry nos miraba fijamente mientras le escuchaba y se despidieron con un apretón de manos. Después, el delegado llamó al oficial al mando del grupo de hombres que iba a inspeccionar la casa y le comunicó unas instrucciones que el otro recibió asintiendo con la cabeza.

—¡Adelante! —ordenó al final, e inició la marcha hacia Foix.

No pude contener las lágrimas al ver alejarse al abuelo entre el grupo de soldados. Yo estaba muy impresionado por todo lo que había pasado y mi tristeza aumentó cuando los militares comenzaron el registro del palacio. En realidad, a su labor le conviene mejor el nombre de saqueo, pues a eso fue a lo que se dedicaron. En el vestíbulo amontonaban todo lo que tenía algún valor; el resto, lo destrozaban o lo arrojaban por las ventanas. La gente del pueblo se acercó para ver cómo nos desvalijaban y pronto hubo una muchedumbre frente a la puerta principal. Nadie nos dedicó una sola palabra de ánimo, al contrario: los curiosos parecían complacidos con nuestra desgracia. Cada vez que volaba al vacío algo que les pudiera ser útil, se lo disputaban, a veces con golpes y tirones de pelo.

No podía soportar ver cómo arrancaban los retratos de Étienne y los echaban al fuego, cómo hacían puntería contra los relojes; me resultaba muy doloroso ver volar las hojas de los libros, el desprecio con que volcaban los armarios y rajaban los colchones. Aunque nos habían ordenado permanecer en la casa mientras durara la inspección, ningún soldado me impidió salir, sin duda porque consideraban que no tenía ninguna importancia que un niño lloroso se quedara o no en la casa.

Hacía mucho frío, pero el cielo se mostraba limpio, sin nubes, con un sol brillante que subrayaba los mejores colores del paisaje. Las cunetas de los caminos seguían anegadas de agua. Instintivamente, mis piernas me guiaron hacia La Savarite y, desde allí, hacia lo más profundo del monte.

En mi interior pugnaban sentimientos contradictorios. ¡Cuántas cosas habían ocurrido en menos de veinticuatro horas! Ayer no sabíamos siquiera si Étienne estaba vivo y hoy nos enterábamos de que su cabeza tenía precio por desertor. Me desperté en un palacio y esa noche no podría acostarme en la misma cama. Éramos una de las familias más respetadas de Montbrun y ahora los vecinos se felicitaban por nuestro castigo.

Y lo peor era que, por mi culpa, a Marcel Séchard le acusaban de delitos terribles de los que no era responsable. Aunque él confesara la verdad, nadie le creería: ¿cómo tener en cuenta la palabra de alguien que acusa a un niño de doce años? Y ¿cómo podría yo demostrar su inocencia sin acusar a Étienne?

No sabía cómo resolverlo.

La única manera de aclarar este embrollo pasaba por hablar con mi hermano. Él tenía la obligación de explicarme las razones de su comportamiento. No sólo eso, debía rescatar al abuelo y a Séchard. Y si no lo hacía, yo le delataría. No podía seguir encubriéndole. Mi madre había afirmado ante el delegado que jamás le entregaría. Pero yo sí, me presentaría en Foix y le contaría a Labry toda la verdad. La señorita Lescoteaux me apoyaría, ella había recibido su carta, se había visto sometida a su chantaje.

Sí, era la única solución. De otro modo, yo sería cómplice de las injusticias y el sufrimiento que Étienne estaba causando.

Pero antes de delatarle, necesitaba comprobar si realmente era un bandido y se hacía acompañar por malhechores. El delegado había afirmado que uno de sus compañeros de desertión era Claude Dumons. Conocía a ese chico: Dumons tenía diecinueve años y hasta hacía unos meses había vivido en el pueblo. No había querido aprender ningún oficio, ni siquiera cuando —tras la muerte de sus padres— se quedó solo en el mundo: a veces servía como criado, otras como mozo de cuadras y casi siempre trabajaba de simple jornalero para los agricultores del pueblo. Había pasado por muchas casas de Montbrun, entre otras por las de los Coutenceau, Lassalle, Bonel y Lougarre. De todas partes le habían expulsado «por vago y por tunante», según la expresión del señor Ribalet, que le tenía gran ojeriza. A mi Dumons tampoco me inspiraba confianza. Le recordaba como un chico solitario y frío, de mirada turbia, que siempre parecía estar vigilante, como acechando la ocasión de hacer algo malo. No tenía buena reputación en el pueblo y nadie le dedicó nunca una palabra amable o condescendiente. Si éste era el nuevo amigo de Étienne, pocas cosas buenas podían esperarse de su unión.

Debía encontrarles, pero ¿dónde?

El caballo que montaba mi hermano era de los comunes en la zona, muy apto para avanzar por los caminos de la montaña, pero no tanto para hacer grandes galopadas, así que no debía de estar muy lejos. Además, si había pasado la noche en vela, habría buscado un refugio seguro donde descansar hasta que cayera el sol.

Sí, esto era lo más probable.

¿Qué escondite habría elegido? Eran, al menos, tres hombres (mi hermano, Dumons y el otro desertor, cuyo nombre no recordaba), tres caballos y el botín. Si yo estuviera en su lugar, evitaría cualquier pueblo, posada o parada de postas. Me alejaría de los caminos y de las granjas. Me internaría en el monte.

Y allí era donde, por instinto, me habían llevado mis pasos. Yo conocía mejor que nadie los pinares que rodeaban Montbrun. Adrien me había enseñado a orientarme por ellos, sabía dónde brotaba cada manantial, dónde la vegetación raleaba y se formaban prados; cada peña, cada sima, cada riachuelo estaba en mi cabeza, había recorrido la zona palmo a palmo.

¡Claro!

¡Étienne tenía que haberse refugiado en la cueva de los Españoles!

En esa caverna habíamos estado muchas veces juntos los tres hermanos. La boca era una simple brecha en la roca, disimulada por la vegetación, pero enseguida se ensanchaba. En su interior brotaba un manantial de aguas cálidas que, según Adrien, tenía propiedades medicinales, pero que nosotros aprovechábamos para bañarnos, ya que formaba una charca antes de desaparecer por las galerías del interior de la montaña. Aunque la cueva estaba en un lugar de acceso intrincado, era posible llegar con caballos. Adrien, en los años de gran sequía, cuando el pasto del valle estaba agostado, subía a las vacas allí porque, muy cerca, había unos grandes claros siempre verdes donde podían pacer.

Me puse en camino. No estaba lejos, apenas a una hora de marcha. Las agujas de los pinos que alfombraban el suelo me hicieron resbalar varias veces y, cada vez que se levantaba el viento, caían de las copas de los árboles goterones que pronto me empaparon por entero. Pero no me importaba. Tenía una idea fija en la cabeza: llegar a la cueva y hablar con Étienne. De sus palabras iba a depender su destino. Si no eran convincentes, mi próxima visita sería al delegado Labry.

Estaba completamente decidido.

LA CUEVA DE LOS ESPAÑOLES

La marcha resultó más complicada de lo que había esperado. A veces los matorrales se espesaban y apenas dejaban un pasillo angosto por el que avanzar. El bosque parecía muerto, sin presencia de animales ni de ningún sonido que no fuera el del viento, que soplaba intermitente y obstinado. Según me acercaba a la cueva, extremé mis precauciones, porque sabía que por allí abundaban las simas disimuladas por los hierbajos y, en un descuido, uno podía caer en pozos profundísimos de los que era difícil salir. Por fin llegué a una zona de brañas, ya muy próximas a la boca de la cueva. En aquel momento, justo en la última línea de árboles y matojos, sentí cómo me atenazaban y, de una patada en las corvas, me derribaban al suelo.

—Vaya, he cazado un jilguero.

Era Claude Dumons, que se había echado sobre mí para inmovilizarme.

—¡Suéltame! Necesito hablar con mi hermano.

—Me has dado un susto de muerte. Creía que eras un soldado. Tienes suerte de que no te haya clavado mi navaja.

—Quiero hablar con Étienne.

—Levántate y ve tú solo. Si has sabido llegar hasta aquí, imagino que es porque conoces dónde está. Yo permaneceré de guardia.

—Gracias.

—Dáselas a tu ángel de la guarda. He estado a punto de matarte.

Dumons guardó su arma en el cinto, se limpió el barro del capote y regresó a su escondite, un zarzal desde el que dominaba el límite de la arboleda. A sus espaldas se extendía un gran prado y después un imponente paredón de piedra en escarpa. Me dirigí a una grieta disimulada por la hiedra y enseguida penetré en la cueva.

El interior estaba en penumbra, sólo iluminado por un farolillo donde un cabo de vela terminaba de consumirse. Hedía a los caballos que dormitaban sobre el suelo. Cerca de ellos se oía roncar a dos personas. Se trataba de

Étienne y del otro soldado, al que enseguida reconoció: era quien, fingiendo que llegaba de Foix, nos había entregado la carta de mi hermano. Estaban cubiertos por mantas sucias y también olían mal. Seguramente llevaban muchas horas sin mudarse de ropa. Junto a ellos, apoyadas en la pared, se veían unas sacas.

«Seguro que es su botín», pensé.

Étienne, dormido, tenía una expresión de inocencia casi angelical. Pese a su bozo y a sus cabellos rapados, conservaba un rostro infantil que se suavizaba aún más cuando cerraba los ojos y permanecía en reposo. Le di un beso en la mejilla (la moneda que debemos entregar al rey del sueño cuando queremos robarle un alma) y después le susurré al oído unas palabras de Homero que el abuelo nos recitaba cuando debía levantarnos de la cama:

—«No debe dormir toda la noche el príncipe en quién confían los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas cosas».

Sus labios esbozaron una sonrisa y pestañeó.

—¡Roch! Hacía años que nadie me despertaba con tanta dulzura. ¿Qué haces aquí?

En realidad, yo estaba furioso. Su voz alegre avivó mi indignación.

—¡Eres un traidor! Me has engañado. Te aprovechaste de mí para robar al abuelo y a la gente del pueblo. ¡No tienes vergüenza!

—No te ofendas, te lo puedo explicar todo.

—¿Sí? ¿Ya tienes preparadas más mentiras? ¿También puedes justificar por qué has desertado? Estaba orgulloso de ti, pensaba que ibas a vengar a Adrien, que lucharías por la libertad de Francia. Y en vez de eso, ¿qué has hecho? Reírte de tu familia, de la señorita Lescoteaux, de mí, sí, de mí más que de nadie, ¿estás contento? ¿Es lo que querías?

—Oh, no, no. De ningún modo. ¡Qué mal me juzgas, Roch! Ven, sígueme, vamos fuera. Allí podremos hablar con tranquilidad.

El otro soldado continuaba durmiendo con placidez, con los puños cerrados. Étienne se levantó, me dio la mano y me condujo hasta el exterior.

—Roch, es verdad que me serví de ti y te pido perdón por ello. No soy un desertor, lo juro, aunque todo el mundo lo crea, incluidos Dumons y Cardeilhac. Escúchame, Roch, porque eres la única persona a quien voy a confiar esto: si abandoné el Ejército y participé en el robo de anoche fue porque me han ordenado que me comporte como un traidor y me una a las tropas monárquicas del regimiento del Rosellón. Ésa es la única razón.

—¿Quién te lo ha ordenado? ¿El ciudadano Labry?

—¡Labry no sabe nada! A él es al primero a quien debo engañar. Sólo de esta manera conseguiré que nadie desconfíe de mí en España.

—Ha puesto precio a tu cabeza.

Étienne no pudo evitar sonreír y chascó los dedos.

—¡Cuánto me alegra esa noticia! ¡Eso quiere decir que se ha tragado el anzuelo! Espero que haya sido generoso y me haya tasado en lo que valgo... ¿Cuánto dinero dan por mí?

La desenvoltura y despreocupación con la que se expresaba Étienne me hacían sospechar que estaba mintiendo, porque nunca era tan elocuente como cuando inventaba embustes.

—¿Quién te ha ordenado que te comportes así?

Pareció dudar. Miró hacia todas partes y después me susurró al oído:

—Robespierre.

Eso era el colmo, lo último que esperaba escuchar. Me enfadé y eché a andar hacia el bosque.

—¡No me tienes ningún respeto, Étienne! ¿Crees que puedes engañarme siempre?

Salió corriendo detrás de mí, me agarró de los hombros y me obligó a mirarle a los ojos.

—Te he dicho la verdad, Roch.

—Ya, ¿y de qué conoces tú a Robespierre, vamos a ver?

—¡Somos amigos!

—¡Amigos! ¡Etienne, por favor!

—Bueno, quizá no hayamos tenido tanto trato como para considerarnos íntimos, pero, como diría el abuelo, nos dispensamos mutua simpatía, ésa es la verdad. Robespierre me vio en el teatro de Sens cuando representábamos la tragedia de Orestes. Al final, saludó a los actores y se interesó por mí. Parece que estaba muy impresionado por mis dotes para el drama. Estuvimos hablando largo tiempo; oh, Roch, es un hombre admirable, la primera inteligencia de la nación. Aseguró que el destino de Francia entre los pueblos civilizados se parecía al del héroe Orestes, cuyo sentido de la justicia le obliga a ser implacable incluso con su propia madre y por ello padece la persecución y el odio de todos los tibios y los malvados. Me dedicó palabras muy generosas y afirmó que mi interpretación le había encogido el alma. Semanas después, cuando me apresaron por haber sido seminarista, conseguí enviarle una carta, ordenó mi libertad y me citó en París. Fue una entrevista muy emocionante, imagínate, allí estaba por segunda vez con el ciudadano Robespierre, el alma de la revolución, el hombre más poderoso de nuestra

República, mi protector. Dijo que había pensado mucho en mí y que era la persona más adecuada para cumplir la misión que me iba a encomendar.

—Y Robespierre te pidió que ingresaras en el Ejército y que luego desertaras.

—Aunque te sorprenda, así es. Quiere que vaya a España y me gane la confianza de los jefes enemigos, simulando que soy de su partido. Y para ello, he de pasar por traidor incluso ante mis propios jefes y compañeros de armas. Fue el mismo Robespierre quien me sugirió que formara parte del escuadrón de húsares que iba a escoltar al delegado Labry hasta el cuartel general del Ejército de los Pirineos. Durante el viaje estreché mi amistad con Dumons y Cardeilhac, que son un par de granujas sin escrúpulos. Con ellos me fugué en Toulouse hace unos días y me acompañan sólo por codicia. Ni siquiera ellos saben que estoy cumpliendo una misión secreta.

—No te creo, Étienne.

—Debes hacerlo.

—No puedo. ¿Sabes lo que pienso? Que eres un simple ladrón.

—Confía en mí, te lo pido por favor. Yo nunca he sido codicioso, no busco mi enriquecimiento. Te aseguro que todo el oro que sacamos de las casas de Montbrun, incluido el del abuelo, había sido ganado a costa de la privación y el sufrimiento ajenos. No hemos arrebatado una sola moneda a ninguna persona honrada o que la necesitara. No quiero este botín para mi beneficio, pero lo necesito para sobrevivir en España, para sobornar a los corruptos y tener trato con los generales y los aristócratas que conspiran contra nosotros desde allí. No me enorgullece convertirme en un asaltador de casas ajenas, pero es lo que me exige en estos momentos mi deber como francés. ¿Me ves capaz de traicionar a la República, de pisar así la memoria de nuestro hermano Adrien?

—Te creo capaz de cualquier cosa.

—Oh, Roch, ¿cómo podría convencerte?

Me aparté unos pasos de él. Necesitaba despejarme. Era consciente de que la capacidad fabuladora de Étienne no tenía límites, que lo que me había contado acerca de Robespierre podía ser una patraña más. Sin embargo, deseaba que sus palabras fueran ciertas. ¿Y si, por una vez, se estaba comportando con nobleza? Desde luego, si alguien era capaz de sacrificar su reputación y de arriesgar su vida por el bien de Francia (o por cualquier otro ideal menos noble), ése era mi hermano.

—¿Me crees, Roch? —insistió.

—No sé, Étienne. Me parece todo tan raro... ¿Qué pasaría si Labry te atrapara?

—Formaría un consejo de guerra, me juzgaría y me fusilaría por desertor en menos de veinticuatro horas.

—¿Y si le confieras que tienes órdenes de Robespierre?

—En ese caso, pensará que miento, se reirá de mí o lo tomará como un insulto hacia El Incorruptible. El delegado Labry no se caracteriza por su sentido del humor. Lo que es seguro es que no va a perder tiempo mandando un correo a París para averiguar la verdad.

Nos quedamos un rato en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos. Era cerca del mediodía. Había madrugado tanto y habían sucedido tantas cosas en pocas horas que me daba la sensación de que el tiempo no avanzaba, que dentro de cada minuto cabían muchos más segundos que en otras jornadas, como si viviéramos en un mundo distinto donde el sol rodaba con infinita pereza por su órbita. Por fin, Étienne volvió a tomar la palabra.

—Roch, para mí es muy importante que me creas. Todos en la comarca me van a tomar por un traidor y sólo cuando venzamos la guerra se conocerá la verdad. Entonces me considerarán un héroe, ¿te das cuenta? El propio Robespierre me pondrá la corona de los salvadores de la patria. Pero puede que ese día no llegue, que... que tenga mala suerte y me descubran en España. O que Labry me ajusticie antes. No quisiera morir con la angustia de saber que tú también me consideras un bandido sin escrúpulos.

Declaró esto con tal acento de sinceridad que no pude evitar abrazarle y demostrarle así mi asentimiento. En el interior de mi conciencia, sin embargo, tenía la sombra de duda de si Étienne no estaría actuando y de si no habría pronunciado exactamente las palabras que yo deseaba oír, aunque fueran falsas.

—¿Y qué harás cuando vuelvas? ¿Te casarás con la señorita Lescoteaux y te quedarás a vivir en Montbrun?

—¡Nequáquam! —replicó al punto, entre risas—. ¿Por quién me has tomado? ¿Establecerse un héroe como yo en una aldea para criar a los hijos de Lascacas? Vamos, por favor... Además, no puedo permitirme pensar en el futuro. Ahora mi único deber es llegar a España.

—No, Étienne. Antes tienes que hacer otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Me prometiste que salvarías al abuelo. Labry le ha llevado preso a Foix.

—¿Labry? ¿A Foix?

—Sí. Le va a juzgar por haber acaparado alimentos, por enriquecerse con el contrabando y por no sé cuántas cosas más.

Mi hermano parecía muy preocupado. De su semblante había desaparecido su habitual expresión risueña.

—Eso es terrible, Roch. El delegado es una persona implacable, no tendrá ninguna piedad de él. El destino que espera al abuelo es la guillotina. Además, si está encerrado en el castillo de Foix, va a ser imposible rescatarlo. Todo un ejército sería incapaz de tomar esa fortaleza.

—Pues debes liberarlo, Étienne. Y no sólo a él.

—¿A quién más ha detenido? ¿A nuestra madre?

—No. A Séchard. Le acusan de haber tocado las campanas anoche y también de robar en las casas. O sea, los delitos por los que nos deberían haber encerrado a nosotros.

—¿Séchard? ¿Marcel Séchard? ¿No querrás que arriesgue mi vida por él? Todo lo que le suceda le está bien empleado. Séchard es una mala persona.

—Debes ayudarlo, Étienne.

—¿Por qué?

—Porque es inocente y porque te lo pido yo.

De nuevo nos miramos fijamente a los ojos, como si a través de la mirada pudiéramos encontrar razones que no nos habíamos dicho. Después asintió con una sonrisa.

—Muy bien. Iré a Foix y liberaré a Marcel Séchard y al abuelo. Te lo prometo.

—¿Cómo lo harás? Acabas de decir que todo un ejército no podría traspasar sus murallas.

Mi hermano sonrió.

—No lo sé. Pero soy un hombre de recursos. Piensa que a veces un oso enfurecido en un bosque causa más daño al enemigo que un regimiento de cobardes en el campo de batalla. Algo se me ocurrirá.

En aquel momento se escucharon voces y disparos. Apareció Claude Dumons corriendo, con un brazo ensangrentado.

—¡Soldados! ¡Están en el bosque! ¡Nos han descubierto!

—¡Rápido, Roch, huye! —me ordenó Étienne, muy nervioso—. ¡Dumons, despierta a Cardeilhac! Dispersaos, seguid cada uno una dirección distinta, ¡deprisa! ¡Corre, Roch!

LAS COSAS SE COMPLICAN

Adrien me había enseñado que si alguna vez estaba perdido en el bosque y temía el ataque de alguna fiera, tenía que subirme a lo alto de un árbol y refugiarme allí o tratar de avanzar por las ramas, como una ardilla. Jamás debía confiar en la rapidez de mis piernas para huir por el suelo, porque cualquier animal salvaje era más rápido y más ágil que el hombre. En aquel momento no se trataba de lobos ni de jabalíes, sino de soldados, pero pensé que mi única oportunidad de salvarme era precisamente ésa: trepar a un pino y confiar en que allí encontraría un escondite. Así lo hice, y con tan buena fortuna que nadie me vio escalar. Desde la copa del árbol pude comprobar cómo un minuto más tarde unos soldados pasaban de largo corriendo, sin que ninguno sospechara que el fugitivo estaba sobre sus cabezas.

Como ya he dicho, mi cuerpo era menudo y ligero. Si alguna vez hice honor a mi apodo fue aquella tarde, cuando salté de rama en rama hasta que llegué a otro pino desde el que dominaba el claro del bosque. Desde allí vi cómo el tal Cardeilhac había sido reducido en la propia boca de la cueva, cuando salía adormilado. Dumons parecía herido de gravedad y se tendió en la hierba porque el dolor le impedía correr. Se lamentaba de que le faltaba aire y pataleaba. Los militares le despojaron de su casaca y mostró entonces el pecho ensangrentado. Pronto se calmó y se hundió en el sopor.

¿Y Étienne? ¿Habría conseguido huir?

Se oían voces entre la espesura, pero era imposible distinguir si eran gritos de júbilo o de rabia. Yo permanecía abrazado a una gran rama, expectante, rezando para que mi hermano pudiera escapar.

Me llevé una gran sorpresa cuando vi aparecer al delegado Labry y al señor Ribalet. Éste sonreía muy ufano.

—¿Has visto, ciudadano, cómo merecía la pena esperar un poco para iniciar tu camino hacia Foix? Tal y como te aseguraba, el hermano pequeño

nos conduciría al mayor. Sólo había que seguirle y llegaríamos a la madriguera de Étienne.

—Esperemos que esa alimaña no escape.

—Eso ya es cosa de tus soldados. Yo he cumplido mi parte.

Labry miró con frialdad a los dos prisioneros. Parecía fastidiado de encontrarse en aquel lugar y miraba con frecuencia hacia el cielo. Unos militares comenzaron a vaciar la cueva. Los sacos, como esperaba, estaban repletos de monedas de oro, pero el delegado se mostraba indiferente ante toda aquella riqueza recuperada. De repente, su expresión se iluminó.

—¡Ahí está!

Segundos después, vi salir del bosque a un piquete de soldados que custodiaba a Étienne. Venía con las manos atadas a la espalda y con una soga al cuello, cuyo extremo aferraba un guardián. Cuando estuvieron frente a frente, mi hermano y Labry se escrutaron, retándose con la mirada.

—Galerón, nunca habría esperado que te comportaras como lo has hecho. Tú, un traidor. Todavía me cuesta creerlo. Estoy muy decepcionado.

Étienne no respondió nada.

—¿Callas? ¿Desde cuando eres humilde? Ésa es una virtud de la que carecías por completo hace tres días. ¿Crees que así vas a ganar mi favor?

No obtuvo contestación. Labry avanzó y se colocó a apenas un paso de mi hermano. El silencio del lugar era absoluto, hasta el viento había cesado de soplar.

—Te voy a conducir al galope hasta las mazmorras de Foix. Te sentirás allí como en casa, porque están llenas de ratas. ¡En marcha!

Los soldados habían cargado los sacos de oro en las alforjas y empezaron a internarse en la floresta. El señor Ribalet detuvo con un gesto a Labry.

—¿Qué pasa con mi recompensa, ciudadano? Supongo que cumplirás tu palabra.

—Desde luego. Pero para cobrarla deberás ir al cuartel general y firmar el correspondiente recibo.

—Ciudadano, ¿qué formalidades son ésas? Me prometiste oro y aquí lo tienes en abundancia. ¿Qué más necesitas? ¿O es que la República acostumbra a faltar a sus compromisos?

El delegado detuvo una de las acémilas y descargó un saco.

—¿Te parece suficiente esto?

—Sólo quiero lo que me corresponda legalmente.

—Pues tómallo todo y date por pagado. Espero no volver a verte, ciudadano Ribalet —añadió, malhumorado, Labry, mientras ordenaba con un

gesto de su mano que continuara la marcha.

—Pero..., ¿voy a tener que cargar con este peso hasta Montbrun? ¡Labry!

El delegado no le respondió y la columna desapareció en el bosque, dejando al músico en mitad del prado. ¡Qué dolor sentí al perder de vista a mi hermano! ¡Le llevaban atado, como si fuera una bestia más! ¿Por qué no había respondido a ninguna de las provocaciones de Labry? ¿Sería capaz de dejarse matar en silencio, sin desvelar su misión? ¿Qué iba a conseguir si le fusilaban? Me sentía impotente allí, aferrado a la rama del árbol, aguantándome las lágrimas y la rabia mientras observaba al tutor, que permanecía con su saco de oro pocos metros por debajo de donde yo estaba.

El músico, con gran esfuerzo, se echó el fardo a la espalda y comenzó a avanzar dando tumbos, desequilibrado por el peso. Cada cinco zancadas se detenía a descansar. Aún así, daba la impresión de estar satisfecho, e incluso a veces silbaba una melodía o cantaba.

—*Jai perdu mon Eurydice*^[30]...

Cada vez voceaba más, parecía ebrio. Me indignaba esa alegría con la que celebraba la bajeza que acababa de cometer. El profesor de música siempre había despreciado a nuestra familia, jamás había dedicado una palabra amable ni a mis hermanas ni a mí. Yo sabía que el viejo era un fatuo, que exageraba sus méritos y conocimientos, que mentía, que su carácter estaba muy lejos de ser alegre o generoso. Pero jamás, hasta aquel momento, le había supuesto maldad. Nunca. Me entraron ganas de golpearle y, quizá, si hubiera tenido a mano una piedra, no habría dudado en dejarla caer a plomo sobre su cabeza.

Sin embargo, contuve mi ira. Aquella melodía que entonaba me dio una idea. Fui saltando de árbol en árbol y, cuando llegué al lugar apropiado, empecé a vocear desde lo alto con voz fantasmal:

—¡Ribalet! ¡Ribalet! ¡Ah, Ribalet!

El músico miró hacia el cielo, sorprendido.

—¿Quién me llama? ¿Quién es?

—¡Soy el espíritu de Gluck! ¡Uhhh!

—¡Jesús, María y José! —se persignó el músico—. ¡El espíritu de Gluck!

—Sí, vil gusano —le respondí—, soy yo y te hablo desde el reino de los muertos. ¿No te acuerdas de la deuda que tienes conmigo, comadreja inmunda?

—¡Oh! ¡Nunca había sentido tanto terror! ¡Ah, qué espanto! Toma este dinero, caballero Gluck, y perdona mis pecados. ¿Dónde lo dejo, oh, grandísimo Gluck, el mejor de los músicos del siglo?

El señor Ribalet era un pésimo actor y se notaba a la legua que fingía su miedo. Eso era precisamente lo que me convenía, que me reconociera y se confiara. Exageré el tono fantasmal.

—¡Uhhh! ¡Ahhh! ¡Oh, infame musiquillo! Ve hacia el gran pino, deja el saco al pie y vete por donde has venido; aléjate y báñate en el río de Montbrun hasta purificar tu alma, eso es lo que te ordeno.

Tal y como me figuraba, el señor Ribalet avanzó corriendo hacia el árbol, suponiendo que me escondía detrás del tronco. El saco le obligaba a caminar en zigzag hasta que el peso le hizo detenerse. Entonces lo apoyó en el suelo y dio un par de pasos más, con el puño en alto.

—Roch, bribón, ¿crees que me puedes engañar con esa estratagema? Pero ¿tú crees que vivo en la luna, como tú? Lamento decirte, bestezuela salvaje, comediante de tres al cuarto, que tu burda imitación no ha... ¡ay!, ¡socorro!

El suelo se hundió a sus pies. Había caído en una de las simas naturales que los pastores aprovechaban a veces como trampas para los lobos.

El porrazo fue de impresión. Pronto empezaron a sonar sus improperios desde el fondo del pozo.

—¡Salvaje, salteador de caminos, sepulturero! ¡Podía haberme matado con esta caída! ¿No serás capaz de abandonarme aquí?

Descendí del pino y me asomé al agujero. El músico yacía despatarrado, con las manos sobre la cabeza.

—Yo tampoco le creía a usted capaz de vendernos. ¡Judas!

Le insulté con un tono tan amargo que el señor Ribalet quedó impresionado. Sin duda temió que me fuera a vengar por su bajeza y entonces comenzó a gemir.

—¡Roch, por canda! ¿Me vas a dejar aquí atrapado, como si fuera una rata? ¿Cargarás sobre tu conciencia la muerte de un hombre? Roch, no me importa el dinero, quédatelo, pero sálvame. Por favor. Te pido perdón, Roch. No permitas que muera de hambre, de frío. ¡Roch! ¿Estás ahí? ¡Contesta, Roch! ¡Ten compasión de este pobre viejo!

—No desespere, le ayudaré. Pero no se merece ninguna piedad.

Mi primera intención, ciertamente, había sido abandonarle a su suerte, pero recapacité. Nadie, ni siquiera el señor Ribalet, merecía una tortura así. Dos pasos más atrás de la trampa estaba el saco lleno de oro. Aquello nos pertenecía, así que decidí esconderlo: a media legua de allí, cerca de un manantial, había un boquete en la roca donde solíamos dejar la ropa, las navajas y la merienda mientras nos bañábamos Adrien, Étienne y yo. Era un lugar protegido, muy bien camuflado. Decidí llevarlo hasta allí. El costal era

en verdad pesado y difícil de transportar, por lo que tuve que dividir su carga y hacer varios viajes.

Después me acerqué a la cueva. Entre los despojos que habían dejado los soldados había varias cuerdas. Las anudé hasta formar una suficientemente larga como para alcanzar el fondo del agujero en el que se encontraba el señor Ribalet. Até un extremo al tronco de un árbol y le arrojé el otro.

—Agárrese a la cuerda y suba, ya es libre.

—Pero... ¿no hay una escalera o algo más seguro? ¡No voy a ser capaz de trepar hasta arriba! ¡Estoy hundido en un abismo!

—Tendrá que intentarlo. ¡Adiós!

Me marché corriendo, sin atender a sus remilgos. No quise esperar a ver su cara cuando saliera del pozo. Creo que no habría podido contener el impulso de volver a arrojarle al fondo y de dejarle allí para siempre.

UNA VOZ DESESPERADA

Nunca me había sentido tan triste como aquel día, mientras atravesaba el bosque camino de Montbrun. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de que un grupo de hombres me seguía? Tenían que haberlo hecho a gran distancia, pues sólo así se podía explicar que no les oyera. Seguramente se guiaron por el rastro de heléchos machacados que había ido dejando a mis espaldas. La prisa por encontrarme con mi hermano me había hecho descuidar una regla fundamental que Adrien siempre repetía: un buen cazador no deja huellas en el bosque o de otro modo se convierte en presa de los guardias del coto. Así había sucedido conmigo.

Me dolía haber sido tan descuidado, pero también me atenazaba el corazón saber que el abuelo y Étienne estaban presos, acusados de delitos espantosos. ¿Sería cierto que los negocios del abuelo eran tan inmorales como había asegurado Labry? Quizá sí, mi propio hermano lo había afirmado: «No hemos arrebatado una sola moneda a ninguna persona honrada». ¿Y la historia de Robespierre? ¿Qué habría de verdad en ella? Étienne la había relatado mirándome a los ojos, ¿debía creerle esta vez?

El viento, después de un rato de calma, apareció de nuevo, racheado, frío y húmedo. A diferencia de por la mañana, ahora arrastraba consigo nubes, en dirección a la montaña. De seguir empeorando el tiempo, seguramente volvería a desencadenarse una tormenta. Mi ánimo comenzaba a ponerse tan oscuro y revuelto como el cielo.

Cuando llegué a Montbrun después de más de dos horas de marcha, me encontré con mi madre y mis hermanas instaladas en un carro, a punto de marchar. Gaspard acomodaba los últimos trastos entre los adrales^[31].

—¡Roch! ¿Dónde has estado?

Me abrazó y me cubrió de besos. Mi madre tenía ojeras y aspecto cansado.

—Volvemos a La Savarite, no quiero dormir nunca más en esta casa. A partir de ahora permaneceremos en la granja, trabajaremos con nuestras manos y todo será como antes. Anda, sube al carro.

—¿Y mis cosas?

—¿Tus cosas? Lo han saqueado todo, primero los soldados y luego los brutos del pueblo. Hemos recogido lo poco que ha quedado sano. No hay más.

Ambos miramos a un tiempo hacia la fachada. Las puertas y ventanas tenían los postigos arrancados y mostraban jirones de cortinas que el viento pugnaba por terminar de desprender.

—¿Puedo mirar dentro? Quizá haya algo que me sirva.

—Hazlo si quieres, pero tendrás que ir a La Savarite andando.

—No me importa.

Mi madre asintió tristemente.

—Muy bien, nosotros nos marchamos ya. Pero no te hagas ilusiones de encontrar nada. Nos han robado hasta los devocionarios. Ah, toma este pedazo de pan. Es lo único que queda.

—No tengo hambre, gracias.

—Quédatelo para más tarde. Y no te entretengas mucho, hijo mío.

—Gracias, madre.

Me besó en la frente y después indicó a Gaspard que iniciara la marcha hacia La Savarite. Entré en la casa. Entre sus muros hacía aún más frío que en la calle y el viento se movía como una serpiente en su madriguera. El suelo estaba lleno de cascotes, ya que el furor destructor de los saqueadores les había llevado hasta a arrancar las jambas de las puertas. En un rincón de mi cuarto descubrí la cartela del VSR, pisoteada. Parecía que había pasado por allí una horda. En el suelo se acumulaban menudencias, trizas y restos informes que ya no se sabía a qué objeto pertenecieron. El altar del abuelo había desaparecido y las figuras rotas que representaban a los antepasados se esparcían por las esquinas. De la escarapela de Adrien no había ni rastro. Me sentía desesperado, lleno de odio. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo iba a liberar a mi hermano, a Séchard y al abuelo de la cárcel? Debía tomar alguna decisión, pero ¿cuál? El castillo de Foix era inexpugnable. Sus tres torres eran el símbolo del poder de sus condes durante la época feudal. Un ejército no podría tomarlas, había asegurado Étienne. ¿Cómo iba a entrar yo allí?

Cerré los ojos. En aquel mismo momento sentí una voz de trueno:

—¡Roch!

Me sobresalté. ¿Quién hablaba? En la casa no había nadie. Ante mí estaba la mancha en la pared que indicaba el lugar que había ocupado el altar. ¿Habría sido un golpe de viento lo que me había sugestionado de esa manera?

—¿Quién está ahí? —grité.

Pero no había nadie.

Me senté en un rincón, desesperado. Sin querer, cerré de nuevo los ojos. Y entonces, como si naciera de la oscuridad de mi propia cabeza, escuché de nuevo mi nombre:

—¡Roch! ¡Roch! ¡Escúchame!

A la vez que sonaban estas palabras, me empezó a dominar una sensación de vértigo, como si navegara en mitad del oleaje. Todo esto, tanto el mareo como la voz, desapareció en cuanto abrí los párpados.

Me asusté. Por inexplicable que resultara, esa presencia estaba dentro de mí y sólo se manifestaba cuando me quedaba a ciegas. Alguien quería hablarme y yo no me atrevía a cerrar los ojos de nuevo. El corazón comenzó a palpitarme de forma desbocada. Sudaba. Por fin, me armé de valor y me tapé los ojos con las manos. Al punto, surgió de nuevo la misma voz.

Según fluían las palabras, sentía que la fiebre aumentaba, el corazón se aceleraba aún más y me cubría de sudor de la cabeza a los pies.

—Roch, soy tu abuela, que te habla desde las tinieblas. No abras los ojos, Roch. Los muertos y los vivos no podemos mezclarnos, pero un santo muy poderoso protege a tu hermano. Él salvó su estatua en Sens y hoy, a través de ti, quiere ayudarlo. Escúchame, Roch. Tu bondad te ha hecho acreedor de un don. Es el siguiente: todas las mentiras que en algún momento has tomado por ciertas, se convertirán en realidad para ti y para los que estén contigo durante unas horas, justo hasta que el sol desaparezca en el horizonte, despierten los murciélagos y la oscuridad se haga dueña del mundo. Si administras con inteligencia este arma, podrás salvar a los tuyos. Debes darte prisa, Roch. El buen Dios te protege.

Me faltaba el aire, me sofocaba. Tenía que esforzarme en apretar las manos sobre los ojos porque los párpados pugnaban por abrirse y buscar la luz. Pero este esfuerzo me impedía concentrarme. Me castañeteaban los dientes, los oídos me dolían, cada palabra que llegaba a mi cabeza aumentaba la llama de mi agitación. Sentía que el suelo vibraba, que las paredes temblaban, parecía que me estaba resbalando por una pendiente mientras aquella voz interior, tan hermosa y tan distinta a la que conocía de mi abuela, me dictaba tal mensaje. Por fin, no pude soportar más la presión que sentía en la cabeza y en los pulmones y abrí los ojos. Grité.

La voz desapareció. Estaba tan aturdido que no me podía levantar del suelo. Tuve que esperar un buen rato hasta que estuve seguro de que las piernas me iban a sujetar.

Entonces, salí corriendo al exterior.

CAMINO DE FOIX

Tenía que ponerme en camino hacia Foix de inmediato. No sabía de qué me iba a servir el don que había anunciado mi abuela, pero debía entrar en la fortaleza y salvar a Étienne, a mi abuelo y a Séchard. Si fuera necesario, escalaría los muros con los dientes, me enfrentaría a todo el Ejército, a Labry y sus húsares, a quien se me pusiera por delante, pero iba a rescatarles: ése era mi único pensamiento.

Serían, aproximadamente, las tres y media de la tarde. Sólo quedaban un par de horas de luz. Las nubes tapiaban de negro el horizonte y el viento parecía empeñado en tumbar los árboles. Foix distaba de Montbrun unas catorce leguas, lo que significaba que, incluso andando a buen ritmo, nunca llegaría a tiempo para emplear mis poderes, si es que los tenía. ¿Cuál de esas mentiras que yo había dado por ciertas podría socorrerme? Por más que meditaba, no hallaba nada útil en ninguna de las patrañas de Étienne.

Debía conseguir una montura. En el pueblo todas las caballerías servían para tirar de los carros o para arar y, por tanto, eran animales lentos con los que no podía contar para llegar antes del crepúsculo. En tiempos, el señor Lescoteaux tuvo una yegua de paseo, pero la vendió después de sufrir una caída (todavía cojeaba por aquel accidente, ya que el peso del animal le aplastó una pierna). La única posibilidad era que me prestaran alguna cabalgadura veloz en la primera granja del camino. Eché a andar con rapidez. De repente sentí un hambre canina y devoré, sin dejar de trotar, el pedazo de pan que me había entregado mi madre.

Pronto noté una punzada en el costado y tuve que detenerme. El cansancio empezaba a dominarme y estaba agotado por el esfuerzo. Pero era necesario seguir, no podía rendirme.

Un trueno sonó como un portazo en la lejanía. Los pájaros volaban a ras de tierra. El aire traía aliento de humedad.

En aquel instante, escuché que se acercaba una carreta. Era la de Vidal, inconfundible con sus lonas sucias que vibraban al viento.

—¿Cómo estás, muchacho? —me saludó, deteniéndose.

Me encogí de hombros, mudo. De repente me vi sin ánimo para articular ninguna palabra amable. ¿Cómo estaba? Cansado, triste, decepcionado, confuso... ¿Qué podía responder?

—Siento mucho lo de tu abuelo y también cómo se ha comportado la gente del pueblo con tu familia. Hay personas que no tienen corazón —prosiguió—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Dónde va, Vidal?

—A Foix.

—¿Me permite acompañarle? Tengo dinero para pagar el viaje.

En efecto, en los bolsos llevaba monedas del saco que había escondido en el bosque. Vidal se rio.

—Guarda eso y utilízalo cuando lo necesites. ¿Para qué quieres ir a Foix?

—Allí están presos mi abuelo y mi hermano Étienne. Les van a juzgar y... —la emoción me impedía expresarme—. Si no llego antes de que amanezca, quizá nunca más vuelva a verlos vivos.

Asintió con expresión triste.

—Sube, Roch. Precisamente me dirijo al castillo.

Me ofreció su brazo y pude sentarme a su lado, en el pescante. La carreta volvió a moverse con lentitud.

—¿Le permiten entrar en la prisión? —pregunté, ilusionado.

—Tengo tratos con el almacenero del castillo. Ahora, con la guerra, hay mucha actividad allí. Continuamente se alojan nuevas tropas que van camino del frente y el número de prisioneros no deja de crecer. Compro herramientas melladas, sábanas, ropas viejas... Muchas son de los condenados o de gente que ha muerto por enfermedad. Casi siempre se trata de harapos infames, pero nunca falta alguien más pobre que puede vestirse con ellos.

—¿Comercia con eso?

—Cualquier cosa que a ti te sobre, otro la necesitará. El capote de un muerto sigue abrigando, su calor no se pierde con el del cuerpo al que cubrió. Si alguien pasa frío, no sé qué mal hay en proporcionárselo.

Estuvimos un rato sin hablar. Después le pregunté:

—Entonces, ¿entraré con usted en la cárcel?

—Podrás venir conmigo hasta el interior del castillo, pero eso no quiere decir que puedas llegar hasta los calabozos. Siento desilusionarte, Roch, pero creo que es imposible que te permitan visitar a tus familiares.

—¿Cuánto tardaremos?

—Depende de cómo encontremos el camino, pero por muy bien que se nos den las cosas, nunca llegaremos antes de mañana hacia el mediodía. Dentro de dos horas ya no se verá nada y tendremos que hacer noche al raso.

—¡Pero entonces será demasiado tarde!

—Demasiado tarde ¿para qué? El mundo no se va a acabar hoy.

—Para mi hermano, sí.

El judío me miró compasivo y me acarició el cabello.

—Pareces agotado, Roch. Ve dentro y acuéstate, intenta dormir un rato.

—Gracias, Vidal.

Era una buena idea. Necesitaba serenarme y trazar un plan. Los caballos avanzaban a paso humano, hundiendo sus pezuñas en el barro y tirando con dificultad del carro cargado hasta los topes. Dentro del toldo vi objetos que habían pertenecido a nuestra casa y que seguramente Vidal había comprado a los saqueadores. ¿Sabía el comerciante la procedencia de su mercancía? Allí encontré, entre otros cachivaches, una pulsera con forma de salamandra: sin duda era la que había colocado en el badajo de la campana y que alguien había retirado y vendido.

Sentí rabia. Con ella habían empezado todas mis desgracias, ojalá nunca la hubiera encontrado.

Después medité y me di cuenta de que, en realidad, las cosas estarían igual de embrolladas con salamandra o sin ella. El abuelo habría caído en poder de Labry de todas maneras y Étienne continuaría siendo un proscrito. La salamandra sólo había torcido el destino de Marcel Séchard.

La lentitud de la marcha me exasperaba. ¿No habría una forma de avanzar con mayor diligencia? Seguí revolviendo entre las mercancías y descubrí, con un vuelco del corazón, la piel de oso que cubría mi cama. Me arropé con ella para tratar de mitigar el frío. Estaba indignado, triste. Cerré los ojos, por si surgía de nuevo una voz que me indicara qué debía hacer. Pero sólo escuchaba el chirrido de los ejes de la carreta, el ladrido de algún perro y el canturreo con el que el ropavejero se entretenía. Vidal tenía una voz bonita y cantaba la historia de una muchacha que por las noches siente el beso de un amante desconocido, hasta que se da cuenta de que esa caricia no procede de ningún labio, sino del viento que se cuele por su ventana abierta.

De repente, una especie de relámpago cruzó por el interior de mi mente e iluminó mis ideas. ¡Sí! ¡Lo tenía! ¡Ya sabía lo que debía hacer!

Me levanté y, presuroso, volví al pescante.

—¡Qué corta ha sido tu siesta, Roch!

—Vidal, ¿confía usted en mí?

—Qué pregunta más extraña, muchachito.

—Respóndame, por favor. Dígame si puede ayudarme.

—Según lo que quieras hacer.

—Quiero liberar a los presos de las mazmorras de Foix.

Al mercader le entró un ataque de risa. Luego se contuvo y me miró con lástima, arrepentido de sus risotadas.

—Roch, hijo mío, eso es imposible. ¿Has visto alguna vez el castillo? ¡Es inexpugnable! Te lo puedo asegurar porque lo conozco bien.

—Comprar ropas usadas en un almacén no significa conocerlo bien.

—También he estado en sus celdas, Roch —replicó con tono sombrío—. Me encerraron durante varias semanas junto a otros judíos de la comarca hasta que las nuevas autoridades decidieron que éramos humanos y que, incluso, teníamos derecho a la ciudadanía francesa.

En el tono de Vidal se reconocía amargura y resentimiento. Después de una pausa, continuó:

—Sé que esto es muy doloroso para ti, pero te aseguro que es imposible evadirse del castillo. Mientras estuve encerrado no tenía otra idea. Mi mujer y mis hijos estaban en Perpiñán, no sabían nada de mi suerte ni yo de la suya, nos prohibieron la comunicación. Fue algo inhumano, sobrevivimos en condiciones indignas. La fortaleza de Foix es una construcción sólida, pero inhabitable: está llena de humedades, es oscura, sucia, sus muros están negros como el toldo de la carreta. Estar en esos calabozos es lo más parecido a enterrarse en vida... La única forma de salir consiste en que el tribunal te considere inocente.

—Mi familia ya está condenada antes de haber sido juzgada. Tengo que rescatarla.

—Te repito que es imposible, Roch. Entre otras cosas, porque no vamos a llegar a tiempo. Fíjate en el camino.

Vidal detuvo el carruaje.

—Lo más prudente será que regresemos a Montbrun. Lo siento mucho, hijo mío. Reza a tu Dios y confía en su justicia.

—Permítame intentar una cosa, por favor.

Me acerqué a cada uno de los percherones del tiro y les soplé en la oreja:

—«Corre, Felisa, que tengo prisa».

Después, me encaramé de nuevo en el pescante y grité:

—¡A Foix!

Ahora tenía la oportunidad de comprobar si la voz de la abuela había sido algo más que una alucinación. Étienne me había asegurado que con aquellas palabras mágicas llegaría a mi destino de forma inmediata. Los caballos echaron a andar y avanzaron unos metros. Si el don que se me había concedido era cierto, en cualquier momento debían aparecer las murallas de Foix. Pero no fue así. Estábamos en el mismo camino barroso, a punto de atorarnos. Ni siquiera avanzábamos con mayor ligereza.

—¡A Foix! —grité de nuevo, como si la ciudad fuera a aparecer sólo por invocarla.

—Pero ¿qué es lo que pretendes, muchacho? ¿Te crees un brujo? La magia no existe, me temo.

—¡Corre Felisa, que tengo prisa! ¡A Foix! ¡A Foix! —repetí con más fuerza.

Pero no sucedió nada. Vidal me acarició la cabeza. Empecé a llorar.

—Tengo un plan para liberar a mi hermano, Vidal. Pero necesito llegar a Foix antes de que anochezca. Van a matar a mi familia, Vidal. Yo puedo liberarles, se lo aseguro. Sé que puedo.

—Ay, muchacho, muchacho, deja de llorar. No sé si no me arrepentiré de lo que voy a hacer. ¡So! —ordenó a los percherones.

Después, echó pie al suelo.

—Anda, ayúdame a vaciar la carreta. Sin peso, podremos avanzar deprisa y, si Dios nos ayuda, nos presentaremos allí antes de que se ponga el sol.

Y, diciendo esto, empezó a arrojar su mercancía a la cuneta.

LAS MAZMORRAS DEL CASTILLO DE FOIX

El castillo de Foix se asienta sobre un gran peñasco, dominando la ciudad, el valle y las montañas vecinas. Todo el que quiera viajar a España por Andorra ha de pasar antes bajo sus almenas. Posee un perfil inconfundible, con tres torres macizas, una de ellas circular y las otras cuadradas. Quizá porque su estampa recordaba tanto a los tiempos de los condes y el feudalismo, las autoridades revolucionarias habían colocado banderolas con los colores de Francia que, justo en aquel momento, varios soldados trataban de descolgar porque el viento amenazaba con arrancarlas. La puerta del castillo estaba flanqueada por dos grandes letreros en los que se leían sendos lemas: «Unidad e indivisibilidad de la República», proclamaba uno, y «Libertad, igualdad o muerte», anunciaba el otro.

A Vidal le castañeteaban los dientes, y no precisamente por el frío. Su palidez se acentuó cuando el capitán Gaillard, que era el oficial que autorizaba las entradas en el castillo, se acercó al carromato.

—Pero ¿qué te ha pasado, judío? ¡Has perdido la mitad de las lonas de la carreta!

—Ha... ha... ha sido la tormenta; las ha arrancado.

—¿Vienes solo?

—Sssí. Ya ves que sí. Claro que sí.

—¿Y qué llevas ahí?

Señaló al gran cesto que estaba a su lado, sobre el pescante.

—U... u... un o... o... oso.

—¿Qué has dicho? ¿Un oso? Eso habrá que verlo.

El capitán Gaillard se izó sobre el estribo y retiró el paño que cubría la boca del capazo. Allí, en efecto, apareció un osezo.

—¡Oh! ¡Qué monada! Bueno, seamos precisos, ¡qué osada!

El capitán Gaillard se preciaba de ser muy puntilloso con el lenguaje y siempre buscaba las vueltas a las palabras.

El oficial comenzó entonces a acariciarme. Sí, digo «acariciarme» porque debajo de la piel del animal estaba yo escondido. El comerciante la había cosido con gran habilidad, disimulando las costuras y utilizando el toldo como relleno en la zona de la barriga. Fue tan hábil con las agujas que cualquiera podría haber jurado que yo era un oseño de verdad y no un niño disfrazado.

—¿Dónde lo has cazado? —preguntó el oficial al judío mientras me atusaba.

Sus movimientos eran tan rudos que me hacían daño. El pobre Vidal sudaba por todos los poros.

—Lo... lo... lo he encontrado en las... las... las puertas de la... la... la ciudad.

Y se calló. Parecía incapaz de articular una palabra más. Si no declaraba lo que habíamos convenido, mi plan se iría a pique, así que me desentendí del militar y le di un zarpazo en el brazo al mercader, para ver si reaccionaba.

—¡Qué malas pulgas tiene el bicho! —exclamó el capitán Gaillard—. ¡Se nota que es una fiera salvaje!

—Oh, no, de ninguna manera, es inofensivo, lo conozco bien.

—¿No decías que lo acabas de recoger?

—Sí, claro, pero ya lo había visto antes, muchas veces, muchas. Está amaestrado. Vive en Montbrun y pertenece a los Galerón. Ha venido andando hasta aquí.

—¿Desde Montbrun? ¿Él solo?

—Sí, sí, sí.

—¿Por qué lo ha hecho?

—He oído decir que su amo permanece aquí encarcelado.

—¡Oh! ¡Qué cosa más extraordinaria! ¿Habéis visto alguna vez algo igual?

El oficial se dirigió a los soldados de guardia, que se acercaron al carromato para conocer la noticia que tanto asombraba a su jefe.

—¡El oseño ha venido desde Montbrun hasta Foix! Y todo porque hemos apresado a su amo, ¿no es conmovedor? Estas historias son las que cuenta Esopo en sus fábulas y de ellas se extraen enseñanzas provechosísimas para la humanidad. Si aquí hubiera algún filósofo, lo pondría en verso y todos lloraríamos de la emoción.

El resto de los militares parecía menos impresionado:

—En mi comarca se dice que, hace años, un gato recorrió más de cien leguas detrás de una monja muy guapa a la que trasladaron de convento —

aseguró uno.

—Y un tío mío escuchó en París cómo contaban que un chucho se quedó en la puerta de la iglesia donde habían enterrado a su dueño y que no admitió comida ni bebida hasta que murió de pena.

—Entonces moriría de hambre y de sed, zoquete —refunfuñó el oficial—. Sí, yo también he oído cuentecillos así, pero ¿alguna vez habíais visto con vuestros propios ojos a un oso que haya hecho lo que este cachorro? ¡Ha venido desde Montbrun! ¿Os dais cuenta, tarugos? ¡Tan pequeño! Los osos no ven ni torta, están medio ciegos, sólo les funciona el sentido del olfato. ¡Qué prodigio! ¡Qué fidelidad! ¡Qué intuición la de la bestia, que sabe que su amo está en peligro y que quizá no le vuelva a ver! Esto es amor, soldados, amor osuno, pero amor al fin y al cabo, de la misma ley del que se profesan los esposos o los hermanos o los buenos ciudadanos, amor, amor, ¡amor!

Por juicios como los anteriores, el capitán Gaillard tenía fama de poeta entre sus compañeros de armas.

—Ciudadano —se dirigió ahora a Vidal—. Con tu permiso, me llevo al cachorro. Hablaré con el carcelero y le concederemos la gracia de visitar la celda de su amo. ¿No crees que es lo que merece su comportamiento heroico?

—Sí, sí, heroico, desde luego, cómo no —aseguró Vidal, sorprendido de que las cosas transcurrieran con tanta facilidad, tal y como yo le había predicho—. No tienes por qué pedirme permiso, ya te he dicho que el héroe, digo, el osito, no es mío...

—Ya sé que no debo pedirte ninguna autorización, sólo pretendía ser amable —replicó el oficial que, pese a su sensibilidad lírica, parecía tener malas pulgas—. Vamos, sácalo del cesto y ayúdame a bajarlo al suelo. ¿Cómo dices que se llama su amo?

—Es de los Galerón, de Montbrun.

—Conforme. Tú puedes ir al almacén. Creo que hay ropas viejas y sábanas rotas que te interesarán.

—Gracias. Mucha suerte, cachorrito, eres muy valiente —me deseó Vidal.



El alcaide Jouret, gobernador de la fortaleza, me observaba con asco.

—Tienes el corazón demasiado blando —le reprochó a Gaillard después de inspeccionarme un rato en silencio.

El capitán me había conducido con gran paciencia (ya que yo caminaba muy despacio a cuatro patas) hasta el mismo corazón del castillo, donde tenía

su cuarto el alcaide. Después, me había cogido en brazos y me había depositado sobre su mesa.

Jouret continuó:

—A mí no me enterece esa historia. No me la creo, me parece un cuento chino. Es imposible que un cachorro llegue tan lejos en tan poco tiempo, no hace ni una hora que el delegado Labry entró con los desertores, ¿cómo explica que un oseño haya corrido casi a la misma velocidad que los caballos? Quizá se lo ha inventado el judío para distraerte e introducir de matute alguna mercancía en la fortaleza. ¿Habéis registrado el carromato?

—Oh, sí, por supuesto —mintió y, al punto, sus mejillas enrojecieron.

—Además —continuó el carcelero—, ¿por qué deberíamos conceder a un enemigo de la República el privilegio de disfrutar de un bicho de su propiedad? Si con todos los presos nos comportáramos así, el castillo parecería el arca de Noé, ¿no crees? Imagínatelo, ¿quién no tiene un perro, un gato, un caballo de su predilección?

—Sí, claro, no había reparado en eso...

Las cosas se estaban torciendo. Aquel hombre inflexible no estaba dispuesto a que me llevaran junto a mi hermano, con lo que mi plan se vendría abajo y no serviría de nada haber llegado hasta allí. El tal Jouret era civil y había sido nombrado gobernador del presidio por el propio Comité de Salvación Pública. Al igual que Jacques Labry, tenía por misión controlar a los jefes militares y asegurarse de que los principios revolucionarios se aplicaran con rigor en una zona que, hasta entonces, se había caracterizado por la desorganización y la ineficacia. Jouret miraba al capitán Gaillard con la misma repugnancia con la que juzgaba mi apariencia osuna, insensible a los gemidos que de vez en cuando emitía para tratar de ablandar su corazón. Para él, aquel oseño no merecía ninguna piedad y seguramente lo próximo que ordenaría sería que me arrojaran fuera del castillo o que me mataran y sirvieran mis chuletas de cena.

—Lamento haberte importunado, ciudadano Jouret. Con tu permiso —se excusó, al fin, el capitán, e hizo ademán de retirarse.

No podía permitir que me devolvieran a la calle, así que, sin pensarlo dos veces, salté al suelo y salí corriendo por los pasillos.

—¡Se escapa! —gritó Jouret—. ¡Atrapa a ese bicho!

Supuse que los presos estarían encerrados en los sótanos, así que tomé los corredores y las escaleras que descendían. El disfraz de oso me estorbaba, tenía los ojos a la altura de la boca del animal y apenas veía. Varias veces estuve a punto de rodar y a menudo crucé habitaciones en las que unos

soldados, incrédulos, se quedaban paralizados viendo cómo un oso pasaba a toda velocidad.

La intuición me guió por aquel dédalo hasta que, por fin, llegué a un lóbrego pasillo abovedado en el que se abrían distintas puertas de madera que, en su zona superior, poseían un ventanuco enrejado, demasiado elevado para que pudiera asomarme por él. Aquel corredor no tenía salida. El techo mostraba manchones de humedad y olía a ese tufo propio de las bodegas o de los subterráneos. Detrás de esas puertas se presentía gente. Quise hablar, pero me faltaba el aliento, no podía articular ni una palabra. Ya oía los pasos de mis perseguidores, que estaban a punto de entrar. A la desesperada, pude pronunciar:

—¡Étienne! ¡Étienne!

La voz que surgió desde mi garganta fue muy distinta a la mía natural, casi parecía más un rugido, como si me hubiera convertido en un oso de verdad. Pero, pese a todo, mi mensaje se entendió, porque escuché cómo mi hermano respondía desde detrás de uno de aquellos portones.

—¿Quién me llama?

En aquel momento aparecieron en el pasillo el alcaide y los demás soldados.

—¡Vaya carrera que nos has obligado a dar, pequeño! —exclamó el carcelero mientras me forzaba a tumbarme en el suelo.

—Desde luego, es un ejemplo de fidelidad conmovedora —murmuró—. Si no llego a verlo, no lo creo. Tienes que amar mucho a tu dueño. ¡Nunca hubiera imaginado que un oso fuera capaz de correr de esta manera!

Para mi sorpresa, seguía convencido de que yo era un animal. No sólo eso: mi fuga le había inspirado más clemencia que todas las razones de Gaillard juntas.

—¿Te das cuenta de que lo que contaba el judío era cierto? —intervino el capitán—. ¡Ha caminado desde Montbrun! Y ahora, guiándose por el olfato, ha conseguido llegar hasta donde está su amo, ¿no es extraordinario?

—Sí, desde luego. A veces los animales desarrollan afectos más profundos que los hombres.

—¡Ya lo creo! *Bucéfalo* y Alejandro Magno eran uña y carne, y Diógenes aprendió su filosofía observando a los perros...

—Ya, ya —Jouret interrumpió el parloteo del oficial—. De todos modos, sigo pensando que su dueño, un traidor y un vil enemigo de la República, recuérdalo, no se merece tener la compañía de este animal.

—Considera que a quien concedemos la merced es al cachorro, no al desertor. El osezno es quién se ha ganado la visita. Sus méritos y su virtud se han hecho acreedores de recompensa.

Jouret pareció meditar estas encendidas palabras del capitán y por fin dio su anuencia.

—Tienes razón. Soldado, abre la puerta. Iluminad la estancia con los faroles.

Descorrieron el cerrojo y entramos en la celda. Tenía el techo de ladrillo, también abovedado, aunque menos alto que el del corredor. Como carecía de ventanas, aquel lugar estaba sumido en la oscuridad, apenas aliviada por las luces de los soldados, que eran muy tenues. Sobre un banco corrido que bordeaba la pared se distinguía a siete personas. Sólo una de ellas estaba en pie, en mitad de la estancia.

Era Étienne, que se encaró con el alcaide.

—¿Quién me llamaba? —preguntó altaneramente.

El carcelero no respondió y, tirando de la correa, le mostró el cachorro.

—¿Es tuyo este animal?

Me colocó a los pies de mi hermano, pero éste me rechazó.

—No lo he visto en mi vida. Apártalo de mí, ¿quieres que me llene de pulgas?

Jouret se sorprendió.

—¿Seguro que no es tuyo? Ha venido caminando desde Montbrun hasta aquí.

Yo intenté frotarme con las piernas de Étienne para llamar su atención, pero me apartó con una patada.

—¿Bromeas? ¿Me ves con cara de que me gusten los osos? Llévatelo de aquí y déjame descansar.

No sabía cómo indicarle mi identidad. Gruñía, gemía y ya, en mi desesperación, estaba dispuesto a hablar delante de los soldados y revelar quién era, aunque con ello fracasara mi plan. Pero en aquel momento, se oyó una voz.

—Es mío.

Entre las tinieblas del fondo avanzó una figura que se agachó, me acarició y me apretó contra el pecho.

Era Marcel Séchard.



—¿Dices que es tuyo? —le preguntó Jouret.

—Sí. Se llama Jilguero.

—El judío aseguró que es de los Galerón.

—Pues se equivocaba. En el pueblo el oso andaba suelto e iba de una casa a otra. Es muy manso y se acerca a cualquiera que le dé cariño. Pero me pertenece, yo lo encontré en el bosque y lo críe. Pregunte a cualquiera de Montbrun.

El carcelero y los militares parecieron quedarse conformes; Gaillard volvió a dedicar grandes elogios a la fuerza de voluntad del animal y a su capacidad de sacrificio y luego se retiraron. El alcaide, antes de cerrar el portón, se giró y añadió:

—Séchard, tu oso se ha ganado el derecho a acompañarte. Aprende de él lo que es la nobleza; pero hazlo rápido, porque quizá mañana tengas que abandonar este mundo. Lo mismo les digo a los demás, creo que Labry quiere convocar el tribunal al amanecer. Buenas noches y que soñéis con los angelitos.

Aquel último deseo lo expresó con voz tan burlesca que a nadie le cupo duda de su ironía malvada. Al cerrarse la puerta, la celda quedó de nuevo sumida en la oscuridad, sólo amortiguada por el palpito de un farolillo que había en el corredor. Los hombres permanecían callados. Séchard me acariciaba mecánicamente. La vista se me fue acostumbrando poco a poco a la ausencia de luz y, al cabo de un rato, distinguí al resto de los hombres: mi abuelo, Claude Dumons, Cardeilhac y otros dos jóvenes más que no conocía y que, según supe después, estaban encerrados por haber desertado del Ejército. En aquel momento, Étienne se dirigió a Séchard.

—¿Cómo has dicho que se llama el cachorro?

—Jilguero —respondí yo—. Marcel me ha reconocido.

Los hombres se quedaron paralizados al oír cómo el oso hablaba. Sólo Séchard parecía tranquilo y dio una palmada.

—¡Roch! ¡Estaba seguro de que eras tú!

—¿Roch? —se extrañó mi hermano.

—¡El mismo! —exclamé, arrancándome la cabeza del disfraz—. Tú me aseguraste que los que llevamos el nombre de San Roque podemos convertirnos en el animal que queramos, ¿no? Y también dijiste que a veces puede más un oso enfadado que un ejército entero, y ya ves: un regimiento quizá no pueda entrar aquí para liberarte, pero un osito sí.

—¡Roch, Roch! ¡Ave Roche carissime!

Étienne comenzó a bailar y a besarme. El abuelo también se acercó y, sin decir una sola palabra, me abrazó conmovido.

—Pobre nieto mío —exclamó después, mirándome a los ojos—. Eres muy valiente, no hay duda. Pero ¿cómo vas a sacarnos de aquí?

—Eso, ¿cómo lo vas a hacer? —preguntó Étienne—. ¿Has traído armas dentro de tu disfraz? ¿Tienes una ganzúa? ¿Cuerdas?

—No, nada de eso. Para salir de la prisión, sólo debemos volvernos invisibles.

—¿Invisibles? ¿Cómo?

—Tú ya sabes cómo, Étienne.



Estuve a punto de obligar a Étienne a beberse sus orines, tal y como había hecho él conmigo el verano de 1791, pero me conformé con asustarle. En aquella celda tan oscura, excavada en la roca, iba a ser fácil conseguir la invisibilidad que buscaba. Pero había algo más importante que esto, que no dependía de mí ni de ninguno de los que estábamos allí encerrados.

Para que mis planes se cumplieran y pudiéramos escaparnos, era imprescindible que Labry se acercara hasta nuestra mazmorra.

Quizá yo, de niño, fuera una persona muy ingenua y fácil de engañar, pero también poseía entonces una cualidad muy valiosa: era capaz de compartir los sentimientos de otro y de imaginar lo que pensaba con la misma exactitud que si fueran experiencias propias. Compartía, por ejemplo, la punzada de dolor de mi madre cada vez que el abuelo la trataba con desprecio. Podía comprender la tristeza del padre Nief cuando un feligrés se negaba a tomar la comunión de sus manos. Me escocían las humillaciones que Vidal soportaba en silencio. Yo me percataba de su dolor y lo compartía.

Confiaba en ser capaz de penetrar en la cabeza de Labry. De eso dependían nuestras vidas.

Hasta aquel momento todo había sucedido según lo previsto. La historia de un osito que había recorrido tantas leguas para encontrarse con su amo había ablandado los corazones de los soldados y me habían conducido a la celda de Étienne. Ahora, el alcaide informaría a Labry. Y éste, lejos de conmovirse, pondría el grito en el cielo. Para él, la justicia estaba por encima de la piedad y ordenaría que de inmediato expulsaran al animal del castillo.

Al menos, así lo había imaginado yo.

Pero pasaba el tiempo, Labry no bajaba y la puerta de la celda permanecía cerrada. Quizá me había equivocado al juzgarle y el delegado sí era capaz de un gesto generoso. Poco a poco me vencía el desánimo: los minutos corrían y no llegaba ningún sonido del interior del castillo indicando que alguien se acordaba de nosotros. Y al día siguiente ya sería imposible huir, pues entonces toda la tropa de Foix estaría pendiente de nuestro traslado hasta el tribunal. Nuestra única oportunidad de fuga la teníamos aquella noche.

—Tranquilo, Roch. Todo va a salir bien —me tranquilizó con un susurro la voz de Étienne.

Había vuelto a colocarme la cabeza del disfraz y permanecía solo en mitad de la celda. Recordé las palabras de Vidal: allí uno tenía la sensación de yacer bajo tierra, de haber bajado al sepulcro. Estábamos en el corazón de la roca, sobre nosotros se alzaba la fortaleza y el propio aire que respirábamos pesaba.

Empecé a sentir angustia.

El eco de unos pasos lejanos me devolvió la esperanza. Alguien se acercaba. Pronto el corredor se llenó de luz y oí cómo giraban la llave del portón que clausuraba la mazmorra.

—¡Meter un oso en el castillo! Pero ¿en qué cabeza cabe tal disparate? —refunfuñaban al otro lado de la puerta.

Y allí apareció Labry, acompañado por el alcaide y un par de soldados.

«Sólo son cuatro —pensé—. Eso significa que no sospechan nada».

—Ahí está el animal —me señaló el alcaide—. Pertenece a Séchard.

—¿Y por qué lo habéis encerrado en celda aparte?

—¿En celda aparte? —se extrañó Jouret, que todavía no había echado un vistazo al resto de la habitación.

—¿No te das cuenta? ¡Aquí no hay nadie! ¿Dónde están los prisioneros?

Jouret miró a su alrededor con cara de infinito asombro.

—¿Qué está pasando aquí, Jouret? ¿Dónde has metido a los Galerón y al resto de los presos? ¡No me dirás que toda la guarnición de Foix custodia sólo a este bicho asqueroso!

Labry me arrojó fuera, al pasillo, dándome pataditas para apartarme.

—¿Y bien? —preguntó, con voz airada.

El alcaide había empalidecido hasta adquirir el color de la nieve.

—No me lo explico, ciudadano. Nadie ha abierto las puertas, sólo yo tengo las llaves. Es imposible que hayan huido.

—¿Dónde están entonces?

—Pues... Esto escapa a la razón... No lo sé... Quizá han excavado un túnel... Es la única explicación que se me ocurre, pero no veo por dónde...

—¿Un túnel? ¡Las paredes están intactas! Además, ¡se necesitarían kilos de pólvora para abrir una brecha! ¿Estás seguro de que estaban aquí?

—Sí, por supuesto, era la única celda ocupada. Las demás se vaciaron ayer porque el tribunal condenó a todos los prisioneros. No entiendo nada. Quizá si abrimos la celda de al lado hallemos alguna pista.

—¿La celda de al lado? ¿Me estás diciendo que los prisioneros son capaces de atravesar las paredes? ¿Te has vuelto loco, Jouret? ¿Es que ahora vamos a creer en los fantasmas?

Labry, fuera de sí, se acercó a un muro y lo golpeó para comprobar su solidez. Lo mismo hicieron el alcaide y los soldados, apartándose de la puerta y dejando libre el paso. Aquél fue el momento que Étienne y los demás aprovecharon para salir a toda prisa. Cuando el último prisionero abandonó la celda, mi hermano cerró con estruendo el portón, dejando dentro a los soldados.

—Pero ¿qué ocurre ahora, alcaide? —gritó, indignado, Labry—. ¡Abre inmediatamente! ¿Dónde tienes la llave? —La... la he dejado puesta por fuera.

Étienne echó el cerrojo.



Os preguntaréis cómo fue posible que Labry y los soldados no vieran a los presos. Fue muy sencillo. Vidal me había contado que las paredes de las mazmorras, debido a la humedad y a la porquería, tenían el mismo aspecto roñoso que las lonas de su carromato, que se habían ennegrecido por estar siempre a la intemperie. Entonces tuve una iluminación: me vino a la cabeza la imagen de los lienzos pintados que las compañías ambulantes de cómicos utilizan como decorados, con los que simulan grutas, palacios o bosques. ¿Por qué no intentar un truco parecido? Vidal recordaba las dimensiones de las celdas, durante su encierro las había medido una y mil veces, así que recortamos un pedazo del toldo y lo utilicé como relleno en mi disfraz de osezno. Después, y con ayuda de unas puntas, lo desplegué ante una de las paredes laterales y lo colgué del techo a modo de cortina. Gracias a la oscuridad de la mazmorra y al color terroso y sucio de la tela, producía el mismo efecto que si fuera la propia pared. El abuelo lloraba de felicidad.

—¡Ya sabía yo que el teatro es más educativo y útil que ninguna otra cosa en el mundo! —proclamó.

Detrás de la tela se escondieron Étienne, el abuelo y los otros prisioneros. Un agujerito disimulado le permitía a mi hermano ver lo que sucedía en la celda. Entonces empezó la espera. Estaban quietos, sin emitir un sonido, alerta ante cualquier ruido que llegara del exterior. En verdad, daba la impresión de que todas las personas se habían esfumado y sólo permanecía en la celda un inofensivo osezno. Confiaba en que Labry bajara sin escolta o con pocos soldados, que entrara en la celda y que pudiéramos aprovechar su desconcierto para escapar.

Así había sucedido. Le habíamos engañado por completo. Cuando el delegado, en su furia, comenzó a golpear justamente el muro contrario al falso, terminó por favorecer nuestra huida, pues de otro modo habría sido inevitable el enfrentamiento.

Pero los soldados no tuvieron tiempo de reaccionar. Cuando quisieron girarse para ver qué sucedía, ya estaban encerrados con llave. Dispararon contra la cerradura, pero no consiguieron reventarla. Sus voces de alarma no traspasaron las gruesas paredes de aquel subterráneo. Estaban bajo tierra y así permanecerían hasta el día siguiente, cuando bajaran los soldados para llevar a los prisioneros ante el tribunal y se encontraran con la sorpresa de que allí habían dormido el delegado Labry, el alcaide Jouret y los encargados de la guardia nocturna.

Nosotros subimos corriendo la larga escalera que acababa en el cuarto del cuerpo de guardia, que afortunadamente estaba vacío.

—Venid por aquí. Conozco un pasadizo que lleva al patio.

Cardeilhac nos guió por las entrañas del castillo, que parecía conocer muy bien. Ninguna huida fue nunca tan sencilla y pronto nos vimos al aire libre, en el patio de armas. Sólo nos faltaba atravesar la muralla. En la puerta había un nutrido grupo de soldados guardándola, pero pudimos pasar sin ninguna dificultad. El capitán Gaillard peroraba sobre las muchas virtudes que los poetas habían atribuido a los osos y les tenía a todos embelesados.

—Fijaos a qué extremos llega la cosa, muchachos —les explicaba a sus hombres—, que un grupo de estrellas con forma de cazo que anda por ahí arriba se conoce como la Osa Mayor.

—¿Las estrellas tienen nombre? —se asombró uno.

—¡Pues claro!

—¿Todas?

—Hombre, pedazo de alcornoque, todas, todas, no, ¡son incontables! Pero las más gordas, sí.

Y miraban hacia el cielo, pese a que estaba cubierto por unos nubarrones oscuros, cargados de truenos, que amenazaban con descargar un diluvio en cualquier momento y que impedían que se viera un solo astro. Nadie reparó en que los hombres que abandonaban el castillo eran precisamente los presos.

Ya fuera de las murallas, echamos a correr por las calles de Foix, con la euforia de quienes han recuperado su libertad cuando sólo esperaban ya la muerte. A veces, en nuestra carrera loca hacia los arrabales de la villa, tropezamos con algún ciudadano.

—¡Mire por dónde va! ¡Casi me derriba! ¡Ni que acabara de escapar de la cárcel!

En las afueras de Foix, el grupo se separó: Dumons y Cardeilhac decidieron refugiarse en una parada de postas que conocían y donde podrían esconderles hasta que las heridas del primero sanaran; los dos muchachos que habían desertado tomaron el camino de sus respectivos pueblos y nosotros continuamos por el de Montbrun, ya que un poco más lejos debía estar esperándonos Vidal, según había acordado con él. Empezó a gotear con furia y enseguida una tromba de agua cayó sobre nosotros. La ventisca nos cegaba y pronto no pisábamos otra cosa sino barro. Por fin, llegamos a la encrucijada en la que había quedado con el judío.

—¡Roch! ¡Ya empezaba a desesperarme! ¿Has conseguido liberarlos a todos? Ah, señor Galerón, ¡cuánto me alegro de verle! ¡Séchard, un abrazo! Y usted será Étienne, ¿me equivoco?

—En absoluto. Muchas gracias por tu ayuda, ciudadano Vidal. Roch nos ha contado que renunciaste a tu mercancía por nosotros.

—Oh, sí, claro... No me pesa. Su hermano Roch estaba convencido de que podía salvarles y yo nunca me habría perdonado no ayudarlo. Mi conciencia está por encima de mi hacienda. Pero no perdamos tiempo, aún quedan cosas por hacer. He conseguido estos cuatro caballos a cambio del dinero que me entregaste, Roch. Coja cada uno de ustedes uno. Llevaré en el mío a Roch hasta La Savarite, pero ustedes es conveniente que no regresen a sus hogares, pues será el primer lugar donde les busquen los soldados. Creo que tienen amistades en Toulouse, así que les aconsejo que vayan al galope hasta allí y recurran a ellas. En una ciudad podrán esconderse con mayor facilidad y esperar a que las cosas se calmen. La guerra y el fanatismo no pueden durar indefinidamente, más tarde o temprano, todo esto acabará, Labry volverá a París y entonces ustedes podrán reunirse con sus familias.

—Me parece una solución muy juiciosa —opinó mi abuelo.

—Pues entonces, no hay tiempo que perder. Monten y ¡mucho suerte!

—Gracias por todo, Roch —me dijo el abuelo—. Has sido un enviado del Cielo para salvarnos la vida. Estoy muy orgulloso de ti.

Poco después, Séchard, Étienne y el abuelo cabalgaron en dirección a Toulouse.

—Les queda un largo viaje por delante. Y a nosotros también. ¡Arriba, Roch! Volvemos a casa.

Llovía a mares. El caballo echó a andar, despacio.

—No se ve nada, no distingo el camino. Creo que va a ser mejor que busquemos un refugio y que continuemos el viaje al amanecer.

En aquel momento, oímos el chapoteo de unas pisadas y una potente voz que nos echaba el alto.

—¡Deténte, Vidal!

Un jinete se acercaba a nosotros.

El mercader se volvió hacia mí y, con expresión de aflicción, me dijo:

—Se acabó nuestra buena suerte, Roch. Nos han descubierto.

—Creo que no, Vidal. Esa voz me suena. Creo que es...

Era Étienne.

—¡Esperadme, por favor! He dejado que Séchard y el abuelo siguieran hacia Toulouse. Yo voy con vosotros a La Savarite. Le debo una visita a nuestra madre, Roch. Vamos, ¡adelante! ¡Pica las espuelas, Vidal! ¡A La Savarite!

Los dos caballos se lanzaron al galope, como si la oscuridad, la lluvia y el barro no importaran.

LA DESPEDIDA

Aquella noche fue de gran fiesta en La Savarite. Mi madre no podía creer que aparecieran allí sus dos hijos, sanos y salvos. Estaba convencida de que Étienne nunca iba a salir vivo de Foix y mi tardanza le hacía temer que me hubiera sucedido alguna desgracia y por eso había mandado a Gaspard al pueblo, para recabar noticias de mi paradero.

—¿Y habéis podido llegar hasta aquí con esta tormenta? ¡Santa Bárbara bendita! ¡Parece imposible que no os hayáis hundido en el fango! ¡Los caminos están intransitables!

—Sí, eso nos asegura una noche de tranquilidad —añadió Étienne con júbilo—. Con un tiempo así, aunque descubran nuestra fuga, los soldados no podrán abandonar Foix. Tardaremos en verlos por La Savarite.

Mi madre se persignó ante el crucifijo. Junto a la ventana brillaba un cabo de vela que siempre encendía cuando empezaban a caer rayos sobre el valle. Quizá esa luz también nos había protegido.

—Supongo que hoy permitirá que duerma en su casa, señora —apuntó, tímidamente, Vidal.

Mi madre bajó los ojos.

—Ayer fui cobarde y le traté de forma injusta. Lo siento mucho, Vidal. Por favor, perdóneme.

—No, al contrario. Tengo que agradecerle que mandara a Roch hasta mi carromato con algo de cena. Ese gesto me conmovió y me convenció de su bondad.

Mi madre me observó, muy sorprendida, pero no le desmintió.

—Tendréis hambre. Pasad a la cocina.

La única cena de la que disponíamos consistía en unos mendrugos de pan duro y un caldero de sopa que nos proporcionaron los granjeros. Aquellas sobras fueron para nosotros un festín y no recuerdo comida en la que haya reinado mayor alegría.



Antes de subir a mi alcoba, abracé a Vidal y le di las gracias por su ayuda.

—Si no llega a ser por usted, todavía estaría de camino.

El comerciante negó con la cabeza.

—Dios te protege, Roch. Yo... yo no he hecho nada. Tengo que confesarte algo, porque aquí hay un malentendido.

Vidal parecía confuso y tardó en volver a hablar. Me llevó a un rincón y se aseguró de que nadie nos escuchara.

—Aún sin carga, es absolutamente imposible hacer el camino hasta Foix en un par de horas con unos percherones lentos y pesados.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que has oído. No se puede ir de Montbrun a Foix en dos horas.

—Usted vació la carreta para ir más deprisa.

—No, Roch, no. No fue por eso. Me desprendí de la mercancía porque me sentía indigno a tu lado, sucio. Todo lo que llevaba eran despojos de tu casa, objetos que os habían robado y que adquirí por poco dinero. Tu generosidad y tu determinación para reunirse con tu familia me conmovieron. Me sentí un miserable y por eso vacié el carromato. No podía confesarte la verdadera razón y por eso te dije que así avanzaríamos con mayor rapidez. Pero sabía que nunca llegaríamos antes del crepúsculo, que tal y como estaba el camino se nos echaría la noche encima cuando aún faltaran muchas leguas hasta la ciudad.

—Pero nos presentamos en Foix cuando todavía había luz.

—Así es. Y eso es inexplicable. Es... ha sido... ha sido... ¿puedo decirlo?, un milagro. Y otro, que hayamos podido regresar aquí esta misma noche, a tal velocidad, ¿no te das cuenta? Es un milagro, Roch. No encuentro otra explicación, no se me ocurre otra palabra. Tu propio disfraz... Era un desastre. La piel estaba agujereada, se te distinguía la cara a través de las fauces. Sin embargo, cuando el capitán Gaillard quitó el paño del capazo... ¿Qué quieres que te diga? En aquel momento parecías un osezno de verdad. Era como si te hubieras transformado realmente en un animal. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Asentí con la cabeza.

—Tu abuelo tenía razón —continuó Vidal—, eres un enviado del Cielo. Dios te ha ayudado, no yo. Quería que lo supieras.

—Gracias, Vidal. Es usted un buen hombre.



Étienne y yo nos acostamos en la habitación en la que habíamos dormido todos los veranos. Aquella noche compartimos cama, me abracé a él y le confesé la visión que había tenido de la abuela, sus palabras y también lo que me había revelado Vidal.

—¿Tú qué crees que ha pasado? ¿Ha sucedido de verdad un milagro, como dice Vidal?

Étienne no pareció sorprenderse.

—El mundo está lleno de cosas inexplicables —afirmó—. Anda, no te rompas la cabeza. Duérmete.

Al amanecer, sentí que mi hermano se ponía en pie, se vestía y se disponía a marchar.

—¡Étienne! ¿Qué haces?

—Me voy a España. Acuérdate de que Robespierre me encomendó una misión.

—¿No te despides de nadie?

—Es mejor así. Madre no lo entendería.

—¿Por qué no pruebas a explicárselo?

—Porque no puedo, es un secreto. Ni siquiera debería habértelo revelado a ti.

—Pero cuando todos se enteren de que te has unido al ejército enemigo pensarán que eres un traidor. Y más, después de haber dejado encerrado a Labry en el castillo...

—Tiene que ser así, mi misión es secreta. Además, ¿qué me importa la opinión de nadie? Sólo Robespierre y tú sabéis que no he desertado y justamente sois los dos únicos hombres a los que aprecio en toda Francia.

—¡Robespierre! ¿Tú crees que a estas alturas puedes engañarme?

—Lo que sucedió anoche debería hacerte comprender que nunca he dicho nada que no pueda ser verdad.

—¿Qué caradura!

—Lo cierto es que los percherones de Vidal han recorrido catorce leguas en dos horas, tú te has convertido en un oso y los demás nos hemos vuelto invisibles, aunque por fortuna gracias a un método algo distinto del que te describí. Así que no tienes por qué dudar de mi palabra.

—Étienne, ¿por qué te empeñas en marchar a España? ¿Hay alguna razón oculta que no me hayas contado?

—¡Lo hago por Francia! Y también por nuestro hermano Adrien.

—No. Por Adrien, no. Él nunca aprobada esto, te encerrada en el desván y te tendría castigado hasta que cambiaras de idea.

—Tienes razón en esto último —concedió, sonriendo—. ¿Qué más te dan mis motivos? ¿No te vale el simple deseo de aventura? ¿Qué destino mejor que pasar por traidor sin serlo? ¿Qué placer supera al de enterarte de los secretos de los demás, viajar a un país extranjero y enemigo, fingir lo que no eres? Además, ¿cuántos hombres saben lo que vale su pellejo? Yo lo conozco: me tasan en oro, te convertidas en un hombre rico si me entregaras. Roch, quiero medir el mundo con mis pies, palmo a palmo. Dios no ha creado cinco continentes para que yo me quede siempre en este valle, ni en Sens, ni siquiera en París. Francia es pequeña para mí, sus límites son angostos, su cielo chato me pesa sobre el pecho cada vez que me acuesto. Si permaneciera aquí, me ahogaría, me moriría de pena y de aburrimiento. Mira los Pirineos: detrás está España, y más allá, África, y al otro lado del Atlántico, América, y luego el Pacífico, Asia, los mares del Sur... ¿Quién quiere renunciar a conocer todo eso? ¿Cómo despreciar el esfuerzo de Dios en crear naciones y paisajes? Eso es de hombres impíos, Roch, de los que llevan la marca del cordero y no el signo de los valientes, como tú y como yo. *Plutôt mourir qu'obéir!* Tengo que seguir mi camino. Estáte atento a las campanas. Si te necesito, te llamaré y sabrás entender mi mensaje.

—¡Eres incorregible!

—Dame un abrazo, Jilguero. Me tengo que marchar: ya ha pasado la tormenta y Labry no tardará en salir a buscarme. Cuida de madre. Lo único que me duele es veros reducidos a la miseria, pero te prometo que os mandaré dinero, aunque tenga que robarlo.

Como sabía que Étienne era muy capaz de llevar a la práctica sus palabras, me apresuré a tranquilizarle:

—No te preocupes por eso, Étienne. En el bosque de Montbrun he escondido un saco lleno de monedas de oro. Es uno de los que teníais guardados en la cueva de los Españoles.

—¿No me estás mintiendo, Roch?

—¡Claro que no! ¿Cómo te atreves tú, precisamente tú, a preguntarme eso?

—¡Uno puede esperar cualquier cosa de ti! Y, por casualidad, ¿no tendrás algún luis para prestarme? Estoy pelado y no me va a ser fácil llegar hasta la frontera...

Me levanté de la cama y vacié mi taleguilla. Parecía felicísimo con aquella inesperada riqueza.

—Es la última vez que te ayudo, Étienne.

—No te creo. Anda, dame otro abrazo. Y un beso. Adiós.

¿Por qué razón se marchaba? ¿Sólo por afán aventurero? No lo sé. Yo diría que había algo desesperado en su jovialidad. Cuando le vi saltar por la ventana aquel amanecer de frimario (ni siquiera quiso arriesgarse a bajar por las escaleras), pensé que ése era el destino de mi hermano: no distinguir la verdad de la mentira. Fingir. Aparentar alegría y estar lleno de secretos. Así era Étienne. Yo me sentía incapaz de leer en el interior de su corazón y no creo que nadie lo haya hecho jamás.



El valor y, sobre todo, la inconsciencia de mi hermano le hicieron vivir muchas aventuras en España, pero esto es algo que deberá ser contado en otro libro. Lo que me proponía relatar en éste, acaba aquí.

Salut et respect, amigo lector.

Notas

[1] Pelagatos, persona insignificante o mediocre. <<

[2] Tercer mes del calendario francés de la Revolución cuyos días primero y último coincidían, respectivamente, con el 21 de noviembre y el 20 de diciembre. <<

[3] Oración para bendecir la comida al sentarse a la mesa. <<

[4] Pilastra o trozo de columna erigido en memoria de alguna persona difunta.
<<

[5] De ninguna manera, de ningún modo. <<

[6] Constitución Civil del Clero: Ley de julio de 1790 por la que se asimilaba la organización eclesiástica a la administrativa del Estado. Obispos y párrocos se convertían en cargos electivos y en funcionarios dependientes del poder civil. Debían prestar juramento de fidelidad a la Constitución. El papa Pío VI condenó esta ley ocho meses después de que entrara en vigor, produciéndose entonces un cisma entre los clérigos «juramentados» (que la apoyaban pese a la condena papal) y los «refractarios» (que se negaron a acatarla, fueron perseguidos y, en algunos casos, condenados a muerte por ello). <<

[7] Estandarte que usaban los emperadores romanos en el que, desde el tiempo de Constantino y por su mandato, se puso la cruz y el monograma de Cristo, compuesto de las dos primeras letras de este nombre en griego. <<

[8] La legua francesa equivale, aproximadamente, a cuatro kilómetros. <<

[9] Acuerdo escrito que se establece entre los novios sobre las condiciones económicas de su futuro matrimonio. <<

[10] Niño huérfano que se recoge en un colegio con el fin de criarlo y educarlo hasta que esté en edad de aprender un oficio. <<

[11] Galicanismo: Doctrina que defendía la creación de una iglesia nacional francesa, independiente de la autoridad papal y subordinada al estado. <<

[12] Vello que apunta a los jóvenes en el labio superior antes de que les salga la barba. <<

[13] El 21 de junio de 1791, Luis XVI y su familia son detenidos en Varennes cuando intentaban huir de Francia y se les obliga a regresar a París. Se acusó al monarca de pretender ponerse al frente de tropas extranjeras para invadir el país y suprimir las leyes revolucionarias. El 17 de julio la Guardia Nacional, a las órdenes del general Lafayette, disparó sin previo aviso contra la muchedumbre que exigía la proclamación de la república. Murieron unas quince personas. Luis XVI fue procesado, juzgado y condenado a muerte en la guillotina, en 1793. <<

[14] Antes morir que obedecer. <<

[15] No servirá. <<

[16] Muñeco gigante con forma de serpiente o de dragón, con una boca muy grande, que en algunos lugares se saca durante la procesión del Corpus. <<

[17] Los hombres [galos] tienen sobre sus mujeres, lo mismo que sobre sus hijos, poder de vida y muerte. Julio César, *La guerra de las Galias*, Libro VI, XIX. <<

[18] Respuesta clara y rápida. <<

[19] Collar ancho y fuerte, erizado de puntas de hierro que protege a los perros pastores de las mordeduras de los lobos. <<

[20] Vasija de madera que usan los pastores para ordeñar. <<

[21] Imaginación, inventiva. <<

[22] En la mitología, almas de los difuntos o dioses benévolos. <<

[23] Dioses domésticos a quienes daban culto los romanos. <<

[24] Plano vertical del escalón o peldaño. <<

[25] Arenal. <<

[26] Tocar a pino: Indica el modo de tocar las campanas, levantándolas y haciéndolas dar vueltas. <<

[27] Confusión y gritería de la multitud. <<

[28] Dicho de un animal, de color semejante al melocotón. <<

[29] Collumna o pilar que, colocado verticalmente, divide en dos una puerta o ventana. <<

[30] «He perdido a mi Euridice», aria de la ópera *Orfeo y Euridice*, de C. W. Gluck (versión de 1774, acto 111). <<

[31] Cada una de las varas o tablas que se ponen a los lados o el costado de los carros para que no se caiga lo que va en él. <<